

CAPÍTULOS GRATUITOS

Muy Profundo

Ana Coello

«Tú y yo»

Parte I

«La felicidad no es algo dado, sino un sentimiento por el que se debe luchar, por el que pelear, y sé que cuando se ha sufrido lo valoras aún más. Obtenerla es inalcanzable, casi imposible, un sueño lejano y demasiado fantástico. Pero si llega, es un regalo que se debe cuidar, que se debe sujetar fuertemente sin dudar».

Capítulo I

El cOMienZo

—¡No me puedes hacer eso, mamá! —Lloré aún con más ganas, en la sala de aquella casa en la que viví casi toda mi vida.

—Mi amor, no te pongas así... Es una gran oportunidad, sabes lo que he luchado para llegar ahí... No te obligaré a nada. Solo piénsalo. Regresarás en un año si lo deseas, pero dame este tiempo. —La miré entre sollozos. No quería, no, no y no. ¡¿Qué haría yo en ese horrible lugar?! ¡¿Qué?! Quedaban unos meses para terminar el instituto. ¿Cómo iría hasta allí? No conocía a nadie. Hacer nuevos amigos, adaptarme a las normas de la nueva escuela, las tutorías... ¡No!

Mamá subió a su habitación un tanto decaída. Nunca discutimos. En general hemos tenido una relación fácil a pesar de mi edad. Sin embargo, esta vez era muy difícil mantenerme indiferente. Hacía unas horas, mientras cenábamos, me dio la «gran noticia»: la habían ascendido nuevamente. El cargo era de mucha mayor relevancia, y el sueldo ni se diga. ¿El problema? El problema radicaba en que era al otro lado del país: Myrtle Beach, Carolina del Sur. Absurdamente lejos de mi vida actual. Sin poder evitarlo y sin ser una chica tendente al drama, lagrimeé muchas horas sin moverme, ahí, en ese sitio que tanto amaba.

Al día siguiente por la noche, y después de horas tristísimas que pasé sollozando con mis amigos, ella entró a mi habitación. Casi no ingerí nada en la cena y sabía que no había dormido bien.

—¿Podemos hablar? —Asentí limpiándome la nariz con el pañuelo desechable; jamás me había sentido más impotente, confundida y perdida. No obstante, era mi madre, nada le podría negar y, aunque me dolía como mil demonios, sabía que no tenía opción, no desde que me lo dijo—. Si no puedes con esto... —Cerró los ojos colocando una mano sobre mi pierna—. Lo entenderé. No me iré sin ti, no cuando nos queda tan poco tiempo juntas. —Negué con tristeza conteniendo el llanto por milésima vez ese día. Dios, qué molesto era tener todo el tiempo ese maldito nudo en la garganta.

—Iré. —Casi fue en un susurro y con nada de convicción. Mi madre me miró asombrada, perpleja.

—¿Lo dices en serio? —No daba crédito a mis palabras.

—Sí, es un año. Pasará rápido, ¿cierto? Yo... tampoco quiero separarme de ti y esto... siempre fue tu sueño. —Sus brazos se enroscaron alrededor de mi cuerpo, agradecida, mientras yo sentía que me aventaba al precipicio sin ver.

—No te arrepentirás, mi cielo. Te lo juro. Es un lugar muy bello, con mucho turismo; hay mar también. ¡Dios, gracias, muchas gracias! No tienes idea de lo que significa esto. —No sabía para ella, aunque lo imaginaba, pero para mí: era un cambio total de vida, comprendí mordiéndome el labio, mirando mi habitación aún envuelta en su cuerpo. Suspiré deprimida. Lo hacía por ella, porque la amaba más que a nada. Sin embargo, la decisión hizo sangrar mi corazón de una forma desconocida a pesar de que mis amigos, tristes también, me aconsejaron hacerlo. Gracias a la tecnología, no sería difícil seguir en contacto. Además, irían a visitarme, y yo, a mi vez, también les visitaría. Diez meses no eran el fin del mundo, y sí un viraje total en la vida profesional y personal del ser más importante para mí.

Nací en México, para ser más exacta en Monterrey, Nuevo León. Mis padres se separaron cuando era aún muy pequeña. Ni siquiera tengo recuerdos de haber compartido el mismo techo con los dos algún día. Así que para mí su separación no ha sido tan complicada o, mejor dicho, nada.

Cuando cumplí seis años, a mi madre, Irina, que estudió Turismo, se le presentó una oferta de trabajo que no pudo resistir. Luchó incansablemente para que algo así sucediera. Sin embargo, el problema radicó en que era en Los Ángeles, California, en una agencia de viajes llamada Travel and Scape, muy conocida en el sur del país. Mi padre: Leonardo, la apoyó, permitiéndole que me llevara haciéndose responsable de mis gastos y bienestar, como siempre. Ahí hemos vivido los últimos doce años. Ella ha ascendido en puestos. En ese momento era la responsable de desarrollar los nuevos proyectos, y amaba con locura a lo que se dedicaba, tanto que no dudó en cambiar su residencia por lo mismo. Y yo... yo no la detendría.

Lo cierto es que no he tenido una vida difícil, complicada, llena de problemas. Al contrario, he sido feliz y estoy muy agradecida por ello.

La escuela a la que me inscribió estaba a unos diez minutos de la nueva casa, ubicada en un lindo barrio del Condado de Horry. Algo a favor dentro de tanto cambio.

No dejaba de pensar mientras caminaba rumbo a mi nueva vida en lo increíble que era encontrarme ahí, en lo triste que fue dejar lo que hasta ese momento era mi entorno, mi mundo, y en lo desesperadamente sola que me sentía sin mis mejores amigos, sin el asombroso ruido de la ciudad, sin... todo lo que me había acompañado siempre.

Tuve varias fiestas de despedida. Millones de cartas rogándome regresar cuando pudiera. Una lista interminable de correos electrónicos a los que prometí responder cuanto antes. Dios, todo era tan gris, o por lo menos así lo sentía. Aunque debo admitir que, una vez tomada la decisión, no me dediqué a quejarme, lo asumí e intenté poner

buena cara... Aún así, cuando mi madre no me veía, lloraba en compañía de los chicos hasta que casi quedaba deshidratada. Me dolía mucho dejarlos, me dolía mucho todo.

Esa mañana desperté muy temprano. Los nervios en realidad no me dejaron dormir en absoluto, así soy yo, de sueño ligero. Desayuné cereales, mientras mamá caminaba nerviosa de un lado a otro. Ella y yo somos muy similares, así que difícilmente teníamos problemas, excepto cuando insistía en que le contara lo que me pasaba con todo lujo de detalle y yo, que suelo ser algo reservada, poco detallista, no la podía complacer. Eso le pone los nervios de punta, aún ahora.

Como buena madre quería saber todo sobre mí, y yo pienso que sabe lo más importante, solo que dar detalles es algo que me fastidia. Ambas leemos mucho, disfrutamos viendo películas románticas con un gran tazón de palomitas y helado a un lado y vivimos nuestras vidas entre semana sin coincidir hasta la cena. Siempre la esperaba con la comida ya preparada y ella se encargaba de recogerlo todo después. Nuestra organización siempre fue perfecta.

Arribamos a ese sitio hacía apenas tres días por lo que todo era un gran caos. El lunes ella comenzaba en su nuevo trabajo y yo tendría que asistir a finales de septiembre a mi nueva escuela. ¡Oh, qué emoción!... No, para nada.

La casa era agradable. Tres recámaras amplias en la planta alta. Cada habitación tenía su propio baño y ventanas enormes que permitían la entrada de chorros de luz por doquier, eso me encantaba. La planta baja tenía una estancia donde estaban el comedor y la sala compartiendo un inmenso rectángulo, pero que a la vez brindaba cierta privacidad a cada parte. La cocina no era grande: aun así, un sitio ideal para que las ideas culinarias fluyeran. Todo era de madera, cada detalle, así que resultaba muy acogedora.

La recámara que elegí era espaciosa, con un gran armario. No es que tuviera mucha ropa; sin embargo, sí tenía demasiados recuerdos: libros, películas, en fin... cosas que se van acumulando en dieciocho años sin que te des cuenta. El cuarto tenía una gran ventana que daba a la parte trasera de la casa. Adoro perder la mirada en el exterior, por lo que aquella ventana era ideal y una de las razones por las que lo elegí.

Para esas fechas ya refrescaba, a pesar de estar tan cerca de la playa. En realidad, el clima no era muy diferente de donde vivía, así que para mí eso era lo común. Esa mañana decidí vestirme con lo que solía: *jeans*, blusa negra con manga corta y cuello en V y Converse del mismo color. Mi cabello largo, castaño muy claro y un poco ondulado, lo sujeté con una coleta baja, ya que no solía complicarme por esas cosas del arreglo si he de ser sincera. Soy un tanto perezosa a la hora de invertir tiempo en trivialidades absurdas. Me puse un poco de máscara: sabía que enfatizaba el color miel de mis ojos y favorecía a mis largas pestañas, no tan oscuras como me gustaría. Miré satisfecha el espejo que proyectaba mi reflejo. Sí, me sentía lista para el primer día. Resoplé. Ahí iba yo, derechita a un mundo que cambiaría mi vida.

Al estar a unos metros de la escuela me detuve observándola. Era grande, no tanto como la anterior, aun así... imponente. Las palmas me sudaban y mi corazón brincó un poco nervioso.

Chicos caminaban hacia aquellas puertas apresurados. Otros llegaban en sus autos y los iban estacionando donde podían. Existía algo que me hacía sentir muy ansiosa. Ser la nueva, ¿qué más?

Avancé respirando hondo queriendo mostrar mucha más seguridad de la que en realidad sentía. Si no fuera porque me consideraba inteligente y poco temerosa, seguramente hubiera dado la media vuelta y huido rumbo a casa. Revisé otra vez todo en mi cabeza y decidí que no me dejaría intimidar, enfrentaría, como siempre, lo que

sucediera. Llené de aire mis pulmones por milésima vez sujetando bien mi mochila y moví los pies con decisión.

Al entrar en la escuela no fue difícil dar con la oficina principal. Empujé una pesada puerta y, justo frente a mí, una señora regordeta con cara amable me sonrió. Estaba de pie tras un mostrador, tenía papeles y folletos a su alrededor.

—Hola, ¿necesitas ayuda? —preguntó al verme desorientada. Sentí un rubor subir hasta mi rostro. Solté un suspiro y me acerqué.

—Hola, soy Kyana Prados, es mi primer día aquí. Vengo de California. —Sonrió asintiendo y de inmediato me explicó con paciencia todo lo concerniente al instituto y mis clases.

Salí de ahí expectante. Los pasillos ya estaban abarrotados, se escuchaba el bullicio por doquier. Mi escuela anterior tenía el cuádruple de estudiantes; sin embargo, me sentía familiarizada y nunca me resultó tan amenazante.

Ingresé intentando no prestar atención a las miradas curiosas sobre mi persona.

La primera clase era Matemáticas. Gracias al cielo el salón no se encontraba retirado así que di sin problema con el aula.

Al sonar el timbre, entré junto con el río de personas y me acerqué tímida al maestro mientras todos se acomodaban y murmuraban, con un poco de delirio de persecución, imaginé, sobre mí.

Eso de ser «la nueva»apestaba.

—Buenos días... Soy Kyana. La señorita Stevens me dijo que esta es mi primera clase. —El profesor me observó serio, tomó el papel que le tendí e indicó un lugar sin decir más.

Sentí un nudo en el estómago y caminé por el salón, nerviosa. Sentía las miradas sobre mí, por lo que no quise mirar a nadie a los ojos, sabía que debía encontrarme ya colorada por la vergüenza. Justo en el extremo derecho del salón, a un lado de la ventana, estaba el sitio que señaló el maestro; me senté sin perder tiempo.

—Muy bien clase, hoy se integra a esta escuela la señorita Kyana Prados. —Todos se giraron con descaro para verme. Diablos. Me sentía como una rata de laboratorio o un mono del circo. Perfecto—. Ella cursa el último año. Viene de California, así que espero que cuente con su apoyo. —Los cuchicheos no se hicieron esperar. Saqué mi cuaderno e intenté ignorarlos fingiendo una amigable media sonrisa.

—Bienvenida, señorita Prados. Soy el señor Edwards, su nuevo maestro de Matemáticas. —Asentí con gentileza. Un segundo después comenzó la clase. Bien.

—Ps, ps —escuché tras de mí. Volteé con discreción para evitar que mi nuevo profesor me viera.

—Hola, soy Lana, bienvenida. —Parecía simpática. Tenía el cabello corto y unos grandes ojos que me estudiaban amistosos.

—Gracias, soy...

—Kyana, lo acaba de decir... lindo nombre. —Sonrió guiñando un ojo como percibiendo que me hallaba nerviosa. Le devolví el gesto mordéndome el labio como solía hacer cuando me sentía así, y puse de nuevo atención a lo que se explicaba.

La clase pasó rápido. Las matemáticas no eran mi fuerte, pero me defendía y las encontraba entretenidas.

Una hora y media después sonó de nuevo el timbre. Justo en ese momento el señor Edwards gritó atareado la tarea para la siguiente clase. La anoté con velocidad y metí todo en mi mochila.

—¿Así que vienes de California? —deseó saber un chico como de mi estatura, de cabellos castaños y rostro atractivo, que se encontraba a lado de Lana.

—Sí. —Tendió su mano para presentarse.

—Soy Max. —Le di la mía sonriendo, un poco más relajada. Solía ser recelosa. Por otro lado, no conocer a nadie era algo que nunca había experimentado, así que supongo que mi actitud era normal.

—Hola, tú ya sabes quién soy... —señalé mirando a Lana un tanto divertida y dejando de lado mi nerviosismo.

—Sí, Kyana. Es poco usual, ¿no? —se refería a mi nombre. Nos dirigimos los tres hacia afuera del salón.

—Mi madre... Es de ideas claras y siempre le gustó, o eso dice...

—Kyana, suena bien y... no lo había escuchado ¿No, Max? —este asintió observándome fijamente, parecía que repetía una y otra vez mi nombre en su cabeza. Sonreí tímida.

—Acompáñanos, vamos a la cafetería. ¿Te sientas con nosotros? —preguntó aún pensativo sin quitarme el ojo de encima.

—Sí, ¡muy buena idea! Acompáñanos. Ha de ser muy difícil cambiarse de escuela a estas alturas. Imagino todo lo que tuviste que dejar. —Lana parecía muy parlanchina y en ese momento era justo lo que necesitaba, aunque el recuerdo de mi vida anterior me entristeció de inmediato. Lo notó, porque se colgó de mi brazo riendo—. No te preocupes, nosotros te vamos a ayudar. ¿Verdad, Max? —El chico asintió comprensivo.

El desayunador era muy agradable y muy veraniego. La mitad se encontraba al aire libre y la parte techada contaba con grandes ventanas. En el fondo, la barra de comida; había mesas rectangulares y circulares por todos lados. Una vez que compré el almuerzo, los esperé y me guiaron hasta una mesa en la terraza donde se hallaban otros chicos. Por un instante no pude evitar percatarme de que las divisiones eran las mismas que en mi otra escuela. Los grupos se diferenciaban, no se mezclaban y cada uno parecía tener su propio territorio. ¡Qué novedad!

—¡Eh! Ella es Kyana, viene de California, está por terminar igual que nosotros —Lana levantó la voz efusiva. Todos saludaron sonriendo mientras me hacían un hueco en la gran mesa. Comencé a masticar mis papas fritas.

—Hola, soy Billy. —Era un muchacho alto, demasiado rubio para mi gusto, lleno de pecas por todo el rostro, pero se veía agradable y sonriente. En segundos el resto comenzó a presentarse. La más alta se llamaba Sara, otra chica de rasgos asiáticos era Annie, a Robert lo identifiqué como el rellenito y apuesto, Emma la de grandes pestañas, Ray el de lindos ojos y Susan la más extravertida a mi parecer.

—¿Cómo es que llegaste aquí, Kyana? En general la gente se muda a Los Ángeles, no al revés —indagó la última en presentarse. De inmediato pusieron atención a lo que contestara. Dejé de comer.

—Bueno... a mi madre la ascendieron, tenía que venirse a vivir aquí —contesté, y enseguida volví a morder mi almuerzo.

—¿En qué trabaja tu mamá? —quiso saber Ray.

—Desarrolla proyectos en una agencia de viajes que se llama Travel and Scape.

—Sí, ya sé cuál es —intervino Annie—. Y... ¿Eres de California?

¡Oh, no! Pensé. ¿Por qué tenían que preguntar eso? Mis amigos de Los Ángeles me advirtieron que ese condado era un tanto... conservador. No todos veían con buenos ojos

a los latinos. Sin embargo, me arriesgué: nunca he negado mis orígenes y no iba a comenzar a hacerlo; si se levantaban y desaparecían... vería qué hacer.

—No, soy de Monterrey... México. —Se quedaron por un momento todos en silencio. Deseé salir corriendo.

—Guau... mis padres han ido ahí, y yo a algunas playas. Es hermoso —soltó Sara, relajando el ambiente. Todos comenzaron a hablar acerca de sus experiencias en el país vecino, y el hecho de que fuera de allí pasó de lado. Volví a respirar con tranquilidad.

—¿Hace cuánto que vives aquí? —Lana sonreía curiosa, parecía que a ella la conversación nunca se le acababa.

—Desde los seis...

Las preguntas siguieron. Me gustó que las formularan, no tenía nada que esconder y debíamos conocernos, ¿no? Para cuando sonó el timbre ya sabían parte mi vida y yo casi nada de ellos. No me importó, habría tiempo. Por otro lado, siempre intentaba no ser tan complicada; mi autoestima estaba en perfectas condiciones en aquellas épocas, así como la seguridad en mí misma, por lo que me dejé llevar como solía. Era tan fácil ser abierta y quien quería ser...

Todos caminamos hacia nuestras aulas. Sara, Ray, Max y Annie iban conmigo a Literatura. Max hizo las presentaciones con el maestro Johnson. Este me saludó afectuoso y nos sentamos los cinco juntos al lado derecho del salón. Varios seguían mirándome, tratando de investigar quién era. Pero como estaba mucho más tranquila para ese momento y era mi materia preferida, no presté atención. El profesor, al percatarse de que ya conocía a algunos, no me presentó y entró de lleno en la explicación del tema del día. Estaban viendo Literatura renacentista. De hecho, el maestro comenzó recitando un pasaje de *La Divina Comedia*: adoraba esa obra, la forma en que Dante viaja por el Infierno y el Purgatorio para luego conocer el Paraíso de la mano de Beatriz.

Absorta en su manera de narrar, no hacía caso a nada más. Era asombrosa mi suerte, el señor Johnson lo explicaba divinamente. De pronto, unas risotadas del lado opuesto al que me encontraba comenzaron a interrumpir la clase. Varios del grupo intentamos ignorarlos; sin embargo, cada vez eran más fuertes.

—Señores Russell, Drawson y Michaels. Los quiero ver cuando acabe la clase y más vale que terminen de reírse porque a su entrenador no le va a gustar nada que se queden en detención y no puedan asistir a su entrenamiento esta tarde. —Las risas se extinguieron de inmediato. Me permití voltearme para ver a quién se dirigía mi maestro.

Eran tres muchachos enormes y bastante atractivos, si he de ser sincera. Uno de ellos llamó mi atención. Su cabello rubio, algo oscuro, tapaba parte de su frente dejando al descubierto unos ojos alargados e impresionantes, casi grises; rasgos masculinos y labios duros, grandes, bien proporcionados. Miraba al maestro irritado, aun así, no se atrevió a decir nada. Los otros dos lo observaban expectantes; al ver que se rendía ante la batalla, cedieron. Guapos bravucones, pensé riendo en mi interior con sorna.

El señor. Johnson continuó su narración. Enseguida me voltéé dispuesta a deleitarme. Lo cierto fue que ya no pude poner mucha atención, arruinaron el momento. No soportaba a ese tipo de chicos por muy «galancitos» que fueran.

En mi escuela anterior también los había. Bueno, ¿en qué lugar no? Siempre prepotentes, seguramente estrellas del equipo de fútbol del instituto o algo por el estilo. Sentían que todo mundo les tenía que rendir pleitesía, creían que con dinero o por su rostro, todos los mortales les temían y tenían que hacer lo que desearan. Definitivamente no los aguantaba, y al verlos... menos. Sobre todo, el que parecía llevar el título de «líder»; se veía asombrosamente insufrible, y la mirada que le mandó al profesor era algo

que ni en mil años hubiera hecho yo. Fue como si intentase probar quién tenía el poder. En este caso, fue evidente que quien llevaba la sartén por el mango era el maestro, cosa que me agradó y me arrancó una pequeña sonrisa de satisfacción.

Terminó la clase y todos salimos, excepto los castigados. ¡Ja!

—Son increíbles. ¿Viste la mirada de Liam? —Sara preguntó excitada y ruborizada a Max.

—Sí, pero ya saben que no les sucederá nada, siempre es así —contestó un poco molesto.

—Yo creo que esta vez no les va a ir del todo bien... a Liam y a Kellan les va fatal en Literatura —les hizo ver Annie, seria.

—¿Qué les pueden hacer? Nada, a ellos jamás les hacen nada, son las estrellas de la escuela. La temporada está por empezar, no se arriesgarán —replicó Ray sarcástico.

Los escuchaba e iba atando cabos poco a poco. Estaban en tensión, parecía que los admiraban y odiaban a la vez.

—Oigan... —Y de pronto los cuatro me observaron cómo recordando que ahí estaba—. La clase que sigue es Ciencias, ¿saben dónde queda? —Ray sonrió aliviado por haber cambiado el tema.

—Sí, sígueme, yo también la tengo junto con Billy, Robert y Emma. —Rodeó mis hombros caminando deprisa. Solo alcancé a escuchar las risas de los demás mientras intentaba seguirle el paso.

En Ciencias fue igual que en Literatura, solo que esta vez fue mi acompañante veloz el que me presentó, por lo que el maestro le dio la tarea de conseguir un equipo para mí. Así que me integré junto con él, Robert, Emma, Billy y otro chico al que no había visto en el desayunador.

—Él es Edwin, es un genio en ciencias, da tutorías. —Rápidamente le di la mano sonriendo. No podía creer mi suerte. Tutorías...

—Yo soy Kyana, también daba tutorías en mi escuela anterior. —Me presenté feliz por conocer a alguien que hiciese algo así. Él se acercó de inmediato colocándose a mi lado, mostrándose interesado.

—¿De verdad? Y, ¿cuál es tu fuerte?

—Literatura, aunque también daba Matemáticas, Inglés y Ciencias. —Me puso nerviosa de pronto su mirada tan penetrante. Acomodé un pequeño mechón detrás de la oreja que se soltó de mi floja coleta sonriendo.

—Y... ¿Te gustaría seguir haciéndolo? —preguntó curioso.

—Sí, la verdad que sí...

—Perfecto, hoy mismo hablaré con el señor Laurence, sé que le va a encantar. Justo ahora andamos cortos de tutores. —¡Guau! Excelente noticia. Me sentía feliz, todo parecía ir de maravillas y era el primer día!

—¿En serio? ¿Puedes hacer eso por mí?

—Por supuesto. Ellos investigarán en tu antigua escuela y, si les gustas... listo —dijo chasqueando los dedos sonriendo.

Me encantaba la idea, era una manera de estudiar, de garantizar una posible beca y ocupar el tiempo como solía. Así lo hice los últimos tres años y todo iba muy bien. Permanecía un rato después de clases y llegaba justo para hacer la cena en casa. Mis días eran ajetreados y llenos de cosas que hacer, así que la idea de que volviera a ser igual me

llenaba de tranquilidad. Por lo menos iba a tener cosas similares a mi antigua vida. Genial.

En el receso todos se conglomeraron en el jardín y continuamos conociéndonos. Eran muy agradables y fáciles. Su distintivo y lo que tenían en común, era que pertenecían a diferentes clubes de alto rendimiento académico.

Atletismo fue mi última clase. La señorita Stevens me proporcionó unos *pants* del instituto, color verde chillón de *nylon*, con una camiseta amarilla de manga corta. Junto a mí estaban de nuevo Lana y Susan, así que en cuanto terminé de cambiarme, nos fuimos juntas hasta la gran pista de tartán que rodeaba la cancha de fútbol americano. Ahí la profesora Hilling se acercó, se presentó amablemente y, separándome del resto del grupo mientras los ponía a trabajar en el calentamiento, intentó convencerme de que lo pasaría bien allí, en su clase. Lo dudaba; sin embargo, no me desagradaba tanto como las demás.

Hice unas flexiones y, a punto del desmayo —no recordaba la última vez que ejercité mi cuerpo a tal punto—, sentí un balón rozar prácticamente mi mejilla. Elevé la vista buscando de qué dirección provenía. El equipo de fútbol americano estaba en medio de la gran cancha, ni siquiera me percaté del momento en que comenzaron sus prácticas. Un muchacho corría hacia donde me encontraba. Lo miré fijamente esperando una disculpa porque casi me da de lleno en el rostro.

Pasó a mi lado, tomó el balón que quedó a unos metros y regresó trotando, aventándoselo a alguien que se encontraba en medio.

—No hay problema... —musité molesta, sin pretender que escuchara, sin embargo, lo hizo. Paró en seco, giró y me miró fulminándome. Sentí ganas de que la tierra se abriera; no era la mejor manera de comenzar en una escuela. Aunque odiara a esos presumidos bravucones, sabía que no debía meterme con ellos. Aun así, no era ninguna chica asustadiza por lo que decidí sostenérsela firmemente.

—Roger ¡Vamos! —le gritaron desde la cancha. Él ignoró al que lo llamaba y continuó perforándome. Entendí a la perfección el mensaje: me estaba amenazando. Tragué saliva con dificultad y lo volvieron a nombrar. Sonrió al ver que bajaba la vista al fin y se fue corriendo triunfante. ¡Idiota! Grité en mi mente.

—¿Qué pasó? —se acercó Lana desconcertada. Sentía la boca seca y ganas de aventarle un poco de grava roja a la cara a ese gorila.

—No sé... creo que se molestó. —Mi reciente amiga miró hacia la cancha.

—Pero ¿por qué? —preguntó frunciendo el ceño.

—Porque ¡casi me da de lleno en la cara?! —bramé.

—¡Dios, Kyana! Roger es muy vengativo y no le gusta que nadie le diga nada...

—Pero no dije nada malo —argumenté enojada, sacudiéndome el uniforme deportivo, estando ya de pie. Odiaba tener que estar cuidando lo que decía o pensaba simplemente por miedo.

—Lo sé, pero ellos son... muy especiales. ¿Comprendes? —Negué sin querer reconocer lo que ya sabía.

—Todos esos tipos siempre se creen «especiales», Lana. En todos lados es así, eso no es nuevo. —Continué caminando hacia donde se encontraba el resto de mis compañeros, esperando a que la maestra diera la siguiente instrucción.

—Max se enfurecerá. —Enarqué una ceja intrigada.

No llevaba ni siete horas de conocer a Lana y ya veía que Max no le era indiferente, se expresaba de él como si fuera un sueño. Ciertamente era guapo, pero no era mi tipo. No

es que tuviera uno bien definido, nunca me gustó alguien lo suficiente como para aceptar algo más que una amistad. Además, prefería estar sola y hacer de mi tiempo un papalote. Tener novio me daba una tremenda flojera; por otro lado, en serio estaba convencida de que era una absoluta pérdida de tiempo. No, eso algún día vendría, quizá a los treinta; bueno, igual antes, por ahora estar así era genial.

La clase continuó en tranquilidad, aunque de vez en cuando sentía la mirada del tal Roger clavada en mi espalda. Lo ignoré todo el tiempo. Cuando la maestra silbó, todos corrimos a los vestidores.

Al salir encontré a mis nuevos amigos. Lana ya les contaba lo sucedido. Max me miró un poco consternado y preocupado. Sonreí relajada. No era para tanto. ¿O sí?

—Espero que esto no te traiga problemas, Kyana.

—Si es así, no estás sola... Que ese imbécil no se atreva a hacer algo, estoy cansado de sus estupideces. —Ray me guiñó un ojo muy sonriente. Max suavizó su expresión.

—No le harán nada. —Todos asintieron tratando de darme un apoyo moral que no comprendía totalmente. No pude salvo agradecerlo confundida. ¿Tan terribles eran? Dios, esperaba no haberme metido en un gran lío.

—¿Vives por aquí? —indagó Susan cambiando el tema.

—Sí, en Mayfair St.

—Mi casa queda muy cerca y la de Robert también, si quieres nos vamos juntos... traigo auto.

—Gracias, Annie... —Me sentía tan cansada, que acepté de inmediato.

Preparé la cena en lo que mi madre tardaba en llegar. Más tarde me duché, me puse unos pantaloncillos deportivos y comencé a hacer las tareas. Para cuando ella llegó, prácticamente ya había terminado.

El día siguiente no fue muy diferente del anterior; no tuve Atletismo y sí Historia. Esa clase solo la tenía con Emma. El tema que se veía, lo comprendí con rapidez.

Cada vez sabía más sobre mis nuevos amigos, en general todos me caían bien e intentaban no dejarme sola ni un segundo. Tenía que aceptar que eso era agradable, ya que aún sentía un poco de nervios por no conocer del todo el lugar. Además, me tenía inquieta el evento del día anterior con aquel jugador de fútbol americano del que todos me advirtieron.

El miércoles ya fui prácticamente sin preocupaciones. En vez de Ciencias tuve Inglés: esa sí que era aburrida y, más aún, sin estar ninguno de mis nuevos amigos. Como si eso no fuera suficiente, las que parecían ser las «divas» de la escuela, me miraban como un bicho a punto de aplastar. De verdad no comprendía qué tenían en la cabeza como para sentirse hechas a mano. Seguro que pertenecían al mismo clan que los bravucones de Literatura. Estos últimos no volvieron a dar problemas; sin embargo, era inevitable no notarlos en el salón. Grandes, bien formados, y parecía que llevaban tatuado en el rostro la palabra «prepotencia» en la frente. Típico, ¿no?

El día anterior me topé con Edwin. Dijo que pronto tendría noticias acerca de las tutorías. No me quise hacer ilusiones, así que tan solo se lo volví a agradecer.

Al dirigirme a Atletismo me sentí de nuevo un poco ansiosa. No sucedió nada. Los del equipo no estaban; Lana comentó que entrenaban en el gimnasio todos los miércoles. Sonreí más tranquila. Esos días y los viernes eran pesados, contaba con cinco clases. Agotada fui a Historia, era la última materia. Un día largo, ¿no es cierto? Pero, gracias a Dios, Annie también tenía el mismo horario, por lo que me pudo dejar en casa cuando acabamos.

Para el jueves ya me sentía casi completamente familiarizada. Lo cierto es que fue muy sencillo, hasta ese momento...

Aún puedo recordar aquellas semanas con claridad asombrosa y, como no, fue el parteaguas en mi vida. Momentos decisivos estaban por venir y yo ni lo podía adivinar.

Estaba acomodando mis libros en el casillero cuando golpearon con algo mi costado. Resbalé, dándome un gran sentón. Cuando busqué al responsable, Roger me miraba enarcando una ceja divertido. Sentí de nuevo la boca seca. Sin más, se alejó soltando una enorme carcajada junto con otros tres gigantones que lo esperaban más adelante. Edwin llegó casi enseguida y tendió su mano para levantarme. La acepté indignada. Me sentía furiosa e impotente, inadie hizo o dijo nada! Todos los que presenciaron lo ocurrido, en cuanto él desapareció, volvieron a ocuparse de sus asuntos. ¡Increíble!

—¿Estás bien, Kyana?

—Sí... —Mi cara estaba roja de rabia. Comencé a respirar hondo intentando calmarme. Tenía ganas de salir tras él y gritarle unas cuantas cositas. No obstante, sabía que eso me perjudicaría más... así que me dediqué a intentar oxigenar de nuevo mi cerebro.

—Eso era justo a lo que nos referíamos —masculló Edwin a mi lado.

—No te preocupes, ya se le pasará. —Rogaba que así fuera, porque no me dejaría pisotear, pero tampoco podría permanecer mucho tiempo en ese lugar si yo me rebelaba. Tomé mi cuaderno de Matemáticas y le sonreí más tranquila. Respondió a mi gesto.

—Eso espero yo también... Bueno, lo que venía a decirte es que... —parecía muy contento—, ¡ya tienes el puesto! El señor Laurence quiere verte a las cuatro en Tutorías. Creo que, incluso, ya tienes la primera.

—¡Estás de broma! ¿De verdad? —No lo podía creer, esa era una excelente noticia, ya no recordaba ni siquiera lo que acababa de suceder.

—¡Sí! Claro que es cierto, Kyana. Dice que tienes un gran historial. —Señaló con un gesto indescifrable, mirándome de pronto incisivamente.

—Eso es genial, Edwin. Muchas gracias... Ahí estaré a esa hora. —Cerré mi casillero observándolo, entusiasmada. Observaba atento mis labios poniéndose serio de repente.

—Si quieres te veo aquí a las cuatro, para decirte dónde es...

—Muchas gracias, está bien... De todas formas, nos vemos en el almuerzo. —Parecía desconcertado. Pestañeé encogiéndome de hombros. Me sentía feliz y lo demás, no me interesaba.

—Sí, claro. Hasta luego. —Lo dejé ahí confuso y me dirigí al salón casi dando brinquitos de la emoción.

Cuando llegué al comedor, ya todos comentaban lo sucedido frente a mi casillero. Era increíble como los chismes volaban a esa velocidad. Fingí demencia. Max me miraba irritado y Ray, preocupado.

—Oigan, acabo de ver algo sobre una fiesta... —deseaba despistarlos. Funcionó. Todos se engancharon rápidamente y prefirieron cambiar de tema.

Faltaba un mes para la noche de brujas. Ese mismo día pegaron la propaganda por todos lados ya que también era el inicio de temporada de los Piratas de Myrtle Beach, el equipo de fútbol americano. Todos comenzaron a discutir sobre lo que llevarían puesto y especulando el marcador de aquel partido. Al parecer el equipo era bueno. Los escuché sin participar. No negaré que me gustaban las fiestas. ¿A quién no? Era una adolescente, se supone que eso me tendría que entusiasmar. Sin embargo, deambulaban algunas situaciones en mi cabeza que no permitían total concentración: las tutorías, el evento con

ese granuja y el comportamiento tan extraño de Edwin en la mañana... En fin, mi mente se hallaba un poco ocupada en ese momento.

Sonó el timbre, nos dirigimos a mi clase favorita: Literatura.

Así pasó la mañana, logré salir despierta de Inglés y terminé Historia sin novedad. Poco antes de las cuatro ya estaba de pie frente al casillero esperando.

—Vamos... sígueme, Kyana —sonrió Edwin al llegar pasando un brazo por mi hombro posesivamente. Fruncí el ceño sin que lo notase. Lo seguí incómoda. No era muy afecta a ese tipo de demostraciones de cariño, prefería la distancia con las personas que creían sentir algo que no era amistad hacia mí, y eso era precisamente lo temido en ese momento. Fingí que se caía mi cuaderno: él lo levantó sonriendo. De inmediato puse distancia y comencé a hacerle preguntas sobre el manejo de las tutorías. Las contestó todas muy amablemente sin darse cuenta de lo que yo estaba haciendo. Sonreí más tranquila—. Es aquí. —Señaló un edificio que estaba a un lado de la escuela. Era pequeño, pero contaba con dos pisos. Se veía movimiento. La gente entraba y salía, parecía muy formal.

Abrió la puerta, me dejó pasar y caminamos por un angosto pasillo. Era muy agradable el lugar.

Tocó en el último cubículo.

—Adelante. —Entramos, y enseguida un hombre bien parecido, de unos cuarenta años, se levantó de su silla—. Hola, muchachos. —Me tendió la mano y yo hice lo mismo con una sonrisa—. Tú debes ser Kyana, ¿cierto?

—Sí... y usted el señor Laurence.

—Así es. Siéntate. —Me indicó una silla mirando a mi compañero—. Gracias, Edwin.

—Nos vemos luego, Kyana. —Me guiñó un ojo antes de salir. Ese chico tenía una personalidad intelectual bastante interesante, pero... siempre había «peros». Seguro que algo extraño sucedía conmigo, nadie era lo suficiente como para que yo quisiera dedicarle un tiempo exclusivo. Mamá siempre decía que se debía a que era demasiado independiente y poco afecta a las demostraciones de cariño.

—Bueno, Kyana, Edwin me habló de ti e investigué en California, y me dieron buenas referencias. Así que quería invitarte formalmente al equipo de asesorías. ¿Qué dices? —Me evaluaba sonriente al tiempo que hablaba.

—Que gracias... A mí me encanta hacer esto —contesté un poco nerviosa.

—Perfecto, nos hacía falta gente y qué mejor que alguien con tu experiencia.

—Gracias, señor Laurence.

—Clay, ¿está bien? —Asentí y repetí su nombre de pila para hacerle notar que así me dirigía a él—. Ven, sígueme. —Dimos un pequeño *tour* por el sitio. Me mostró dónde dejaría los recados cuando tuviera tutorías próximas o algún pendiente. Intentaba que fuera una asesoría a la vez para dar mejor calidad y me pidió mi horario para poder sincronizarse—. Kyana, ahora que veo tus clases, me doy cuenta de que solo tienes los miércoles y los viernes completos ¿Te interesaría tomar un caso que va muy mal en Literatura a partir de hoy? —¿Qué? Lo miré un tanto consternada. Edwin mencionó algo sobre ello, pero de repente me pareció que necesitaba tiempo para analizarlo—. Sé que es muy pronto, sé también que dominas esa materia. No creo que te represente ningún problema. Además, es un caso... algo especial, no se lo puedo dar a cualquiera y es urgente. —Me observaba atento esperando mi respuesta. Pensé con rapidez. Adoraba los retos y no podía negarme, y menos después de darme esa oportunidad. Asentí.

Puso una mano en mi hombro, aliviado.

—¡Muy bien! Muchas gracias por aceptar así, sin previo aviso. Prometo que esto no volverá a suceder, siempre avisamos con antelación, pero como te digo... es algo especial. Está esperando en el cubículo quince. Sube las escaleras y es la tercera puerta de lado derecho. Cualquier complicación, me avisas de inmediato. Ahora tengo una junta, por lo que no puedo acompañarte; aun así, no dudes en interrumpirme si no van las cosas bien. ¿De acuerdo?... ¡Mucha suerte! —Al subir la escalera me observó sonriente y, con sus manos en las bolsas del pantalón, parecía más relajado que cuando lo vi hacía unos minutos. Al llegar al segundo piso, conté tres puertas y abrí expectante. ¿A qué se refería con «especial»?

El cubículo se veía aún más diminuto con él dentro. Estaba de espaldas, tocando la pantalla del móvil distraído. Tragué saliva mordiéndome el labio. ¡Diablos! Era uno de los muchachos de mi clase de Literatura. Respiré profundo y caminé hasta él.

Alzó la vista un segundo y de inmediato volvió a su celular. Era realmente guapo, no pude evitar fijarme en que iba vestido con una camiseta gastada, *jeans* kilométricamente largos para poder cubrir aquellas interminables piernas y tenis negros. Lástima de persona. Últimamente, cuando parecía que tenía buena suerte, la vida me daba un revés.

Dejé de observarlo. Me senté frente a él y comencé a sacar mis apuntes de la materia.

—Me dijo el señor Laurence que necesitas ayuda en Literatura. —Soné más dura de lo que pretendía. No se inmutó y asintió muy concentrado con su aparatito, riendo por algo que ahí veía. Soy Kyana y...

—Un segundo. —Me silenció con un ademán. Sentí humillación y una furia desconocida aflorar dentro de mí. ¡En serio, todos esos chicos eran iguales! Aguardé perforándolo con la mirada intencionalmente. Se tomó su tiempo el muy descarado. Cuando dejó de escribir, se dignó a mirarme con esos ojos asombrosamente grises. Lo cierto era que me moría por aventarle justo en medio de la frente ese aparatito que acababa de dejar sobre la mesa. ¡Idiota!

—Ahora sí... ¿Me decías?

—Yo no te decía nada, tú eres el que está aquí por algo —le recordé alzando las cejas, retadora. Su quijada se tensó. No lo conocía aún, pero parecía algo... descolocado. Quise reír.

—Sí, porque el maestro de Literatura me amenazó...

—Espera... —Lo silenció con el mismo gesto que él usó hacía un segundo—. Yo solo vine a explicarte Literatura, las razones por las que estás aquí, créelo... me dan lo mismo. ¿De acuerdo? —Gocé con la manera en que se le distorsionó la expresión engréida; me miró confuso y sin comprender. De pronto se puso serio, recargó ambos brazos sobre la mesa y se acercó a mí sin miramientos. No me moví ni un centímetro aguantándole la vista.

—No pensaba decirte los motivos por los que estoy aquí.

—¿Ah, no? Muy bien, entonces comencemos —continué retándolo. No se movió, parecía divertido e intrigado.

—Solo una cosa, no pienses que por esto podemos llegar a ser amigos. Tú y yo no nos conocemos fuera de estas cuatro paredes, ¿de acuerdo? No quiero que hables de mí con nadie, ni que digas que me das estas clasicitas ridículas. —Sentí su aliento muy cerca de mi rostro. Evaluaba mi reacción.

—Me parece perfecto. Tú y tu amistad no me interesan y será un placer cumplir tu petición, se hará justo como dices. —Ese juego de palabras comenzaba a alterarme, sentía

mi lengua cada vez más filosa y lista para contestar lo siguiente. Yo no solía ser así, ese chico en menos de diez minutos logró exasperarme con su pedantería.

No supo reaccionar. Me evaluó un momento más, como buscando alguna señal de arrepentimiento. Al no verla, se sentó de nuevo en su lugar. De pronto su celular sonó. Fui más rápida que él, puse una mano sobre el aparato logrando así que me observara atónito.

—Yo también tengo condiciones: Mientras estemos aquí, no quiero que nos interrumpen. ¿De acuerdo? —Me mordí enseguida el labio sintiendo que había ido demasiado lejos.

Lo tomó evadiendo mi mano y contestó mirándome con asombrosa prepotencia.

—Ahora no puedo hablar, te marco en una hora —Y colgó. Ya no lo miraba, buscaba en mis apuntes el punto de partida.

—¡Ah! Y, por favor, sé puntual —agregué sin prestarle atención. No contestó. Aunque sentí sus ojos clavados sobre mi cabeza, eso no logró que le hiciera caso. Engreído.

Comencé preguntándole temas al azar para saber por dónde podía empezar. Pensé que no podría contestar nada; no obstante, para mi sorpresa, respondió bastante. Continué sin mirarlo a los ojos casi el resto de la tutoría.

—Muy bien, entonces partimos de la literatura medieval... —dictaminé. Jugaba ya con un lápiz asintiendo indiferente. El tiempo se fue volando, el tema me apasionaba. Yo le indicaba qué anotar y él lo hacía extrañado. Parecía que no estaba muy acostumbrado a las órdenes. De pronto cerró su libreta levantándose rápidamente.

Observé el reloj, las cinco en punto. Me miró desde la puerta sonriendo.

—Recuerda: puntualidad, Kyana. Y, por cierto... me llamo Liam. —Salió sin que pudiera decir nada más.

Tomé mis cosas sin poder definir bien lo que sentía. Por un lado, quería reírme. De verdad, su cinismo resultaba refrescante y algo nuevo para mí. Pero por el otro, quería ir y darle un buen puntapié para verlo perder esa envergadura de prepotencia.

Capítulo II

CONfuNdIdA

Caminé a casa pues ya no estaba Annie por ahí. Llegué rendida e hice lo de todos los días. Cuando mi madre entró, se puso feliz al saber que fui seleccionada para impartir de nuevo tutorías.

—Ves, mi niña, todo va saliendo muy bien, Myrtle Beach no es tan mala después de todo. —Asentí aún nostálgica. No, no era malo, aun así, no era «mi» hogar. Me abrazó de pronto, por lo que respondí al gesto con sinceridad. Estaría poco tiempo y las cosas iban mejor de lo que imaginé, así que no más quejas.

—Sí... lo sé, hasta ahora así parece. —Tomó mi rostro entre sus manos.

—Kyana, estoy muy orgullosa de ti. Sé el esfuerzo que el cambio está implicando para ti y te juro que te lo agradezco muchísimo. —Sonreí con los ojos anegados, al igual que ella, últimamente las lágrimas salían con facilidad.

—Sé lo importante que es esto para ti, mamá. No hubiera podido vivir tranquila sabiendo que, si no accedía a venir contigo, no habrías aceptado este trabajo.

—Hija, es el último año que, probablemente, pasemos juntas: no iba a desaprovecharlo ni siquiera por esta oportunidad.

—Lo sé... —susurré volviendo a acurrucarme contra su pecho.

Terminé casi a medianoche mis deberes. Era demasiado perfeccionista, cualidad o defecto heredado de ambos padres, así que me demoraba mucho haciendo cualquier cosa. Por supuesto, como consecuencia, al día siguiente tenía unas pequeñas ojeras. Me vestí cómodamente y dejé mi cabello suelto debido a la pereza. Bostezaba cada dos segundos. Cuando me vi en el espejo decidí que un poco de máscara ayudaría, en serio se notaba mi cansancio. Tomé mi mochila, la ropa de atletismo, desayuné apenas un jugo y pan. Un segundo después, mientras me lavaba los dientes, sonó la bocina del auto de Annie, pues quedó en pasar a por mí, y salí a toda prisa subiéndome de inmediato al Peugeot.

Al llegar, los chicos hicieron comentarios absurdos sobre mi cabello. ¿Qué tenía de raro? No pude evitar avergonzarme por sus miradas. No me consideraba fea, tampoco una beldad. Era delgada, por lo que era muy consciente de que no contaba con un cuerpo escultural ni llamativo; sin embargo, me sentía contenta con mi figura, creía que era proporcionada sin tener demasiadas curvas, no muy alta, cabello largo ondulado en las puntas, piel apiñonada, nariz más bien pequeña y boca, para mi gusto, un poco más carnosa de lo normal, aun así, no muy ancha. En general, me sentía simplemente cómoda conmigo... siempre fue así. Lo cierto es que no me creía alguien a quien obligatoriamente se debía voltear a ver, como parecía que sucedía en ese momento.

Matemáticas pasó rápidamente. En cuanto terminó nos dirigimos a la cafetería: ahí ya estaban los demás.

—¿Qué vas a hacer el fin de semana, Kyana? —De inmediato me observaron esperando mi respuesta. Ya comenzaba a sentirme parte de ellos, era una sensación agradable.

—No lo sé... acabar de acomodar la casa, supongo...

—Y ¿no te gustaría ir a la playa? Pronto llegará el frío y no será posible.

—¿Cuándo?

—Mañana, desde mediodía. Por la noche encienden fogatas. Se pone muy bien.

—Suenan divertido... Sí, sí voy. —Sonreí entusiasmada. Sin perder el tiempo comenzaron a intercambiar anécdotas acerca de sus excursiones al mar en los años anteriores. De verdad eran divertidos y lo mejor: me caían muy bien.

Ya en Literatura me hallaba revoloteando entre la poesía y el cómo la narraba el profesor Johnson, cuando sentí una mirada clavada en mí. Intenté ignorarla, pero al seguir percibiéndola me giré buscando al o a la responsable.

¡Era Liam! Me observaba triunfante. Que lo viera era justo lo que estaba buscando. Enarqué una ceja en señal de indiferencia volcando los ojos con fastidio y volví a perderme en las líneas del profesor. Si creía que me iba a desbaratar o que le iba a abanicar las pestañas, estaba completamente perdido. Varias veces durante la clase sentí que hacía lo mismo: como ya sabía que era él, meforcé a no voltearme de nuevo. Engreído.

Cuando terminó la hora, salí junto con mis amigos, ignorándolo por completo. Si soy sincera era complicado no verlo; su presencia era imponente, o así lo percibía yo. Escuché una carcajada procedente del salón que se parecía mucho a su voz. En serio no lo soportaba, ¿qué quería probar? ¿Si era cierto lo que dije la tarde anterior? Se llevaría una sorpresa. Estaba decidida a que se topara con una pared, no me iba a humillar ante nadie

y mucho menos ante alguien como él. Por otro lado, en serio, amigos como esos no me interesaban en lo absoluto.

Ciencias fue la tercera clase, después Atletismo. Calentamos media hora y después la maestra Hilling nos puso a dar vueltas trotando en la pista. Unos minutos después todo el equipo de fútbol americano salió. Sentí un poco de nervios, esperaba de verdad que ese tal Roger se hubiera olvidado de mi existencia. Un par de balones salieron disparados hacia mi dirección. Al parecer, el entrenador se molestó, le gritó frente a todos y no volvió a suceder. Gorila vengativo.

Me puse como propósito no voltearme ni una vez hacia la cancha, había demasiados indeseables ahí. Sí, ya sé, es increíble que apenas llevara una semana y ya tuviera... «conflictos» con dos tipos de esa calaña. Lo positivo era saber que contaba con esos otros chicos amables y bastante agradables.

Al terminar el día quedamos en que Annie pasaría a por mí y nos veríamos con los demás en la playa a las doce. Mi madre habló avisándome de que no hiciera de cenar, quería comer fuera de casa y ya había reservado. Comida italiana, mi favorita.

Eran las doce del mediodía y la playa se encontraba abarrotada, prácticamente la escuela se había mudado allí. Pronto encontramos a los chicos, se hallaban sentados bajo un par de grandes sombrillas muy coloridas y con varias toallas tendidas sobre la arena.

Sara y Susan tomaban el sol relajadas. Dejé todas mis cosas y, buscando un poco de sombra, me acomodé cerca de ellas. El clima era realmente agradable. Me quité la blusa y me dejé el *short*, exponiendo así el bañador naranja con azul de dos piezas que llevaba puesto. Unos comenzaron a jugar voleibol de playa, otros se metieron directos al mar.

Billy, al ver que solo observaba sonriendo, me invitó a jugar a cartas. Unos minutos después se hallaba frustrado porque no lograba ganar. Cuando los que estuvieron en el mar salieron, empezaron a provocar a los demás para que nos metiéramos. Así que, sin mucha insistencia, fuimos hacia allá gritando y corriendo. Eran muy divertidos; chapoteamos, reímos y jugamos como unos niños. Siempre me gustó el agua y, aunque estaba fría, la gocé.

Más tarde, Max y Lana sacaron unos pequeños refrigerios y todos nos sentamos relajadamente.

—¡Ey! Veo que hay un nuevo integrante en tu «clan». —Estábamos tan inmersos en nuestros asuntos que nadie notó que alguien se acercó. Era Roger junto con otros tres chicos. ¡Diablos! Max lo miró con indiferencia, entendiendo que el comentario iba para él.

—Hola, Roger.

—Esta... —dijo, señalándome despectivamente— «amiguita» tuya, no tiene muy claro que aquí hay... ¿Cómo decirlo?... Que no somos iguales. Así que... «mexicanita», espero entiendas que no hay mucho espacio para gente como tú. —Sentí que la furia e impotencia viajaban vertiginosas por todo mi cuerpo. ¡¿Qué le ocurría?!

Lana, que estaba a mi lado, me tomó del brazo en clara advertencia de que no hiciera nada.

—Esa es tu opinión y si no tienes más que decir... —contestó Max muy tranquilo, mostrándole con un ademán que se marchara. Roger soltó una gran carcajada de burla.

—Solo advertirte. —Giró al mismo tiempo que con su pie aventaba arena sobre mi rostro y comida. ¡Estúpido! ¿Quién se creía? Max, Ray y Robert se levantaron furiosos.

¡Dios! Parecía que no iba a terminar bien. Me incorporé rápidamente para tratar de calmarlos soltándome de Lana.

—¡Ey! ¡Ey! Tranquilos. —Escuché otra voz que comenzaba a conocer.

—¡Dile a tu amigo que nos deje en paz! —vociferó Max rojo de rabia. Liam me vio apenas un segundo y se puso en medio de los dos grupos.

—Roger, vámonos. Te estamos esperando para comenzar el juego. —Posó una mano sobre su pecho para tratar de tranquilizarlo y alcancé a notar una mirada de amenaza. El gorila patán, como lo apodaba en mi cabeza, respiró hondo y levantó las manos como rindiéndose. Sin embargo, me miraba con clara advertencia. Liam entendió el mensaje girando para mirarme de nuevo un instante. No logré comprender lo que intentaba decirme con los ojos, pero quedé más angustiada: no parecía relajado, al contrario.

—Tienes razón, allá es más divertido —escupió Roger de repente. Robert y Ray tenían cada uno una mano en los hombros de Max. Desaparecieron igual de rápido como llegaron.

Muda y con los ojos bien abiertos, permanecí ahí, de pie. ¿Era en serio todo eso?

—¿Estás bien? —me preguntó Billy preocupado.

—¡Imbéciles! —bramó Max soltándose de sus amigos—. Kyana, no vamos a permitir que pase nada, ¿de acuerdo? —Todos se encontraban ya muy cerca de mí, una lágrima de furia resbaló por mi mejilla. Nunca me sentí tan impotente y asustada. En Los Ángeles tenía muchos amigos, conocía a mucha gente y, aunque nunca intenté ser la más popular ni nada parecido, sí mantenía una buena relación con casi todos: jamás viví algo semejante.

—No se preocupen, esto tiene que pasar. ¿No es así? —Se miraron sin poder contestar.

—No estás sola... —susurró al fin Sara, intentando relajar el ambiente, situación que no logró. Respiré hondo; no iba a arruinarles el día, así que intenté sonreír quitando con la mano la arena de mi boca. Sacudí el sándwich y le volví a dar una gran mordida. Todos sonrieron aliviados.

La tarde ya no transcurrió igual a pesar de que nadie volvió a tocar el tema. No me dejaron sola ni un segundo, aunque no se veía ese aquelarre de monstruos por ningún lado.

Más tarde comenzaron las fogatas y la música. Los observé sentada sobre la arena abrazando mis rodillas. Todos se portaban conmigo genial; apenas llevaba seis días de conocerlos y me sentía bastante cómoda a su lado. Sin embargo, al verlos, extrañaba demasiado mi hogar anterior.

El sábado por la noche, seguramente, habría una pequeña reunión en la casa de alguien, o una gran fiesta de las que solía haber cada fin de semana. Mis mejores amigos, Jane y Raúl, estarían junto a mí, discutiendo algún tema inútil mientras veíamos bailar a los demás. Eran muy especiales para mí, por lo que la despedida fue muy dura. Los conocía desde casi los siete años. Crecimos juntos y teníamos miles de sueños, que ya no presenciaría o permanecerían congelados hasta mi regreso. Era triste comprender el porqué yo me encontraba en Myrtle Beach y ellos allá, justo donde me moría de ganas por estar.

Billy se acercó y me jaló para que bailara con los demás. Dudé un segundo... Al final, accedí. Después de todo, esa ya era mi vida, y haría que también valiera la pena.

El domingo nos dedicamos a terminar de acomodar la casa. Para la hora de la cena ya no quedaba nada por hacer. Acabé todas mis tareas y preparé la tutoría que tendría que darle a ese insufrible. Debí decir que no cuando tuve oportunidad, reflexioné al evocarlo.

Sentada en mi escritorio, con el lápiz en la boca, recordé su mirada del día anterior. ¿De dónde salió? ¿Por qué me miró así? Sacudí la cabeza para despejarla. Qué importaba lo que él pensara o cómo llegó ahí. Era la misma clase de persona que sus amigotes, ¿no? Fue así como mi mente voló hacia Roger de nuevo. No comprendía por qué me odiaba tanto, en realidad no le había hecho nada... Y ahora debería tener cuidado de no cruzarme por su camino, cosa poco complicada por el tamaño del instituto.

Bufé frustrada. Cerré mis libros, abatida, guardé todo y me acosté muy inquieta. Lo que ese tipo hacía se llamaba violencia psicológica.

Por la mañana no tenía muchos ánimos. Annie vino a por mí, ya era una rutina. Comenzaba la segunda semana en ese colegio y habían pasado tantas cosas que no lo podía creer. Llegué justo a tiempo a Matemáticas. En el receso volvieron a hacer planes para el siguiente fin de semana y no pude negarme.

Cuando sonó el timbre, los compañeros con los que compartía Literatura y yo, nos dirigimos al salón. Justo en la puerta y obstruyendo el paso, se encontraba Liam junto con otro de los chicos con los que siempre se sentaba. ¡Fabuloso, jamás se cansaban!

—Hazte a un lado —exigió Max irritado. Comenzaba a pensar que lo odiaba. Liam lo miró por debajo del hombro, burlándose. En serio, era un pedante. Se apartó haciendo un ademán de reverencia, como si fuera a pasar la realeza. Mi amigo pasó sin hacerle caso y, cuando fue mi turno, me observó ya serio. Lo ignoré de inmediato siguiendo a los demás. Lo hacía a propósito: verificaba si cumplía mi parte del trato y claro que lo hacía. No solo por él, sino también por mí, ya que no deseaba que me relacionaran con alguien así, ni siquiera en algo tan simple como las tutorías.

En Ciencias, Edwin no me dejaba sola ni un momento, y yo ya no sabía qué hacer. Era un buen chico y consiguió que regresara a las tutorías; era inteligente y existían temas de conversación con él, pero yo no deseaba nada con nadie. ¿Eso era tan difícil? Tenía ya muchas cosas en la cabeza como para que se agregara un pretendiente que no llamaba mi atención en lo absoluto. Robert lo notó y, como no queriendo la cosa, me libró los últimos treinta minutos de él. Se lo agradecí con la mirada, gesto que respondió con una linda sonrisa.

En el receso no los pude ver porque fui a buscar unos libros a la biblioteca de la escuela. Apenas si tuve tiempo de cambiarme para Atletismo. Al ir hacia la cancha me sudaban las manos y estaba nerviosa. Lana me encontró casi al entrar y la calma llegó al verla. Enseguida se nos unió Susan haciendo gran aspaviento, como siempre. Ya habíamos terminado de calentar; la profesora Hilling tomaba el tiempo a cada uno al correr, mientras los demás hacíamos abdominales, lagartijas y puros ejercicios extenuantes... Definitivamente el atletismo no me encantaba, pero ahí seguiría. Era lo que menos me desagradaba: digamos que ya le tenía un poco (solo un poco) de cariño.

En mi turno, comencé a correr alrededor de la pista lo más rápido que pude. De repente, sin más, sentí un golpe seco en mi costado que provocó que saliera disparada hacia la dirección opuesta, logrando que me diera un fuerte raspón en el lado derecho y cayera sobre uno de mis dedos, que se dobló en el acto. Levanté el rostro, dolorida, y lo vi de nuevo. ¡Maldición!

Roger jamás se rendiría, alguien debía ponerlo en su lugar.

—¿Qué te pasa?! —grité aún sobre el piso, con grava hasta dentro de la boca. Liam llegó en un segundo, incluso antes que nadie. Se puso en medio de los dos mirándolo furioso.

—¿Qué sucede contigo, Roger?! —Él reía cínicamente sin contestarle, solo observándome.

—Te dije que no era lugar para ti... —Abrí los ojos atónita, ese tipo estaba loco.

—No digas estupideces —lo regañó Liam.

—Ahora resulta que defiendes «mexicanitas». No me vengas tú con eso, Liam. —Vi cómo apretaba la quijada al escucharlo, mientras que yo no lograba ni siquiera moverme.

—Si te suspenden un partido nos vas a joder la temporada, ¿comprendes?

Mi expresión se congeló. Por un momento creí que se enfrentaba a él por lo que me había hecho. Me sentí una estúpida. Claro que le preocupaban sus propios intereses, era el capitán del equipo y no podía permitir algo así. De repente, sin que me diera cuenta, estaban todos ahí. Mi maestra y a quien reconocí enseguida como el entrenador de su equipo se encontraban a mi lado.

—¿Estás bien, muchacha? —Asentí adolorida. La profesora Hilling me ayudó a incorporarme.

—¡Es increíble que sucedan estas cosas, Josh! ¡Date cuenta del tamaño de Roger y el de Kyana! —gritó furiosa. El entrenador parecía afligido.

—Lo sé... jamás había sucedido... —Yo estaba en medio de los dos escuchándolos discutir—. ¡Roger!... —lo llamó su maestro, muy molesto. Este apareció enseguida sin remordimiento en los ojos—. Llévala a la enfermería en este instante y asegúrate de que esté bien. Después hablaremos. —Al escucharlo sentí que mis piernas fallaban.

—¡Por supuesto que no! —vociferó, gracias a Dios, mi maestra—. No quiero que ninguno de tus hombrecitos se le acerquen, son demasiado... toscos. —Sentí que volvía a entrar aire en mis pulmones—. Lana y Susan, acompáñenla ustedes y después vengan a decirme qué pasó. —Ambas se acercaron a mí enseguida—. ¡Y tú! —dijo señalando a Roger—. No quiero volver a ver algo así o te juro que te borraré esa sonrisita cínica del rostro. —De verdad estaba furiosa. Supongo que se daba cuenta de que fue deliberado.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Lana preocupada. Sonreí para tranquilizarla, nunca he sido partidaria del melodrama. Por otro lado, no solía tener accidentes de ningún tipo.

—Creo que me di un buen raspón, pero lo que me duele mucho es el dedo. —Ambas agarraron mi mano y vieron que mi dedo meñique estaba completamente fuera de su lugar.

—Dios... te lo rompiste... —murmuró Susan llevándose una mano a la boca. Protegí el dedo con la palma un tanto asustada. Jamás me había roto un hueso, y dolía horrible por muy pequeño que este fuera. Suspiré aguantando la sensación.

—No es nada, seguro me entablillan y ya... —Sus rostros estaban completamente desencajados, así que opté por hacerme la fuerte. Era lo mejor, ¿no?

—Cuando lo sepan los chicos se van a poner furiosos, sobre todo Max. Desde que terminaron su amistad, no lo soporta.

—De qué hablas... ¿Qué amistad? —Ya iba a poner mis ojos en blanco, cuando escuché esas palabras. No entendía nada. Entre ellas se miraron mortificadas.

—Es una larga historia, Kyana. En resumen: Max y Liam fueron mucho tiempo muy amigos hasta que, un día, todo cambió.

—Liam cambió... —corrigió Susan a Lana—. También Kellan, Roger y el resto. Antes no eran así. —De pronto se detuvieron frente a una puerta, entré y vi a dos enfermeras escribiendo algo en los ordenadores. Ingresé confiada.

—Hola... Sucedió un accidente en la cancha y la maestra nos mandó venir —anunció Susan. Una de las enfermeras se levantó rápidamente.

—¿Qué pasó? —Le expliqué todo a grosso modo—. ¿Algo más que te duela? —En un acto reflejo froté mi costado derecho a la altura de la cadera y las costillas. Ardía. La mujer se percató con suficiencia—. Ahora te atiendo... Que una de ustedes vaya con la señorita Hilling y le diga que ya nos estamos haciendo cargo, ¿de acuerdo? —Susan salió enseguida.

En efecto, me rompí el dedo. La enfermera dijo que era una fractura limpia. ¿Qué era eso? No tengo ni idea, pero parecía ser una buena noticia y ella una experta, pues no tomó radiografía alguna. Lo inmovilizó, pidiéndome que lo dejara así quince días. Limpió y desinfectó los horribles raspones; luego me dio unos ungüentos para evitar grandes moretones, pero debía ponérmelos después del necesario baño. Veinte minutos después ya estaba fuera.

—¿Todo bien? —preguntó Lana, que se quedó esperándome.

—Sí, me siento mejor. —Faltaba media hora para las cuatro—. Debo irme, tengo tutoría... —recordé de pronto. Lana torció la boca.

—¿Segura? —Asentí serena. Mi amiga se encogió de hombros, besó mi mejilla y se marchó en dirección opuesta.

Me duché y coloqué el ungüento en los raspones. Tenía grava por todos lados, y el chorro del agua sobre la piel dolió bastante. Aun así, lo logré sin problemas. Llegué puntual, él ya estaba ahí. Jugaba con un lápiz entre sus dedos y estaba serio. En cuanto entré, se giró estudiando mi mano, y yo intenté esconderla tras la cadera.

—Tu dedo, ¿está fracturado?

—Sí... —Me senté sin darle mucha importancia, sacando las cosas que necesitaba de la mochila sin mirarlo. No obstante, sentía sus ojos fijos sobre mí—. ¿Comenzamos? —Alcé la vista. ¡Dios! Era demasiado guapo. Me miraba confuso. Extendí un libro frente a él y empecé a explicar y a subrayar algunas cosas. No ponía atención, seguía estudiándome. Alcé los ojos ya molesta y un pequeño escalofrió recorrió mi cuerpo.

—Kyana... Lamento lo que pasó. —Apretó la boca dejándola tan solo en una línea. Me encogí de hombros, indiferente. No tenía ganas de hablar, y menos con él, si tenía que ser sincera—. Eres muy extraña, ¿sabes? —Volqué los ojos hastiada. ¿Ahora se había comido un perico? Si no, ¿por qué no se callaba? No tenía ánimos de escucharlo—. ¿No vas a preguntar por qué? —Negué pestañeando. ¿Qué le pasaba?

—¿Continuamos? —lo alenté de nuevo al mismo tiempo que pretendía seguir explicándole. No se movió ni un centímetro, estaba comenzando a colmar mi paciencia. Cerré fuertemente el libro, logrando que pestañeara—. OK, veo que hoy no tienes ganas de esto... —Comencé a meter todo en mi mochila—. Créeme, estoy muy cansada y hago un gran esfuerzo... —Ya iba a levantarme cuando me detuvo sujetando mi antebrazo. Miré su mano y luego su rostro, abriendo los ojos de par en par. Su contacto provocó en mí una pequeña descarga que, al parecer, él también notó, porque me soltó enseguida. Mi pulso enloqueció, e incluso puedo jurar que no escuché nada por un microsegundo.

—Espera... Eso es a lo que me refiero... Cualquiera hubiera montado un drama y... no estaría aquí... —Resoplé un poco exasperada.

—Es un compromiso que acepté, y créeme si te digo que no lo estás poniendo fácil. —De pronto sonrió. Mi boca se secó con tan solo ese gesto. Y es que... se reía con los ojos. ¡Por Dios! Era demasiado... perfecto. ¿Qué me estaba pasando? Seguro que el golpe ya estaba provocando alucinaciones. No existía otra explicación.

Tomó mi mochila como si fuese suya, sacó lo que hacía unos segundos usaba, los tendió frente a nosotros y me miró enarcando una ceja esperando. Sonreí al comprender que iba a dejar que le diera la clase al fin.

La hora pasó rápidamente. Hacía lo que le pedía y hablábamos fluidamente sobre esos temas que él detestaba. Todavía le faltaban varias cosas por entender, pero era evidente que leyó lo que le pedí. Por otro lado, captaba todo con una velocidad asombrosa. En definitiva, dentro de sus cualidades se encontraban la retención y la inteligencia. Debido a eso comprendí que sí tenía algún problema con el maestro o, mejor dicho, con su carácter. Lo segundo era más factible.

Faltaban tres minutos para las cinco, cerró todo sin que yo pudiera reaccionar.

—Te ves muy agotada y creo que ya fue suficiente... —Abrí la boca para objetar. ¿Desde cuándo tanta consideración? Aunque la verdad era que sí me sentía dolorida. El golpe ya se había enfriado y comenzaba a sentirse peor. Asentí resignada. Tomó mi mochila y metió todo en su interior. Lo observé incrédula, así que en un arrebato de molestia se la quité frunciendo el ceño.

—Gracias, pero me rompí un dedo, no el brazo, puedo hacerlo sola. —Lo dejé de nuevo confuso y levantó las manos simbolizando rendición.

—Solo quería ayudar. Me queda claro que puedes, solo deseaba ser cortés. —Terminé de guardar lo que faltaba ignorándolo, y me dirigí a la puerta—. ¿Tienes auto? —me preguntó con interés. Negué y abrí la puerta—. Espera... —De verdad que era obstinado, y yo ya no tenía ni paciencia, ni nada. Me volteé irritada.

—¿Ahora qué!?

—Yo te voy a llevar... —Y antes de que pudiera decir nada, me quitó la mochila y se la colgó de su ancho hombro. ¡¿Qué diablos se creía?!

—¡No te entiendo! —grité frustrada, sintiéndome en el límite—. El jueves me pediste no decir nada acerca de que estás aquí, ni siquiera quieres que mencione a nadie que te conozco. —Me estaba mordiendo el labio desesperada, furiosa y confusa. Lo hice tan fuerte que sangró, así que paré.

—Lo sé... y así va a seguir siendo, pero...

—Pero nada... —Intenté quitarle la mochila: era inútil, él reía divertido—. Yo también quiero que siga siendo así... —Le escupí. De pronto se puso serio, acercó una mano a mi costado derecho y levantó la blusa levemente, sin pedir autorización.

—¿Eso también? —Miraba impresionado el enorme raspón. Bajé la tela de un tirón—. No lo voy a discutir, te llevo a casa. —Y caminó sin esperarme. De verdad que me sacaba de quicio. Era un pesado, además, ¿quién se creía que era para darme órdenes? Bajó las escaleras a toda prisa; intenté seguirle el paso, pero me dolían los músculos del lado por el que caí. ¡Maldición!

Cuando por fin llegué a la planta baja, no estaba. Lo que me faltaba. Resoplé sintiéndome fuera de mí. Anduve lentamente hasta el estacionamiento y lo busqué con la mirada unos minutos. ¡Agh, lo odiaba! Un enorme Jeep oscuro se estacionó frente a mí y bajó él. Torcí el gesto. Era la clase de coche que alguien como él tendría. Abrió la puerta del copiloto para que subiera, pero yo crucé los brazos sin tener la menor intención de moverme. Ni en sueños me treparía.

Se carcajeó ante mi actitud.

—Si no subes sola, yo te traeré cargando. —Jamás se atrevería. Sin embargo, al ver que se acercaba de nuevo, decidido, no quise ponerlo a prueba y caminé hasta él, refunfuñando. Cuando llegué a la puerta tomó mi brazo y me ayudó a subir. Era la

segunda vez que me tocaba, y la sensación fue la misma que la primera, así que me aparté de inmediato. Me abroché el cinturón de seguridad perdiendo la mirada en el exterior.

No entendía qué pasaba conmigo, en un segundo decía una cosa y al siguiente, hacía lo contrario. Sabía que parecía una chiquilla, aunque él no se veía más maduro que yo de todas formas. Además, lo último que deseaba era quedar bien, así que no me importó. Ya sé, lo único que faltaba era sacarle la lengua, ganas no me faltaban, pero mis nervios estaban demasiado alterados en esos momentos (en parte por su culpa, pero también por la del gorila patán), así que no me moví.

—¿Por dónde voy? —Parecía muy divertido con mi actitud. Le di las señas rápidamente y en cinco minutos ya estaba frente a casa. Tomé mi mochila sin mirarlo.

—Gracias...

—De nada, Kyana —alcancé a escuchar, y entonces noté que salía del auto. Lo observé estupefacta, caminaba frente al coche rumbo a mi puerta. Puse los ojos en blanco. ¡No podía ser, el chico se sentía un caballero! ¿Qué más iba a suceder ese día? ¿Llovería chocolate? Bueno, eso no sería trágico, al contrario... ¡Ah! Definitivamente estaba desvariando. Abrió sonriendo, parecía muy relajado. Bajé sin tomar la ayuda que me ofrecía—. Espero que te mejores...

—Sí, yo también... Hasta luego, y... gracias otra vez. —Anduve hasta mi casa sin voltearme ni esperar respuesta. Sabía que lo sucedido no fue su culpa; sin embargo, el hecho de que ese tal Roger fuera su amigo me obligaba a guardar cierta distancia. Por otro lado, él tampoco me inspiraba confianza, eso sin contar que alteraba mi sistema nervioso de una forma inusual.

Cuando abrí la puerta escuché su auto alejarse. Suspiré más tranquila sintiéndome de nuevo yo, aunque un poco dolorida. Bueno, bastante dolorida. Subí arrastrando los pies. Encontré algo cómodo que ponerme y llamé a mamá para informarle sobre mi pequeño accidente y decirle que deseaba dormir. Una vez segura que me encontraba bien, salvo los raspones y la fractura diminuta de mi dedo, colgó. Ella llevaría la cena.

No supe ni en qué momento, con mi libreta en las manos y unos libros a un lado, quedé perdida en el país de los sueños. Mi madre intentó despertarme para que ingiriera algo. Yo no tenía ganas, así que quitó todas las cosas que dejé sobre la cama y me cubrió con una cobija.

Por la mañana, ella fue la que logró que yo abriera los ojos. Nunca lo hacía (normalmente yo ponía el despertador), pero con lo ocurrido el día anterior, ni siquiera lo recordé. Me dolía todo. La camiseta del pijama se adhirió a los raspones y no tenía idea de cómo quitarla; la buena noticia fue que el dedo inmovilizado no causó problemas. Tomé una ducha con sumo cuidado, me puse pantalones deportivos y una sudadera a juego: no aguantaba el roce de los *jeans*.

Apenas si alcancé a meterme algo en la boca cuando Annie tocó la bocina. Debía irme.

—Te ves fatal. —La observé torciendo la boca. Robert apretaba la quijada.

—Sí, Kyana. ¿No prefieres quedarte? —Mi amiga me observaba de reojo. Negué con firmeza. Ciertamente no me sentía muy bien; sin embargo, no me agradaba faltar a la escuela. Además, ¿a qué me quedaba? Mi aprensión no me dejaría ni siquiera descansar.

—Ayer te esperé... Me preocupaste. —Le sonreí agradecida. Ambos me miraban mientras esperábamos que se pusiera la luz verde.

—Me trajeron —solté bajito.

—¿Quién? —quiso saber Robert de inmediato. Me giré hacia la parte trasera del auto donde él siempre se sentaba.

—A quien le doy tutorías. —Frunció el ceño extrañado.

—¿Y quién es?

—Me pidió que no lo dijera... Lo siento, fue un trato. —Me encogí de hombros, indiferente. Todavía recordaba en lo que quedamos y presentía que ellos no comprenderían cómo podía seguir ayudando a alguien como él después de lo sucedido el día anterior. Para mi sorpresa, Robert colocó una mano sobre mi hombro sonriendo.

—Menos mal que no te viniste caminando. Dijo Lana que te veías fatal. —Sonreí más serena.

Al llegar, todos se me acercaron preocupados. Los tranquilicé intentando no darle tanta importancia. Pero Max, Ray y Edwin parecían molestos.

—Por favor... No pasó nada. Estoy sana y salva —dije para que pararan. Apenas los conocía y no quería que se enfrentaran a Roger por mi causa. Sería absurdo. Los tres asintieron, aunque supe que no logré convencerlos.

Matemáticas pasó sin nada de relevancia. En el receso no permitieron que pagara mi almuerzo. Me sentía inservible, pero a la vez no era tan malo saber que podía contar con ellos en tan poco tiempo. ¿Quién lo diría? Ya estaba de verdad muy encariñada con esos chicos.

—Ese imbécil —bramó Max por lo bajo a mi lado mirando hacia la puerta de la cafetería. Seguí su mirada, intrigada. Era Liam, y observaba nuestra mesa. Bueno, en realidad a mí. Me examinaba con ojos penetrantes. ¡Dios! Me volteé al lado contrario de inmediato, completamente ruborizada. ¿Qué le sucedía?

—¿Por qué mira hacia acá? —preguntó Annie un minuto después.

—Que ni se acerque, porque ahora sí que no respondo —amenazó Ray. Gracias al cielo, no lo hizo, porque mis nervios no estaban para eso.

—Te miraba a ti —soltó Susan repentinamente. Enarqué las cejas fingiendo no entender.

—A lo mejor le remordió la conciencia... —Todos miraron a Lana atónitos y casi riendo.

—¡Claro que no! Para eso necesitas tenerla y él no la tiene... Todos lo sabemos. —Al parecer las cosas no eran tan sencillas en esta escuela. Demasiado resentimiento, demasiado odio, demasiado rencor acumulado y una larga historia. Me sentí insegura, comenzaba a sospechar que no tenía ni idea del suelo que pisaba. Billy me guiñó un ojo, probablemente mi rostro reflejaba mi preocupación.

—Tranquila, Kyana, olvídalo. «Esos» ya hacían esto antes de que tú llegaras. Es solo que... ahora no vamos a permitir que suceda más... —Ray parecía muy seguro. El timbre sonó y nos dirigimos a Literatura. Lo que dijo, ¿debía relajarme? Porque estaba siendo todo lo contrario.

Cuando entré, varios compañeros dejaron de hablar para mirarme sin disimular su pena por mí. Intenté ignorarlos. Max pasó un brazo por mi hombro, y no lo quitó hasta que me senté. Parecía que quería hacerles notar que no estaba sola. Creo que funcionó, ya que la clase transcurrió tranquila. Bueno, eso sin contar que Liam mantenía fija su mirada en mi espalda. Lo ignoré todo el tiempo. Estaba decidida a demostrarle que era una persona de palabra y que, además, no me interesaba en lo absoluto. No entendía su juego...

La mañana pasó así, sin ningún sobresalto. Terminamos Historia y fue ahí cuando comenzó la ansiedad: otra vez lo vería y... eso me alteraba demasiado.

Llegué antes que él. A las cuatro en punto se abrió la puerta y apareció. Era tan alto que hacía ver pequeño el lugar. Cuando lo miré, me dedicó una gran sonrisa.

—Hola. —Le regresé un escueto saludo. Esperé a que se acomodara, fingiendo que ojeaba algo en mis apuntes—. ¿Cómo estás?

—Mejor... ¿Comenzamos? —Le acerqué el libro señalándole con un lápiz lo que debía leer.

—Veo que ya tienes varios amigos. —Asentí desconcertada. ¿Por qué hablaba tanto? Me pregunté fastidiada. Ah, sí, el perico, eso debía ser, porque en serio no entendía a ese chico que tenía frente a mí y que sonreía como los mismísimos ángeles. Su celular sonó y, por supuesto, lo miré molesta. Lo sacó de su bolsillo sin perder la conexión de nuestros ojos y lo apagó—. Listo... —Hice un gesto que pretendía ser una sonrisa, creo que no lo logré—. ¿Siempre eres así de... cuadrada? —Lo fulminé molesta. ¡¿Cómo se atrevía?! No era enojona en absoluto, pero parecía que él sacaba lo peor de mí. Era pura contradicción.

—Si soy cuadrada, circular o la figura geométrica que prefieras, es algo que tú jamás sabrás, ¿de acuerdo? Ahora, ¿podemos empezar o vas a seguir parloteando?

—De verdad que eres difícil... —Sonrió despreocupado y divertido. Iba a contestarle algo mordaz cuando elevó las manos en señal de rendición—. Está bien, está bien, ya entendí, nada de parlotear. —Y comenzó a leer con suma atención lo que indiqué.

Lo observé perdida en mis pensamientos. Así concentrado, no parecía tan malo. Su cabello rubio y oscuro caía tapándole los ojos, tenía unas manos grandes y bien formadas, su espalda era muy ancha y parecía que el sol lo favorecía aún más, ya que su tez era bronceada, envidiable, a decir verdad.

—Listo. —Alzó la mirada sin que tuviera tiempo de girarme a otra dirección. ¡Dios, qué vergüenza! Sonrió tiernamente. No supe qué hacer, pestañee varias veces, confusa. Rápidamente logré recuperarme y comencé a preguntarle cómo si no me hubiera encontrado admirándolo deleitada. ¡Maldición!

Todo lo contestó sin error. Comentó algunas dudas y había cosas que anotaba concienzudamente.

Los dos miramos el reloj justo un minuto antes de las cinco. Tomé el libro para guardarlo, él lo detuvo sin tocarme.

—¿Te llevo?

—No... una amiga me está esperando, gracias... —Alcancé a percibir decepción en sus ojos. Estaba enloqueciendo gracias a él. Ese chico me desconcertaba con mucha facilidad. Le sonreí sintiendo el labio temblar y guardé todas mis cosas. Al levantarme, sujeté mi hombro con cautela.

—¿Tienes algo con Max? —Me ruboricé enseguida. ¿Qué clase de pregunta era esa? Me solté, observándolo confusa. Liam me hacía sentir perdida, extraña, fuera de mí. Me gustaba y a la vez no, pues no comprendía la razón.

—No. —Sonrió y se puso de pie. Mi cabeza llegaba justo a su pecho, con mi metro sesenta y tres no daba para más. Giré de inmediato y salí deprisa, como un animalillo asustado huyendo del cazador.

Annie me esperaba en la entrada principal junto con Robert.

—¿Sabes? Me parece tan gracioso lo de tu «alumno secreto»... Me intriga... —admitió. Me encogí de hombros con indiferencia, ya no quería evocarle.

—Sí, es algo extraño —acepté recordando la última hora. Aún me sentía alterada, con cierto hormigueo incómodo y desconocido en mi estómago.

Por la tarde hablé con Jane, mi amiga de Los Ángeles, más de dos horas, cosa común entre nosotras.

—¿Y qué? ¿Hay chicos guapos, o son todos como los de aquí? —Me mordí el labio aliviada de que no pudiera verme. Me conocía muy bien y con tan solo ese gesto, se hubiera dado cuenta de que algo sucedía. Liam eclipsó mi mente de repente. Suspiré molesta por esa intromisión en mi cabeza. ¿Qué estaba pasando? Me caía mal, no debía estarlo evocando cada dos por tres. ¿O sí?

—Pues algunos... los típicos.

—Mmm... Pensé que ya pescarías novio. —Siempre le intrigó el porqué de que a todos les dijera que no. Por supuesto que yo le intenté explicar una y otra vez mis razones; sin embargo, parecía que para ella no eran lo suficientemente válidas. Me creía más un ratón de biblioteca que una adolescente común, decía que debía salir de los libros un poco y experimentar.

—Pues no... Ya sabes que me gusta disfrutar de mi tiempo, Jane, eso no ha cambiado aunque esté a miles de kilómetros de allá.

—Ya esperaba esa respuesta —Rio decepcionada. Ella sí había tenido algunas parejas, al igual que Raúl, y a ambos los vi sufrir en más de una ocasión, así que prefería permanecer sin problemas de ese tipo.

Al terminar la llamada, lágrimas de tristeza y nostalgia escaparon de mis ojos. En general no podía quejarme, pero los extrañaba demasiado. Sentía un pequeño agujero en el pecho cada vez que pensaba en el día de la graduación y que yo no estaría.

La mañana siguiente llegó barriendo un poco, como suele pasar en esos casos, la tristeza. Me sentía mejor físicamente, aunque no del todo en el área sentimental. Escogí unos *jeans* más holgados, me sujeté de nuevo el cabello y no hice nada más, mi ánimo se encontraba un tanto oscuro.

El día fue tranquilo, comenzaba a sentirme parte de ese nuevo mundo. En la clase de Literatura volví a ser consciente de esa ya familiar mirada clavada en mí varias veces. Continué ignorándolo, a pesar de que conseguía poner mis sentidos en alerta. Saberlo en el mismo salón generaba en mi interior una sensación... desconocida: era como tener erizados los vellos de todo el cuerpo sin descanso.

La maestra de Atletismo me dio la hora libre debido a mi condición. Fui a la biblioteca y adelanté mis deberes.

Por la tarde, mamá llegó radiante. Al parecer todo le estaba saliendo de maravilla. De vez en cuando me observaba de una forma peculiar. Yo le sonreía intentando despistarla. Piqué un poco de la cena y, en cuanto terminamos, me encerré en mi habitación. No dijo nada, me conocía mejor que nadie y sabía que ese día estaba muy triste. No conseguí apartar la sensación de nostalgia en todo el día. Supongo que era normal con todo ese cambio. No tenía tareas pendientes, todo lo hice en la escuela. Sobre la cama, abrazando una almohada, dejé brotar unas cuantas lágrimas de melancolía. Extrañaba mucho a mis amigos, mi antigua escuela, mi antiguo hogar.

Por la mañana, la tristeza no era tan fuerte. Miré por la ventana más serena, el cielo estaba despejado y las copas de los árboles se mecían decadentemente, como presas de un lindo vals. Sonreí.

Jueves ya. No cabía duda de que el tiempo no se detenía nunca, este avanzaba sin piedad, estuvieran las cosas bien o estuvieran mal.

A la hora del almuerzo todos planeamos el día en la playa. Parecía que iba a ser el último en algunos meses; el meteorólogo pronosticaba que el frío comenzaría la siguiente semana.

Inglés fue, como solía, muy aburrido. Después, Historia. Emma ya me esperaba apartando un sitio para mí. Al acabar, ella y yo nos pusimos de acuerdo para realizar un trabajo en común que nos mandó el profesor y salí disparada al edificio de tutorías.

«Mi alumno secreto» ya estaba ahí... Sobre la mesa redonda donde solía explicarle, se encontraban todas sus cosas. Él se hallaba de pie a un lado de la ventana. Tragué saliva sintiendo que costaba pasarla.

—Lo siento... —conseguí decir agitada. Liam me sonrió triunfante. No comprendí ese gesto y lo miré desconcertada.

—Parece que no eres tan cuadrada después de todo. —Observó enseguida el reloj para luego mirarme. Me mordí el labio, nerviosa. ¿A qué venía eso? Me senté y, en tiempo récord, saqué todo lo necesario de mi mochila—. Tranquila... —dijo al acomodarse frente a mí relajadamente.

—Lo siento, tenía que hablar sobre un trabajo en equipo. No volverá a suceder. —Recargó sus brazos sobre la mesa acercándose a mí y mirándome de una forma que no entendí, pero que me alteró muchísimo.

—No te preocupes... Esas cosas pasan, ¿no es así? —Mi boca se secó sin saber qué decirle—. Aunque sí, has roto una de tus propias reglas, ¿no es cierto? —Enarcó una ceja con burla.

—Yo... bueno... sí... Ya te dije que no volverá a suceder... —Me costaba respirar teniéndolo tan cerca, pero lo peor era que parecía disfrutarlo.

—Entonces... yo puedo romper una de las mías, ¿no? —quiso saber examinando mi reacción. Pestañeeé sin comprender.

—¿A qué te refieres? —Volvió a alejarse cruzando sus enormes brazos detrás de la cabeza.

—Pues, a la que decía que jamás seríamos amigos. —Cada vez entendía menos y, al parecer, eso le divertía porque soltó una enorme carcajada. Volvió a acercarse a mí un poco más serio. No pude evitar emitir un gemido de sorpresa—. Me gustaría conocerte más... —Me quedé muda, perdida en su mirada, sentía un millón de hormigas caminando frenéticas dentro de mí. Sacudí la cabeza intentando comprender.

—Yo creo que no es buena idea —solté de pronto, pegándome al respaldo de la silla para poner distancia entre los dos. ¡Dios! ¿Qué le ocurría?

—Y eso ¿por qué? —preguntó extrañado e inquisitivo. Tomé un mechón de mi cabello intentando pensar. ¡Agh! Mis neuronas parecían haber renunciado.

—Pues... porque no. No te comprendo —acepté por fin.

—Kyana, me gustaría ser tu amigo. ¿Soy más claro?

—¿Mi amigo? ¿Para qué? —Ahora él parecía confuso, frunció el ceño.

—¿No puedes tener más amigos?

—Sí... —Estaba haciendo rulos con uno de mis mechones, nerviosa.

—¿Entonces? —Sus ojos tenían una mezcla de verde botella con gris increíblemente única y, por si fuera poco, su mirada me estaba provocando mareos, me sentía como flotando. ¡Diablos, eso no era normal!

—Liam... ¿Podemos comenzar? —rogué tratando de encontrar algo seguro a lo cual sujetarme, jamás había sentido cosas así.

—¿Lo pensarás? —Y se acercó aún más a mí. Temblé. Olía... delicioso. Asentí sin poder articular palabra. De inmediato relajó su postura—. ¡Perfecto! Comencemos. —Me sudaban las manos. Aun así, conseguí terminar la tutoría dignamente—. ¿Te esperan de nuevo? — quiso saber cuando guardábamos nuestros materiales.

—Sí.

—Bien, te veo mañana entonces... —Asentí, y enseguida salió de ahí. Cuando se fue, solté por fin el aire. Lo mantuve ahí desde que comenzó con su conversación tan extraña. Intenté relajarme y unos minutos después crucé el marco de la puerta.

Toda la tarde estuve confusa, distraída.

Emma fue a casa. Se la presenté, por supuesto, a mamá, y de inmediato congeniaron. Las observé conversar animadas sin participar. No podía dejar de pensar en lo sucedido unas horas atrás. ¿Para qué quería ser mi amigo? ¿Sería un plan para hacérmelo pasar difícil? ¿O para fastidiar a Max? Era evidente que había muchas cosas extrañas entre los dos.

—¿En qué piensas, cielo? —preguntó mamá sacándome de golpe de mis pensamientos.

—En el trabajo. ¿Comenzamos, Emma? —Asintió sonriendo.

Dos semanas desde que llegué a Myrtle Beach: el tiempo estaba pasando rápido. No volví a ver a Roger, así que... me sentía más tranquila. La mala noticia es que era viernes y ese día tenía Atletismo, allí seguro me toparía con él.

La primera hora transcurrió en calma, al igual que el almuerzo. En Literatura llegué a temer por un momento que Liam se acercara. No lo hizo. Solo me observó al entrar dejando de hablar con uno de sus compañeros. Lo miré un segundo y enseguida me giré intentado ignorarlo.

La situación parecía complicada. ¿Cómo había podido llegar a eso en quince días? Mis recientes amigos lo odiaban, su compañero de equipo estaba decidido a hacerme la vida de cuadritos por algo que no alcanzaba a comprender, le daba asesorías clandestinas y ahora... quería ser mi amigo por alguna extraña razón. Me sentía confusa y desorientada. No quería traicionar mi incipiente amistad con los chicos y, además, ¿qué sentido tenía que nos conociéramos más? Éramos sumamente diferentes. Yo odiaba a los de su clase y él se dedicaba a fastidiar y hacerle la vida cansada a la gente que no pertenecía a su círculo, como yo.

En Atletismo, hice lo mismo que el resto. Los del equipo de fútbol americano llegaron unos minutos después de haber comenzado el calentamiento. Pasaron justo frente a nosotros sin los cascos puestos.

Ahí lo volví a ver.

Me dedicó una sonrisa que no pude contestar. Me giré a mi alrededor, nerviosa, para ver si alguien lo notó, pero todos seguían haciendo sus ejercicios. Me concentré de inmediato intentando regularizar la respiración. Su sola presencia me alteraba demasiado, gracias a eso no vi cuándo salió Roger.

Por fin terminó la mañana. Annie me avisó de que no iba hacia su casa pues se tendría que quedar para hacer unos trabajos junto con Robert en la escuela. Quería pensar, así que me quedó estupefacto el hecho de poder caminar y dejar volar mi cabeza.

Especulaba sobre lo que haría de cenar evaluando mentalmente mi despensa y mi frigorífico. Cocinar me encantaba y perder el tiempo pensando en alguna nueva receta era una de mis aficiones.

—¿Te llevo? —No había escuchado ningún auto acercarse, sin embargo, su voz era inconfundible. Lo miré sonriendo, sintiendo cómo de nuevo todo mi cuerpo despertaba, cosquilleaba completamente y un calorcito desconocido me inundaba.

—No gracias, prefiero caminar. —Y eso hice. Las palmas de mis manos sudaban. No se rindió, me siguió despacio en su Jeep.

—Kyana, no me cuesta nada. ¡Dios, eres tan difícil! —Se reía.

—Gracias, pero no... ¿Qué sucede contigo? —le pregunté sin dejar de caminar.

—Nada —dijo inocente—. Solo quiero hacerle un favor a una amiga. ¿Eso es un crimen?

—Tú y yo no somos amigos...

—¡Auch! Eso dolió, Kyana. —Detuve mi paso y lo evalué desconcertada.

—¿Qué quieres de mí, Liam? —Él también detuvo el auto asomando parte de su cuerpo por la ventana, ya serio.

—Ser tu amigo, creí habértelo dicho.

—Sí, pero... ¿Por qué? —Se demoró en contestar con sus ojos fijos en mí.

—Porque me intrigas.

—¿Te intrigo? —Enarqué una ceja un tanto divertida. Otra cosa que jamás me habían dicho. Era una mujer de pocos misterios. Ese chico estaba loco, pero mi boca se secó, otra vez... ¿Qué me estaba sucediendo?

—Por favor, sube... —pidió. Miré hacia ambos sentidos de la calle y torcí la boca, indecisa—. Por favor... —Caminé hasta su Jeep dándome por vencida. Me abrió la puerta enseguida. Tomó mi brazo para ayudarme a subir y, por sus ojos, supe que sentimos la ya tan común descarga recorrer nuestros cuerpos. Manejó tranquilo—. ¿Ves como no hago nada? —Tenía su mirada atenta al exterior. Perdí la vista por mi ventana un poco nerviosa. Con él no sabía qué sucedería, era como estar en suspenso todo el tiempo—. Entonces... ¿En qué estábamos? —preguntó relajado y sonriendo.

—En que te intrigo —admití ruborizada. Su rostro cambió y frunció el ceño asintiendo—. Liam, ¿No podemos seguir así? Como hasta ahora —me aventuré a preguntar, ya bastante perdida con aquel juego.

—¿Por qué? —Ya aparcaba frente a mi hogar. Se dio la vuelta y me estudió en el momento que apagaba el motor.

—Porque... no sé... No quiero problemas, acabo de llegar. —Se acomodó en su asiento, mirándome pensativo.

—¿Qué clase de problemas? —Quería sacudirlo, me desesperaba que fingiera no saber de qué hablaba. Por Dios, si él era parte del conflicto, con esa forma que tenía de ser—. Kyana, no te estoy pidiendo nada grave o... insultante. —Bajé la vista hasta mis manos que tenía aferradas a la mochila.

—Lo sé...

—¿Sabes? Eres la primera persona que se comporta así conmigo... —Parecía que lo decía más para sí mismo que para mí. Le miré a los ojos, ahora un tanto decepcionada.

—¿De eso se trata? ¿Por eso te intrigo? —Noté cómo lo sacaba de sus pensamientos. Abrió los ojos, atónito.

—No... Kyana, es solo que siento como si te estuviera pidiendo algo malo. —Desvié la vista hacia la calle mordéndome de nuevo el labio.

—Es que comprendeme, no sé qué sucedió entre tú y los chicos... Veo que no se soportan, Liam. Además, está Roger. —Levanté mi dedo entablillado para que

recordara a qué me refería. Sujetó el volante y noté enseguida cómo sus nudillos se ponían blancos de lo fuerte que lo apretaba. Miró al frente con fijeza.

—Lo sé.

—La verdad es que creo que lo haces por... fastidiarlos —solté sin más. Sus ojos se volvieron a posar en mí, más serio aún.

—¿Por qué haría algo así? —Me encogí de hombros en señal de no saber—. Lo de Max y el resto... es algo que no tiene nada que ver contigo —intentó explicarme—. Max y yo solíamos ser amigos...

—Eso he escuchado.

—No sé, la vida de pronto cambia. —Ya miraba él de nuevo hacia la calle. Sonreí comprendiendo muy bien a qué se refería—. Vamos a hacer una cosa... —Me observó nuevamente acercándose más. Yo abrí los ojos sin querer moverme, mi corazón martilleó tan fuerte que creía que se saldría por la garganta—. Seamos amigos secretos, ¿qué te parece? —Eso sí que era descabellado, pensé. Enseguida solté una carcajada—. ¿Qué? ¿No te parece buena idea? Lo haríamos por ti, a mí no me importa lo que digan los demás, o lo que piensen... —A mí nunca me interesó tampoco. No entendía por qué ahora sí, en especial todo lo referente a él—. ¿De qué te ríes? —quiso saber. Con un ademán que comenzaba a conocer, se echó el cabello hacia atrás sin tocarlo.

—Pues... es extraño, ¿No te parece? —intenté hacerle ver, aún risueña.

—Entonces, ¿qué propones? —Parecía entusiasmado con su loca idea.

—Lo pensaré —sentencié convencida de que era lo mejor. Me giré para abrir la puerta, pero quitó mi mano de la manija y se quedó a unos centímetros de mi rostro, observándome de la misma forma en la que se mira un delicioso pastelillo que está listo para comerse.

—No te vas a ir de nuevo sin darme una respuesta. —Tragué saliva con dificultad—. Vaya que me estás costando trabajo, Kyana —Su aliento acariciaba mi rostro: olía tan bien. Me mordí el labio de nuevo. Observó el gesto muy atento—. ¡Dios! ¿Es que siempre haces eso? —preguntó con la voz ronca, deleitándose con mi gesto. Sentí que se acercaba más y más a mí, lentamente: me iba a besar, ya no podía respirar... Se humedeció la boca con su rosada lengua, sentía su aliento sobre mí y no sabía qué más hacer. Me quedé ahí, congelada, petrificada.

Un auto pasó de pronto. Volteé enseguida la cabeza evitando así que me besara. Él se alejó desconcertado, parecía muy confuso. Aproveché su actitud y bajé de inmediato del auto.

Caminé deprisa hasta mi casa, sin darme la vuelta, abrí rápidamente y entré. Me apoyé contra la puerta respirando agitadamente. No quería moverme o, más bien, no podía. Después de unos minutos escuché cuando prendía el motor y se alejaba. Resoplé sintiendo las mejillas encendidas. ¡Dios, me sentía mareada!

Aventé mis cosas en el sillón, me dirigí a la cocina, serví un poco de agua en un vaso y me la tomé con dificultad. ¡¿Qué diablos fue todo eso?! Aún podía olerlo, sentirlo sobre mí. Su presencia me inquietaba, su cercanía me ponía a mil. ¿Era normal? Acaso Liam... ¿Me gustaba? No, eso no podía ser. Aunque nunca había sentido algo siquiera similar con alguien, siempre tuve chicos cerca y solo con él sentía que el corazón se me saldría por la boca, que miles de hormigas caminaban como desquiciadas por todo mi cuerpo, que mis terminaciones nerviosas, mis neuronas, cada una de mis células, despertaban cuando estaba cerca. ¡Maldición!

No sé cuánto tiempo permanecí ahí, cavilando, sintiendo que no podía dar un solo paso ya que mis piernas eran gelatina. Escuché cómo se estacionaba el auto de mamá, ojeé el reloj distraída. ¡Agh!, lo que me faltaba, no había hecho nada de cenar. Estuve con Liam y en la cocina más de lo que pensaba, ni siquiera me di cuenta. Bufé.

Corrí hacia el baño y me observé en el espejo. Tenía las mejillas completamente encendidas. Me eché agua deprisa; sentía mi rostro hirviendo.

—Hola, mi amor. —Notó que la estufa estaba vacía. Sonrió divertida—. ¿Quieres que vayamos a cenar? —Asentí entusiasmada—. Bien, me doy un baño y nos vamos.

Subió las escaleras, evaluándome. Cuando ya no pudo seguir haciéndolo, me acerqué al sillón y me aventé en él. ¿Qué me estaba pasando? Tomé bocanadas de aire varias veces porque deseaba dejar de sentir esa sensación de compresión en los pulmones. Después de varios minutos, funcionó.

Cenamos, en un restaurante que le habían recomendado a mi madre.

—¿Sabes? Llevo días notándote algo diferente... —soltó. Un segundo después bebió de su vino.

—Seguro que son los cambios. —Enseguida su mirada se tornó triste. Puse una mano sobre la de ella, sonriendo—. Mamá, no te preocupes, estoy bien, de verdad. Tengo nuevos amigos, la escuela me gusta, todo va mejor de lo que esperé... —No le mentía, en serio lo pensaba.

—¿De verdad, Kyana?

—Sí, no te preocupes tanto. Disculpa mis cambios de humor, es solo que a veces... extraño... Eso es todo...

—Lo sé, mi amor. No puedo evitar pensar que no debí aceptar el trabajo.

—¡Ey! Ya no digas eso... Estamos juntas, ¿no es así? Eso es lo importante.

—Eres a veces tan madura... —susurró con los ojos anegados. Agité su mano para que me viera de nuevo, odiaba que se sintiera mal. La adoro por encima de cualquier cosa.

—No es eso, es solo que te quiero —No aguantó más, con lágrimas en los ojos se levantó y me abrazó fuerte. No tenía una sola queja respecto a ella; era comprensiva, prudente, inteligente y muy condescendiente conmigo. La admiraba por lo lejos que había logrado llegar y por jamás darse por vencida.

—Bueno, bueno... Andamos muy melancólicas —dijo sonriendo y volviendo a sentarse en su sitio—. ¿Qué planes tienes para mañana, mi amor? —Me preguntó, llevándose el *fetuccini* a la boca. Le comenté que iríamos a la playa, de nuevo—. Suena divertido. ¿Sabes?, Ralph, uno de mis compañeros de proyectos, me invitó a comer. No quería aceptar hasta consultarlo contigo. —Estaba ruborizada. Ya la había escuchado hablar de él, pero jamás pensé que le interesara.

—¡Oye, eso es fabuloso!

—¿De verdad lo crees? —Continuó sin que pudiera contestarle, como era su costumbre—. Es divorciado y su exmujer vive en Utah. Creo que podríamos ser buenos

amigos... —Lo decía para ella, así que no respondí, me gustaba verla así. Un par de pretendientes le había conocido, así que me entusiasmó que pudiera encontrar a alguien con quien compartir su vida, salir, pasear, divertirse.

Ray pasó a buscarme alrededor de las doce. Encontramos a los chicos en el mismo sitio que el fin de semana anterior. Jugaron a voleibol mientras yo los observaba, pues con el dedo fracturado no me quería arriesgar. Cuando terminaron, los hombres elevaron a las chicas para arrojarlas al mar y, aunque lo intentaron conmigo, se detuvieron al recordar por qué no había jugado ni siquiera.

Me senté bajo la sombrilla observándolos chapotear. El viento soplaba agradable y me llegaba la brisa del mar que tanto adoraba. Alcé el rostro aspirando la salinidad con deliberada lentitud.

—Al fin te dejaron sola... —Mi pulso se detuvo, podría jurar, unos segundos. Giré de inmediato sabiendo de antemano quién era. Enseguida me sentí desorientada como el día anterior. ¿Qué tenía ese chico que me ponía así? ¿Por qué me sentía atraída como un metal al imán? ¿Por qué de pronto no recordaba ni cómo me llamaba?

—No puedo entrar por... el dedo. —Estaba a mi derecha, no lo pude ver bien ya que el sol me encandilaba. Volví a fijar la atención en mis amigos. Se veían cada vez más lejos y más divertidos, sus gritos se escuchaban hasta ahí. Mis palmas sudaban, mi corazón martilleaba. ¡Dios, qué calor!

—Mmm y... ¿Crees que se molesten si me siento aquí? —Sabía que estaba a solo un metro de mí, no lo miré.

—Preferiría que no lo hicieras —admití decidida. Ellos no me daban tanto miedo como lo que sentía cada vez que lo tenía cerca. Le importó un rábano y lo hizo justo donde estuvo de pie. Me giré molesta. No llevaba las lentes de sol y me miraba fijamente. Me quedé sin aliento.

—Siento lo que ocurrió ayer. —Desvié de nuevo la mirada al mismo tiempo que me mordía el labio. Odiaba hacerlo, pero jamás lo había podido evitar: si era presa de alguna emoción descontrolada, hacía aquello—. Eso lo haces cuando te pones nerviosa, ¿no es cierto? —conjeturó. Sentí que un rubor se plantaba en mis mejillas—. ¿Sabes? No deberías hacerlo... —Tenía de nuevo la voz ronca. Seguí ignorándolo, pero no sirvió de nada y él continuó—. Kyana, no te caigo nada bien, ¿verdad? —Bajé la vista hasta la arena y comencé a jugar con ella—. No comprendo por qué... Sé que el primer día que nos conocimos fui algo...

—Pedante... —completé por él la frase.

—Sí, y lo siento, es solo que estaba muy molesto por estar ahí... El señor Johnson no me soporta y, bueno... No le presto mucha atención —dijo con sinceridad.

—Creo que no te das cuenta de cómo son ustedes, Liam. —Cometí el error de mirarlo nuevamente. Mi boca se secó enseguida y esa sensación de falta de aire regresó de inmediato. Ya no podía retractarme, me tenía atrapada en sus ojos de color tan singular.

—Puede que tengas razón, a veces puedo ser...

—Insufrible —volví a completar. Él asintió sonriendo tranquilamente.

—Kyana... —Me iba a decir algo, pero no pudo porque, como si fuera víctima de un plan maquiavélico, apareció Roger.

—Te estábamos buscando, Liam. —Al verme cambió su expresión, examinándome con desprecio—. Pero ¿qué haces con «esta»?

—¡Cállate, Roger! —lo silenció mi intruso, bastante molesto, poniéndose de pie.

—¿Qué diablos tienes que hablar con «la mexicanita»? —Me tenía harta, así que también me incorporé acercándome a él, sintiéndome fuera de mí.

—No sé por qué no me soportas. La realidad es que no te hice nada y necesitas desquitar tu frustración con alguien, pero, para que lo sepas, no te tengo miedo. —Lo tenía terriblemente cerca, su altura no me intimidó y mantuve mis ojos fijos en él. Lo odiaba, de verdad lo hacía, y estaba cansada de sus estupideces. Su mirada se intensificó y las aletas de su nariz se abrieron peligrosamente. Todo eso lo pude notar porque agachó la cabeza, incrédulo, hasta mí, quedando a unos cuantos centímetros.

—¡Tú a mí no me hablas así...! —vociferó furioso.

—¡Basta! Roger, déjala en paz. Es cierto lo que dice, no te ha hecho nada. —Liam colocó una mano sobre su pecho, deteniéndolo. Parecía muy nervioso, nos veía sin saber qué hacer.

—Deberías tenérmelo, porque podría romperte la mano, y no solo un dedo... —Me reí con sarcasmo. En realidad sí le temía, pero ya me tenía agotada. Jamás fui una chica que se dejara ningunear y no iba a comenzar ahora.

—Ya, Roger. ¡Dije basta! Kyana, por favor... —me rogó ansioso el intermediario.

—¿No me digas que es tu «amiga», Liam? —Lo desafió observándolo fijamente. Yo también lo reté con la mirada. Quería que se diera cuenta de que no podíamos ser ni siquiera eso. Pero él me vio decidido aceptando el reto.

—Sí, es mi amiga... Y no quiero que vuelvas a meterte con ella, ¿está claro? —En la última parte miró a ese desquiciado con los ojos cargados de amenaza. Roger se quedó atónito, al igual que yo.

—No hablas en serio, Liam, tú jamás tendrías una amiga como esta... —Me señaló con desprecio. Y dale con lo mismo. Moría por dejar marcada mi mano sobre su odioso rostro. Sin embargo, sabía qué sucedería si lo hacía. Por otro lado, la violencia nunca me ha gustado, no se gana nada con ella.

—¡Ahora sí! Y si quieres que todo esté tranquilo entre nosotros, aléjate de Kyana, ¿comprendes? —No daba crédito, no podía creer lo que estaba escuchando. Ni siquiera me di cuenta cuando todos mis amigos se pusieron a mi lado protegiéndome. Más amigos de ellos llegaron y pronto se hicieron dos grandes bandos. Liam me dedicó una mirada llena de disculpa, la situación se estaba saliendo de control. Tomó a Roger del hombro haciéndolo girar y se alejaron claramente molestos.

—¿Qué fue todo eso, Kyana? —preguntó Max, igual de desconcertado que yo.

—Sí, Kyana. ¿Son amigos tú y Liam? ¿Desde cuándo? ¿Cómo? —me bombardeó Sara incrédula. Los volteé a ver completamente confusa, temblando por el susto. Ese tipo estaba claramente demente.

Ray rodeó mis hombros sacudiéndome tiernamente.

—Déjenla en paz, no ven que está todavía aturdida... —Me sentó sobre una toalla y esperaron a que se me pasara la impresión. Roger ya me daba miedo, mucho miedo.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Lana.

—Sí... —logré decir.

—Fue increíble cómo te comportaste con ese bravucón —me felicitó Billy. Sonreí insegura. Max puso una mano sobre mi rodilla.

—¡Ey! Tranquila... Estuvo bien lo que hiciste...

—Y lo que hizo Liam... —reconoció Annie mirando a todos.

—Sí... No esperaba que hiciera algo así —ratificó Robert. Miraba a cada uno todavía un tanto descolocada.

—Kyana, ¿en serio son amigos? —Edwin insistió, se veía triste.

—No lo sé... —admití sinceramente.

—Él no hace esto por nadie. Al contrario, es de los que disfrutan estos eventos y si pueden, ayudan... —No sabía nada de él, pero conmigo se portaba «bien». A excepción del primer día de asesorías, no podía juzgarlo como mal tipo.

—A lo mejor está cambiando —aceptó Billy desconcertado.

—De verdad, no lo creo... —reflexionó Sara.

—Bueno, eso no interesa. Lo que sí, es que le salvó el pellejo a Kyana. Roger enojado se vuelve loco —dijo otro.

—Eso es cierto —aceptó Robert.

El resto de la tarde no lo volví a ver. Para cuando anocheció, la música comenzó a sonar y las fogatas a iluminarlo todo. Yo ya me quería ir. No me sentía cómoda. Varios comenzaron a tomar alcohol y cervezas; se veían muy divertidos, pero no podía evitar sentirme ajena a todo aquello.

Permanecí sentada, un poco callada y observándolos. Parecía que estaban en una gran celebración en la cual yo no sentía ganas de participar. Cuando todos bailaban, le dije a Annie que iría a dar un paseo por la playa.

Varios metros después, ya no escuchaba todo el barullo de la fiesta. Me senté frente al mar y dejé que mis pensamientos volarían. No parecía que llevara dos semanas ahí. En mi vida anterior todo era tan similar cada día... Ahora no sabía cómo actuar. Existían ocasiones en las que no me reconocía. Quería a Jane o a Raúl junto a mí... como siempre fue. Deseaba que me abrazaran y me dijeran que todo estaría bien, que esas sensaciones tan extrañas pasarían pronto... No estaban, y yo me sentía muy sola.

Liam me desconcertaba. Hacía temblar cada fibra de mi ser, me jalaba de una forma anormal, no comprendía mi cuerpo y mucho menos mi mente cuando se trataba de él. Roger me odiaba de forma gratuita y ahora presentía que debía cuidarme de su locura todo el tiempo. Mis nuevos amigos despreciaban a ese chico por el que mi esencia reaccionaba sin el menor incentivo. Estaba en un lugar nuevo, con gente nueva, con sensaciones nuevas, y ya nada parecía que fuera a volver a ser como solía. Yo misma ya no me sentía igual.

Las lágrimas comenzaron a escapar de mis ojos. Hundí el rostro entre las rodillas, que rodeaba con mis brazos, y me dejé llevar por la nostalgia. Aborrecía no tener el control de las cosas, era desquiciante ser tan novata en todas esas extrañas emociones.

—¿Estás bien? —Salí de mi escondite ya sin asombrarme por su presencia ahí y negué honestamente.

Claro que no estaba bien y él era parte de los motivos, uno bien grande. Liam se sentó a mi lado sin esperar invitación; como me empezaba a dar cuenta, era su costumbre. Sin más, rodeó mi trémulo cuerpo con sus brazos y apoyó su barbilla en mi cabeza. El gesto me tomó por sorpresa, pero aun así, no me moví. Estaba demasiado cansada como para resistirme. Por si fuera poco, su olor llegó hasta un rincón desconocido de mis pulmones, de mi mente: era embriagador, delicioso. La calidez de su pecho me envolvió haciéndome sentir también una oleada de plenitud. Mis manos cosquilleaban, mi ser quería adentrarse en el suyo. ¿Qué era todo eso? Sin embargo, seguí llorando.

No dijo nada, dejó que me desahogara acariciando mi espalda cariñosamente al mismo tiempo que yo sollozaba sin poder parar. Sabía que debía alejarme. Con él

sonaban campanas de alerta en mi cabeza todo el tiempo, pero lo extraño era que mi cuerpo no me hacía caso, me sentía demasiado segura, peligrosamente feliz a su lado. Después de unos minutos, el llanto cesó y me separé con las mejillas húmedas.

—Kyana, siento lo que sucedió en la tarde...

—No es tu culpa... —admití con voz quebrada. Sin verlo venir, él acercó una mano hasta mi rostro y me limpió las lágrimas tiernamente con las yemas de sus enormes dedos. Me sentía presa de un embrujo. Dios, sentí tensarse cada poro de mi ser. La música de las olas al chocar con la arena se escuchaba a un par de metros, no había más luz que la de la luna y algunos faroles a lo lejos. Hacía ya frío; sin embargo, no lo sentí, ni eso, ni nada, solo su presencia, su cercanía, sus ojos fijos en mí, sus labios entreabiertos dejando salir de su interior un aliento cálido, fresco.

—Kyana... no sé qué me pasa contigo... —confesó perdido en mi mirada, demasiado cerca de mi rostro.

Y como envuelto en un trance, comenzó a acercarse lentamente, con miedo. No podía moverme, aun sabiendo muy bien lo que haría. Dejó de limpiarme la mejilla, colocó su mano en mi cuello y, con la otra, empujó mi espalda hacia él poco a poco, con suavidad. Contemplaba mi boca y mis ojos cada segundo. De pronto, sentí sus labios fuertes rozando los míos, cerré los ojos dejando de respirar. Su aliento era caliente y agradable, su boca tierna, y me besaba con suma delicadeza, como si temiera hacerme daño con ese inocente gesto.

Primero uno de mis labios, luego el otro. No tenía idea de qué hacer. Es obvio que no era mi primer beso, ya tenía un repertorio no muy largo, pero decente. Aun así, debo confesar que la mezcla de alientos y fluidos terminaba provocándome ganas de no volver a hacerlo. Sí, ya sé que suena ridículo, pero es verdad. Por otro lado, era bien consciente de que ninguno fue deseado, se dieron porque después de una cita era la forma de cerrar la noche. En cuanto entraba en casa me limpiaba la boca y decidía olvidarme del chico y del evento.

Con él... con él era tan distinto... Con él era necesario, urgente, placentero, excitante y emocionante. Hundió su mano en mi cabello revuelto por el viento y continuó dándome pequeños roces sutiles, con sabor a seda, respirando mi aroma con cada contacto, dejando salir su aliento con cada asombroso beso. Se sentía bien... muy bien en realidad.

Las hormigas corrían como locas dentro de mí. Comenzaba a sentirme mareada por la falta de aire en mis pulmones. Intenté hacer lo mismo que él hacía con mis labios, necesitaba responderle. Sonrió sobre mi boca posando su frente sobre la mía. Abrí los ojos, me miraba como nunca nadie lo había hecho; parecía venerarme. Estaba abatido, confundido y a la vez... ¿contento?

—Me moría de ganas de hacer esto —susurró con voz ronca, y enseguida volvió a acercarse para rozar de nuevo mi boca, parecía extasiado. No hablé. Era tan nuevo todo aquello, tan irreal... Me volví a morder el labio, presa del nerviosismo al que me sometía su presencia, su cercanía y... lo que acababa de suceder. Liam sonrió ante mi gesto separándose unos centímetros de mí—. ¿Tienes una idea de cómo te ves cuando haces eso? —indagó sacudiendo la cabeza. Rápidamente dejé de hacerlo negando sinceramente. Las palabras, por mucho que lo intentara, no llegaban. Sentía la boca seca, la garganta rasposa, la mente en blanco—. Pues... te recomiendo que no lo hagas con todo mundo, porque te juro que les va a ser muy difícil resistirse...

Necesitaba respirar de una vez, no quería caer inconsciente frente a él, sería bochornoso. Me separé un poco más de su cuerpo, llenando mis pulmones del tan anhelado oxígeno. Recargué mi barbilla sobre mis rodillas, perdiendo la vista en el mar.

Necesitaba despejar un poco mi cabeza, sentía que me había volcado una ola y no lograba sobreponerme.

—¿Te molestó lo que hice? —preguntó de repente, preocupado aunque sin arrepentimiento en la voz. Sentía su mirada clavada en mí. Él tenía las rodillas elevadas, un poco separadas, y recargaba sus brazos sobre ellas con las manos colgando.

—Kyana. —Recosté mi rostro de lado para poder verlo. Tomó un mechón de mi cabello y lo colocó detrás de mi oreja con suma concentración—. Quiero conocerte... Por favor, permíteme hacerlo... —Era una súplica.

—Liam... no sé... —Volvió a poner su brazo sobre sus rodillas, mirándome interrogante.

—Pensé que... tú también querías —Parecía decepcionado. Jamás sentí algo siquiera cercano... Apenas lo conocía y ya sabía que no quería despegarme nunca más de él. Por otro lado, no quería sufrir y algo me decía que así sería si daba ese paso. No, lo mejor era dejar ir eso que surgía, aunque sabía que ya me iba a ser muy difícil hacerlo, pues si pudiera describir esos estanques plateados posados sobre mí, lo único que podría decir sería que era celestial sentirse presa de tan enorme potencia y fuerza que emanaban, que sentía me envolvía y arrojaba sin ni siquiera tocarme y que lo que expresaban sus iris, me hacía sentir parte de algo... de alguien, de él.

Sin más, mi cuerpo cobró vida propia, me erguí y acerqué una mano a su rostro, insegura, tanto que tembló. Él la tomó posándola sobre su mejilla sin soltarla. Cerró sus párpados y absorbió mi olor como si oliese una exquisita flor que estaba dejando salir en primavera su rocío, su esencia. No traía puesta la camisa, solo el bañador que le llegaba hasta las rodillas. Su cabello rubio ahora se veía más oscuro gracias a la carencia de luz; aun así, se podían observar ciertos destellos gracias a la luz de la luna reflejada en su cabeza. Sus músculos se adivinaban tensos, torneados, y sus rasgos eran tan masculinos y únicos que dejaba a quien fuera sin aliento. Sí, a mí también. Sentí de nuevo la boca seca.

—Hueles muy bien. —Sonreí con timidez. Abrió los ojos y me miró dulcemente.

—Liam... no sé qué hacer, no sé qué decir... —confesé. Besó mi mano manteniéndola ahí cuidando de mi dedo. Era tan suave su forma de tocarme que solo lograba dejarme peor, más perdida, más atontada.

—Nada, solo déjate llevar, por favor. —Sentí la necesidad de morderme de nuevo el labio, pero logré evitarlo.

—Es que...

—¿Qué, Kya? —Levantó mi barbilla acercándose a su maravilloso rostro—. Sé que tú también sientes lo mismo que yo cada vez que te toco, lo he visto en tu rostro. Esto es... inevitable.

—El hecho de que me llamara igual que mi madre me confundió aún más. Quité delicadamente mi mano de su mejilla y me giré para poder tomar aire de nuevo. Cuando sentí que mis pulmones respiraban otra vez con normalidad, lo volví a mirar.

—Esto no está bien —murmuré.

—Por favor, no me alejes... no me ignores otra vez. —Lo decía con miedo.

—¿Ignorarte? —¿De qué hablaba?

—Sí... lo haces desde el primer día, y eso solo ha logrado que no consiga sacarte de mi cabeza desde ese momento. —No entendía nada, solo hice lo que pidió y, bueno, tal vez exageré un poquito, pero... —. Sé que yo te lo pedí... Fue un gran error. El primer día te evalué para verificar si realmente lo cumplías. Por más que te miraba en clase, jamás te

volteabas y así continuaste... Cuando Roger te lastimó, se lo recriminaste obviamente molesta, pero no dejé de asombrarme... Al verte aparecer en las tutorías, no lo pude creer, pensé que el profesor Laurence entraría en cualquier momento diciéndome que solicitaste tu cambio... No fue así, te plantaste frente a mí decidida y no mencionaste el evento. Tus actitudes me desconciertan todo el tiempo. —Jamás hubiera pensado algo así. Volvió a acomodar un cabello rebelde tras mi oreja y suspiró evaluándome—. El primer día que me porté como un pedante y te exigí que hicieras como si no nos conociéramos, me pusiste en mi lugar... Sé que se escucha pretencioso, odioso, pero lo cierto es que no estoy acostumbrado a esas respuestas.

—Yo no quería sonar... —Silenció mi boca colocando un dedo sobre mis labios.

—Lo sé, reaccionaste. Aquí nadie es así. Te veía reír con tus amigos muy divertida en el almuerzo y me intrigaba... Yo... conmigo... no ries... —De verdad lo frustraba. Arrugó la frente como recordando mientras decía todo aquello de lo cual yo no tenía ni la menor idea.

—Liam, es solo que... —Se acercó a mí y, sin darme tiempo de terminar, volvió a rozar mis labios. El puro contacto me dejó casi hiperventilando. ¡Guau!

—Lo siento, no puedo dejar de hacerlo —aceptó apenado—. Me atraes como si fueras un imán, no logro evitarlo. —Permanecemos en silencio, mirándonos. Su cabello se despeinaba con el aire, se veía tremendamente sensual, impresionante.

Minutos más tarde, tal vez horas, no tengo ni idea, una brisa fría acarició mi piel, que solo estaba cubierta por un bañador que tapaba mis moretones y una pequeña falda de mezclilla. Ya no se escuchaba la música. Eso rompió el hechizo bajo el que me tenía presa. Se dio cuenta de que comenzaba a preocuparme. Ya regresaba de nuevo mi «yo» aprensivo que al parecer él mandó de paseo con su sola presencia sin la menor dificultad. Se levantó, tendiéndome la mano. Acepté abrazándome por el frío que de pronto sentí. Sacó su móvil del *short* y miró la pantalla.

—Te llevo a casa.

—¿Qué hora es? —Ya titiritaban mis dientes. Rodeó mi costado frotándome para que entrara en calor, y lo observé de reojo, atolondrada. La sensación fue muy extraña y demasiado familiar al mismo tiempo. Siendo sincera, me encantaba, era tan grande que además protegía mi cuerpo del aire que soplaba.

—Más de medianoche. —Me sentía muy bien a su lado. Era una emoción única, demasiado desconocida. Maravillosa en realidad.

—¡Maldición! Quedé en llegar a las doce. —Mi madre no solía regañarme si se me hacía tarde; sin embargo, sí se preocupaba. Caminamos juntos hasta donde fue la fiesta—. Debo ir a por mis cosas... —susurré, de pronto alarmada. Besó mi cabello, claramente divertido por mis reacciones. Para Liam parecía de lo más natural hacer eso.

—No te preocupes, vamos al auto y yo voy a por tus cosas, ¿de acuerdo? —Estaba muriéndome de frío, no me había dado cuenta de en qué momento había bajado de esa forma tan abrupta la temperatura y, por otro lado, no quería que nos vieran juntos. Comenzarían los chismes, las preguntas.

Su Jeep no se hallaba lejos. Prácticamente ya no había coches en el estacionamiento. Me ayudó a subir y me ofreció una sudadera

—Póntela, te ayudará a entrar en calor... Ahora vengo. —Rozó mis labios de nuevo con asombrosa confianza, como si lo hiciera a diario, y desapareció. Cerré la puerta aún ruborizada y me la puse enseguida. Sentía las piernas heladas, y mucho sueño. De pronto recordé que él no sabía cómo era mi bolso, ni nada de lo que llevaba. Lo esperé inquieta

dentro del auto preguntándome una y otra vez: ¿En qué clase de locura me estaba metiendo?

A los diez minutos apareció y me dio mis cosas.

—¿Cómo supiste cuáles eran? —indagué con la boca abierta. Se encogió de hombros, indiferente.

—Digamos que... soy observador —Ya traía una camiseta encima y se había puesto unas sandalias. Prendió el motor y manejó deprisa. Saqué de mi bolso el celular, no tenía ni una llamada perdida. Solo un mensaje de Max.

«*Siento lo que sucedió en la tarde. No te preocupes, comprendemos que te hayas ido, descansa*». Sonreí más tranquila.

—¿Alguna novedad? —preguntó girando a la izquierda.

—No, solo un mensaje. De mi mamá nada...

—Un mensaje.

—De Max. Pensó que había regresado sola a casa por lo que pasó en la tarde. —De pronto se puso serio.

—Con razón.

—¿Estaban ahí? ¿Vieron que las tomaste? —soné más preocupada de lo que en realidad me sentía. Él negó.

—Nadie me vio, no te asustes. No saben que estamos juntos.

—No quise decir eso... —Me disculpé mirándome las manos.

—Lo sé, Kya, eso es una de las cosas que me gustan de ti. —Fruncí el ceño sin comprenderlo.

—¿Te gusta que me preocupe?

—No, me gusta que no quieras decepcionar a nadie. Tienes un sentido de la lealtad bien arraigado... Eso es raro, ¿sabes? —Ya estábamos frente a mi casa, pero el auto de mamá no estaba. Suspiré aliviada. Apagó el motor y giró hacia mí al mismo tiempo que desabrochaba su cinto de seguridad para después hacerlo con el mío.

—Llegaste sin contratiempos. —Guiñó un ojo, orgulloso.

—Sí, gracias. —Me volteé para abrir, pero él me detuvo tomando mi rostro por la barbilla con una de sus manos.

—Espera... —Lo miré nerviosa mordiéndome el labio nuevamente. Se acercó de inmediato y me besó sin que lo viera venir. Comenzaba a acostumbrarme a su roce; era ardiente y tierno, me besaba con tranquilidad y paciencia, como si intentara alargar el momento lo más que pudiera—. Tenemos una conversación pendiente —murmuró sobre mi boca. Me alejé al instante angustiada, sabía que mi madre podría llegar en cualquier momento y no quería contestar a todo el interrogatorio que estaba segura de que ella me haría si lo veía. Liam sonrió comprendiendo—. Tranquila, sé que ya es tarde. Mañana te marco, ¿de acuerdo?

Arrugué la frente desconcertada. ¿Bromeaba?

—Pero... no tienes mi número.

Elevó los hombros despreocupado.

—Me llamé desde tu celular hace un rato y ya lo tengo. —Sonreí impresionada. No tenía código de seguridad para bloquearlo, así que no era difícil.

—Eres increíble.

—¿Creías que te me ibas a escapar tan fácilmente de nuevo? Eres muy escurridiza, Kya. Créeme que no me vuelve a suceder. Contigo debo ir un paso por delante y eso... me gusta. —Rodé los ojos.

Él salió rápidamente y, antes de que pudiera abrir, ya estaba ahí sujetándome del brazo para ayudarme a bajar de su alto Jeep. No estaba acostumbrada a todo aquello; sin embargo, no me desagradó como siempre pensé que sucedería. Al contrario, me gustaba saber que se preocupaba, que le importaba. Tomó mis cosas y me acompañó hasta la puerta. Todo eso era tan raro... Me sentía torpe y muy nerviosa.

Abrí la puerta concentrándome muy bien en meter correctamente la llave a la primera. Prendí las luces y regresé. Me observaba de una forma que me dejaba sin aliento, traspasaba mis barreras sin ni siquiera notarlas, haciéndolas a un lado como si fuesen hojas endebles que no le impedirían jamás llegar a lo que realmente era. Iba a quitarme su sudadera cuando lo evitó. Tomó mi cintura con ambos brazos y bajó su rostro hasta el mío.

—No... quédatela... Ahora es tuya... Es mi primer regalo.

—Yo creo que no... —intenté decir. Su cuerpo tibio se fundía con el mío, su aliento suave acariciaba mi nariz agradablemente.

—Shh... —Me acercó más a él, por lo que enmudecí de inmediato. Tragué saliva perdiéndome en sus estanques color tormenta, que me miraban fijamente. No sabía ni dónde colocar mis manos. Me sentía de lo más tonta, así que las dejé descansar sobre su ancho pecho. Sonrió ante mi gesto, complacido, y rozó mis labios de manera más intensa que las otras ocasiones, invadiendo mi interior sin dudarle, con firmeza, con seguridad, con urgencia.

Increíble. Sentir su boca sobre la mía de aquella forma era placentero, inigualable, mágico. Cuando finalizó, me sentía mareada, tanto, que me sujeté de su camiseta mientras que recuperaba la respiración. Era como si un huracán me mantuviera justo en el ojo y no me dejara tocar piso. Respiraba con dificultad, e incluso enfocar la vista costaba trabajo.

Sus labios eran diferentes, únicos en realidad. En ese instante, sin saber por qué, comprendí que jamás los podría olvidar, era como si nuestras bocas se adecuaran sin problemas, como si encajaran perfectamente. Con sus brazos me rodeó dulcemente besando mi cabello.

—No sé qué me hiciste, Kyana... —Pasé mis manos por su estrecha cintura sintiendo cómo el corazón se iba tranquilizando. Nos separamos sin muchas ganas—. Mañana te hablo... —Dio un pequeño roce a mi boca y caminó hasta su Jeep sin agregar más. Parecía igual de desconcertado que yo. Cerré la puerta quedándome ahí, petrificada, sin ni siquiera poder pestañear. ¿Todo eso me estaba ocurriendo a mí?

Mi móvil sonó de repente. Lo saqué del bolso, era un mensaje: «*No voy a dejar que te escapes. Descansa, Kya*». Dejé de respirar un segundo, mis mejillas hirvieron con timidez. Sonreí bobaliconamente ante lo que leía una y otra vez.

Subí hasta mi habitación envuelta en una nube. Flotaba literalmente y es que no había otra forma de describir lo que ese chico generaba en mí. Me puse el pijama perdida en esa bruma deliciosa que me venía acompañando desde hacía horas. Cuando doblé su sudadera, decidida a dejarla en algún sitio de mi armario, llegó su olor a mi nariz. Me la acerqué absorbiendo el delicioso aroma una y otra vez. Me acurruqué en la cama con ella aún entre mis manos. Me sentía... tan extraña... Era como si el mundo hubiera cambiado de repente de dirección, como si miles de estrellas hubiesen explotado de repente en mi cabeza llenándola de una luz resplandeciente, cegadora, pero hermosa, demasiado en

realidad. Cerré mis ojos perdiéndome en su fragancia masculina y fresca. «¿Eso sería estar enamorada?», me pregunté con una sonrisa imposible pegada en el rostro.

No supe cuándo mi madre llegó porque enseguida caí profundamente dormida.

—¿Cómo te fue ayer, Kya? —Enseguida recordé la manera tan diferente en la que él lo decía, y un rubor se instaló en mis mejillas. Dios, necesitaba hielos, o algo...

Por la mañana ambas despertamos más tarde de lo habitual. Nos encontramos al salir de nuestras habitaciones y sonreímos sin decir nada. Mi madre hizo panqueques y café, uno de nuestros almuerzos preferidos, aunque yo el café no solía consumirlo porque me alteraba, cosa que no me agradaba mucho.

—Bien... estuvo divertido... ¿Y a ti? —Enarqué una ceja sonriendo. No era justo que la cuestionada siempre fuera yo. Tomó café, nerviosa.

—Bien... muy bien.

—Llegaste tarde...

—Sí... Tú estabas dormida cuando me asomé para cerciorarme de que ya estabas aquí.

—Y... Ralph, ¿qué tal? —Mastiqué un pedazo de mi desayuno lleno de miel de maple observando divertida cómo cambiaba de color su rostro tan fácilmente. Al parecer, a las dos nos habían tomado de sorpresa el mismo día.

—Bien, fuimos a cenar y después a un bar... Es un gran conversador. —Sonreí complacida. Mamá parecía tener la cabeza bastante lejos de ahí y, bueno, yo igual, así que el resto del tiempo ambas permanecimos en silencio perdidas en nuestros asuntos. Era gracioso.

Más tarde ella se puso a trabajar, y yo a hacer mis deberes. ¡Cómo costaba concentrarme! La imagen de Liam no se iba por mucho que yo intentara que lo hiciera, por lo que leía lo mismo una y otra vez. Estaba muy ansiosa. Mi cuerpo, sin comprender por qué, despertó de pronto. Tenía la certeza aplastante de que jamás podría ser la misma. Me moría de ganas de que llamara, pero a la vez no quería que lo hiciera, no sabía qué decirle, cómo comportarme. Además, tenía mucho miedo de perder a mis amigos por eso... Ellos se portaron muy bien conmigo desde el primer día, no quería decepcionarlos. Por otro lado, si era realmente honesta conmigo, Liam y yo no teníamos nada en común. Al contrario, nuestros mundos, nuestros intereses y nuestros gustos, eran completamente diferentes, equidistantes. ¿Qué debía hacer? Vencida dejé mi frente sobre el libro. Mi interior era una marea de sensaciones y sentimientos que no tenía idea de cómo acomodar, de qué hacer con ellos.

Mi móvil comenzó a sonar justo en ese momento. Alcé la cabeza con los ojos bien abiertos. Las manos me sudaron de inmediato, como si se tratase de una alarma sísmica. Lo tomé temblorosa viendo el número desconocido en la pantalla. No pude contestar enseguida. Lo dejé sonar varias veces, sabía que era él. Conté hasta tres y me atreví.

—Hola...

—Hola, Kya... Pensé que no responderías...

—Yo... Bueno, eso sería lo mejor —admití con sinceridad sintiendo la sangre correr por todo mi cuerpo como si la bomba de un motor muy potente se hubiese encendido en cuanto escuché su gruesa voz. No habló por un minuto.

—¿De verdad? —Preferí no contestar aquello. Me sentía en serio una niña de cinco años.

—¿Qué tal tu día? —No respondió enseguida, seguramente se dio cuenta de mi cambio de tema.

—Aburrido. ¿Y el tuyo?...

—Haciendo los deberes.

—Más aburrido aún. Y, dime, ¿vas a terminar pronto? —Sonaba ansioso.

—¿Por? —¡Agh! Ya me mordía de nuevo el labio, y el ya tan común rubor subió hasta mí al recordar lo que me dijo la noche anterior sobre esa manía que tenía.

—Quiero verte... —De pronto lo imaginé llamando a mi puerta y a mi madre recibéndolo. ¡No! Moriría de la vergüenza. ¿Qué le diría? —. Kya, ¿sigues ahí?

—Sí...

—Entonces, ¿puedo verte? —Se oía serio, su tono de voz lo delataba. Y yo podía pensar más fríamente cuando no lo tenía cerca, así que decidí hacer lo más sensato.

—Creo que... no es buena idea —zanjé muy segura. Lo escuché resoplar. Evidentemente, no le gustó mi respuesta. Lo cierto era que no quería fallarle a la gente que se portó tan bien conmigo, pero sobre todo, no quería fallarme a mí. Siempre critiqué a los chicos que eran como él. Además, estaba Roger y lo más importante: no me reconocía cuando estaba a su lado. Definitivamente era por el bien de los dos. ¿Para qué cambiar el orden de las cosas?

—Kyana, sé todo lo que estás pensando, solo dame una oportunidad, por favor... — Sentí, sin saber por qué, un nudo en la garganta. ¡Dios! ¿A caso todo eso era normal? Odiaba hacerlo sentir mal, lo último que quería era que pensara que jugaba con él o lo hacía a propósito. Sin embargo, apenas me estaba adaptando a mi nueva vida, todo parecía ir bien. No deseaba complicarme, no era ese tipo de chicas. Digo que no era que me gustara lo fácil, pero tampoco me ponía en medio de las situaciones difíciles por mi propio pie. Y bueno, es verdad que todo el día anduve en una nube gracias a todo lo que la noche anterior sucedió, lo que mi cuerpo había sentido por primera vez. Sin embargo, en ese momento, creí que debía dejar de soñar.

—Liam, no quiero que pienses que estoy gozando con esto, te juro que no es así...

—No comprendo, ayer fue... especial. Sé que sentimos lo mismo... —Su voz era de completa desilusión. ¿Era en serio? Mis palmas sudaban e incluso me sentía mareada. ¿Cómo era que me había metido en aquella situación absurda?

—Apenas nos conocemos... No funcionaría.

—Kya, deseé llamarte desde que desperté. Si no lo hice fue por miedo precisamente a algo así. —Al parecer él también era sincero, demasiado.

—Liam, esto me... asusta, compréndeme. —Ya estaba, se lo había dicho y eso era una total y absoluta verdad.

—A mí también, nunca había sentido algo ni siquiera cercano a esto. Me siento como un idiota, ya no sé qué más hacer contigo no sé cómo actuar...

—¿Por qué no hablamos mañana? —Me parecía que era buena idea, creía que los dos estaríamos más serenos y habríamos pensado mejor lo que ocurría. Muy probablemente yo era un capricho y, aunque me costaría un poco de trabajo, al final cada uno seguiría con su vida y fin de la historia.

—No, Kya. Mañana vas a encontrar otro pretexto.

—No, es en serio. Escucha...

—Acabo de estacionar frente a tu casa. ¿Toco el timbre o sales y damos un paseo? Elige.

—¡¿Qué?! —Sentí un sudor helado, mariposas volaban despavoridas dentro de mi estómago y mi mente se quedó en blanco. ¡¿Estaba loco?!

—Sí, Kya. Estoy decidido y cuanto más te resistas más insistiré. ¿Es que no entiendes que esto es más fuerte que los dos? Tienes cinco minutos para bajar o llamo al timbre... —Me quedé fría. El muy engreído me estaba amenazando. ¡Perdió por completo el juicio! Comenzaba a preguntarme cómo era que me convertí en un imán para maniáticos—. Cuatro... —comenzó a contar con total serenidad. ¡Tarado! ¿Por qué me hacía eso? Mis alternativas eran las mejores.

—¿Qué sucede contigo? ¡¿Enloqueciste?! Liam, por favor... —Hice mi último intento.

—Tres y medio. —Parecía muy divertido con mis reacciones. Bufé fuertemente para que escuchara. Él no me podía estar haciendo eso, necesitaba pensar... Estaba convencida de que pronto le borraría esa sonrisita del rostro.

—Dame quince minutos, no me he bañado.

—Quince minutos... —aceptó riendo con desparpajo. ¡Idiota!

—¡Sí, quince! —grité indignada y colgué hecha una furia. Me las pagaría, en cuanto lo viera lo haría. Petulante, odioso, creído. ¡Agh!

Me duché en tiempo récord, me puse unos *jeans*, una camiseta de manga larga blanca y mis tenis de diario, dejé mi cabello tal como estaba después del baño, solo sujetándolo con una banda negra para que no se alborotara. Y bueno, un poco de máscara no estaría de más. Bajé rápidamente sintiendo que en cualquier momento llamaría a la puerta.

—Mamá, regreso en un rato, vinieron a por mí... —grité desde abajo rezando porque no se asomara, creyendo que así ya no podría preguntarme más.

—No tardes, lleva tu celular —alcancé a escuchar.

Al cerrar lo vi. Se hallaba recargado en su enorme auto negro sonriéndome descaradamente. Mi corazón de inmediato se desbocó con cinismo, mis pulmones se alentaron y mi piel se sensibilizó imposiblemente. Conforme avancé, mi voluntad fue doblegándose y mi enojo se fue esfumando, aunque no desapareció del todo. Me detuve a un metro de él dedicándole una mirada asesina, cargada de reproche: quería que se sintiera mal aunque fuera un poco. Lo cierto era que ya no estaba molesta, me sentía como un cubito de hielo, literalmente derretido gracias a los inclementes rayos del sol. Patética.

—Te ves preciosa... —Sus ojos chispeaban de una forma irreal. Sonreí en mi interior, complacida. Fingí no escucharlo, pues era obvio que no le importaba en absoluto mi poco convincente enojo. Di la vuelta al auto para subir sin ni siquiera mirarlo. Me siguió intentando ayudar, pero no se lo permití.

Un minuto después ya prendía el motor y arrancaba lejos de casa. Permanecí con los ojos al frente y los brazos cruzados. No dijo nada en todo el camino. Sin embargo, se volteaba para mirarme de vez en cuando. Aprendería que las cosas no funcionaban así conmigo.

Después de unos minutos y un poco de carretera, estacionó frente a una playa donde apenas había unas cuantas personas. La temperatura ya bajaba; aun así, era agradable el clima todavía. El mar rugía furioso sobre la arena, el cielo estaba completamente despejado. Solo el sonido de las gaviotas y las olas azotando la costa era lo que se escuchaba.

Bajó del auto con habilidad y yo hice lo mismo sin esperarlo. Me quité las Converse para después caminar en dirección al océano. Necesitaba distancia, su olor ya lo sentía como parte de mi oxígeno vital y eso... no me agradaba en absoluto. Permanecí muy cerca de las olas observando el horizonte. Necesitaba calmarme, ordenar mis ideas. Mi cabeza era un gran huracán de emociones a las que no lograba poner nombre. Respiré la

salinidad propia de ese lugar una y otra vez hasta que logré erradicar la fragancia de Liam, hasta que el olor a mar se impregnó en mí nuevamente.

Minutos más tarde, me giré para ver dónde se encontraba. A unos cuantos metros, tranquilo sobre una gran frazada, en un lugar con sombra, se hallaba sentado mirándome con paciencia. Resoplé con la resolución otra vez en el piso, y es que era imposible. Verlo era un espectáculo. Lo que sus ojos proyectaban me dejaba perpleja, con serias dificultades incluso para tragar saliva. Me dirigí hacia él vencida y me acomodé a su lado.

—Odio lo que me hiciste. No siempre te puedes salir con la tuya de esa forma —le intenté hacer ver después de un momento de silencio total.

—Lo sé... —admitió con su vista perdida en el agua que iba y venía.

—Entonces, ¿por qué?... —cuestioné bajito. No se movió.

—Porque... no pienso permitir que huyas ni de mí, ni de ti —refutó con seguridad. Abrí la boca impactada ¿Quién se creía? —. Sé que estás enojada... —reconoció jugando con la arena. Parecía ansioso, su actitud comenzaba de nuevo a doblegarme. Por otro lado, se veía demasiado atractivo con esa sudadera completamente cerrada color gris oscuro, sus *jeans* gastados y descalzo. Volví a sentir la boca seca. Percibió mi mirada y se giró lentamente hasta que su rostro quedó muy cerca del mío—. Kya... —Acercó su enorme mano a mi mejilla con extremo cuidado. Cerré los ojos y recargué el rostro sobre su palma abierta. OK, el enojo se desvaneció con ese simple gesto, pero ¿quién puede culparme? Ese chico despierta hasta mi última célula con tan solo estar cerca—. Sé que tienes miedo... Juro que no pasará nada... Haremos las cosas como tú quieras —murmuró quedamente. Sin más, sentí sus labios sobre los míos, acariciándolos decadentemente, rozándolos de forma suave, delicada. Apresó uno con cuidado, luego el otro, mientras su respiración se hacía una con la mía.

Todas mis defensas y argumentos se desmoronaron al sentir su sabor embriagarme, consumirme. Enredé una mano torpemente en su cabello, y enseguida sujetó mi cadera acercándome aún más a él. Celestial. Todas esas cursilerías que siempre critiqué hasta hartarme, comprendí de pronto por qué existían: tocaba el cielo sin dificultad. Liam me hacía volar alto, muy alto.

—Está bien —me escuché decir al fin contra sus labios. A su lado sentía que nada era más importante que el hecho de tenerlo así, junto a mí. Corría la sangre por mi cuerpo a toda velocidad, mi corazón bombeaba más sano que nunca, me sentía... ¿Viva? Sí, más viva que nunca. Su cabello rozaba mi rostro gracias al aire fresco que soplaba. En cuanto me escuchó, se separó con sus ojos grises bien abiertos. Sus pupilas estaban dilatadas y brillaban de una forma asombrosa. ¿Todo eso podía provocar en un chico? Era irreal.

—¿De verdad?

—Sí... de verdad. No sé si es lo mejor, pero... que pase lo que tenga que pasar, tú ganas... ya no me importa. —Sonreí sintiéndome feliz con mi decisión.

Supe, en ese mismo momento, que jamás olvidaría su expresión; parecía un niño al que le habían dado el mejor regalo del mundo, que había presenciado un espectáculo sin igual o que estaba escuchando la más bella canción. Me abrazó gritando emocionado. Su actitud arrebatada logró que los dos quedáramos tumbados sobre la cobija. No me solté una vez recostados, por lo que recargué mi mejilla en su pecho sintiéndome como nunca. No me había dado cuenta de lo mucho que lo necesitaba hasta que lo tuve, así, junto a mí.

—¿Quieres que se enteren poco a poco en la escuela? —quiso saber aún con un timbre de excitación. Asentí, girándome para dejar mi barbilla sobre mis dedos entrelazados. Liam tenía un brazo bajo su cabeza y con el otro jugaba con mi cabello

—¿Te molestaría? —pregunté extasiada por sentirlo tan cerca.

—En realidad no, yo solo quiero que estés conmigo...

—Todo esto es muy extraño, Liam. Hace una semana jamás lo hubiera pensado.

—En mi cabeza ya comenzaba a formarse la idea... —confesó sonriendo.

—No es verdad —lo regañé dándole un pequeño golpe en el pecho. Me sentía tan bien, ahí, con él. No tenía que fingir, actuar, nada, parecía que así era justamente como yo le gustaba. Increíble.

—Claro que sí, creo que fue en el mismo instante en que me pusiste en mi lugar. O antes... no lo sé. —Ahora fui yo la que sonrió. De pronto recordé a mis amigos.

—¿Cómo hacemos? Quiero decir, ¿en la escuela? —No tenía ni idea de cuál sería la mejor manera de llevar ese asunto que tanto me preocupaba. Volvió a dedicar su atención al mechón que tenía entre sus manos, pensando en la respuesta.

—Creo que comenzaré a saludarte y tú deberías decirles que me ayudas en Literatura. Creo que comprenderán mejor el hecho de que ya nos conocíamos. —Si sabían quién era mi alumno secreto, entenderían lo ocurrido el día anterior. Sí, eso era una buena idea. Así, poco a poco irían viendo nuestro acercamiento y con el tiempo... Bueno, lo comprenderían, ¿no?

—Liam, tú y mis amigos no os soportáis y... es obvio que yo a los tuyos no les caigo nada bien por ser... de donde soy. —Colocó con ternura una mano sobre mi mejilla para que lo mirara, pues yo había bajado la vista hasta mis dedos, que jugaban con un pequeño escudo que tenía su sudadera.

—Kya, voy a hacer lo que tenga que hacer para que se suavicen las cosas entre ellos y yo. Necesitas saber que es muy difícil que seamos amigos, pero un trato cordial por mi parte te lo garantizo. En cuanto a mis amigos, no tienen otra opción salvo respetarte, porque ahora ya no me importa nadie lo suficiente como para arriesgarme a perderte... Por último, tienes que saber que no me importa dónde naciste... Me importa quién eres, lo que siento desde el día en que te conocí, eso es todo —soltó con una seguridad abrumadora, demasiado madura, firme.

Me acerqué a él presa de una necesidad primitiva y lo besé por primera vez. Respondió pegándose más a él, enredando una mano en mi cabello. Me dejó marcar el paso y, sin saber cómo, poco a poco me fui soltando, probándolo de forma más exigente. Su lengua invadió mi interior y de repente gemí ante la sorpresa. Una deliciosa sacudida viajó por todo mi cuerpo. Sujeté su melena entre mis dedos y los hundí ansiosa. Cada vez estábamos más juntos y mis labios cada vez se abrían más, al igual que los suyos. Nuestras respiraciones comenzaron a agitarse a un ritmo vertiginoso y yo ya no recordaba ni dónde me encontraba, solo era consciente de su enorme palma pegándose a su ancho tórax, de su sabor inigualable, de lo increíblemente bien que me sentía.

Sus manos tomaron mi rostro dulcemente y comenzó a bajar el ritmo hasta que nos separamos. Cuando todo terminó, sentí las mejillas muy calientes, los labios hinchados. Quería más de él, mucho más. Liam me estudió serio y yo bajé la vista avergonzada. Eso era justamente lo que me asustaba cuando estaba a su lado. No tenía control sobre mi ser, me sentía instintiva.

—Kyana... —Su voz sonaba muy ronca esta vez. Me mordí el labio, nerviosa, alzando mis ojos con timidez. Acarició mi cabello acomodándolo—. No tienes una idea de lo mucho que me cuesta controlarme; jamás había sentido algo como esto... Cada que veo tu boca, ¡Dios! No puedo evitar tener unas ganas tremendas de besarla... —Y rozó con un

dedo mi labio inferior—. Quiero aprender a ir poco a poco, quiero que todo suceda a su tiempo, a tu tiempo.

—Yo también...

—Lo sé, me doy cuenta de ello y por eso lo digo. No has estado con... nadie, ¿no es así?... —El hecho de que me lo preguntara tan directo me avergonzó terriblemente. Me senté de inmediato negando con la cabeza y mirando hacia otro lugar. Él también se acomodó a mi lado—. No quería apenarte, lo siento... Es solo que no lo entiendo.

—¿El qué? —quise saber aún turbada. Miraba pensativo el mar. Seguro yo ya tenía las mejillas color escarlata.

—Eso... A mí me resultaste irresistible desde el primer momento y sé que no soy el único. Ya tienes una fila esperando a que cedas, aunque sea un poco. —No sabía si fila, pero por lo pronto Edwin sí quería algo conmigo; sin embargo, exageraba. Lo observé arrugando la frente con incredulidad—. Sí... Es cierto, aunque es muy claro que tú ni lo notas. Estos días me percaté de que esas cosas las ignoras deliberadamente, simplemente decides no darles importancia. En serio, es desconcertante... No soy celoso... —confesó mientras con su dedo dibujaba círculos en la arena—. Pero contigo... no sé. Intentaré controlarlo. No me reconozco, todo esto está totalmente fuera de mi entendimiento, siento mi mundo al revés —admitió vencido.

—Liam, es cierto que no he tenido... «novio». Eso no me vuelve una mojigata. Me doy muy bien cuenta si alguien quiere algo más que amistad conmigo. Lo que pasa es que estoy sola simplemente porque es algo que decidí hace algún tiempo. —Se giró, interesado en lo que le decía.

—¿Decidiste? —repitió desconcertado.

—Sí, siempre me pareció una pérdida de tiempo. Las personas van dejando de ser ellas con el afán de agradar al otro y, poco a poco, se van perdiendo. Por otro lado, disfruto mucho mi independencia, manejar me sin complicaciones... Todos mis amigos han sufrido por la persona con la que están, al menos una vez. Yo... no quiero que me pase eso... —No entendía la expresión de su rostro, así que continué—. No te puedo negar que algunos buscaron ser algo más. La verdad es que nunca quise decirles que sí, simplemente no me nacía, me daba... flojera... Pero contigo... contigo es diferente... no sé... tú despertaste algo en mí... algo que nunca había sentido por nadie...

—¿En serio? —Parecía incrédulo y a la vez satisfecho con lo que acababa de escuchar.

—Sí... no tengo por qué mentir —le hice ver con calma.

—No creo que lo hagas, Kya. Es solo que nunca había oído que alguien pensara así. Hablas de una forma muy distinta a lo que estoy acostumbrado. Sinceramente espero poder alcanzarte...

—Exageras. Es solo algo en lo que creía, pero ahora presiento que era solo porque... no había llegado alguien que me hiciera desechar la idea. —Me encogí de hombros indiferente. Sujetó con suavidad mi rostro y volvió a rozar mis labios tomándome de improviso. Eso no tenía comparación con nada en el mundo, me encantaba, podía hacerme adicta a ese roce, a su piel sedosa sobre mi boca, a su aliento mezclándose con el mío.

—Tendré mucho cuidado contigo. Creo que eres demasiado peligrosa para mí. —Fruncí el ceño y él se carcajeó—. No te extrañes, es la verdad, creo que nunca querré dejarte ir.

—Eso ya lo veremos. A lo mejor con el tiempo ya no... — ¡Dios! No podía terminar la frase, no me gustaba pensar que no pudiera estar ya en mi futuro.

—Sé que no va a ser así, Kyana... Presiento que será al revés.

—¿Al revés? —¿Estaba loco? ¿En qué mundo yo podría dejarlo? Me tenía comiendo de su mano en menos de una semana. Lo extraño era que se notaba genuinamente inseguro y eso sí que me parecía aún más difícil, pues si algo yo sabía, era que los chicos como él nunca sentían miedo al rechazo: eran demasiado soberbios, poseían demasiado ego.

—Sí... al revés. —Torció la boca, pensativo. Esa expresión en sus ojos me erizó. Miré de nuevo el horizonte, deteniendo mi atención en el agua que se mezclaba con el cielo azul, él hacía lo mismo.

—Si tú lo dices —No quería insistir, debía tener sus razones, aunque la verdad era que no le entendía. Decidí cambiar de tema. No lo conocía aún y no me apetecía presionar, no tenía ni idea de cómo funcionaba su cabeza—. ¿Sabes? Me encanta el mar. En Los Ángeles solía salir a caminar y dejarme llevar... La arena en mis pies es relajante. Siempre quiero vivir donde esté cerca el océano; me calma, me hace sentir segura. —Sonreí sin verlo mientras hundía los dedos en la ya fría arena.

—Tienes un cabello muy brillante y... suave. Me gusta, me gusta mucho —anunció sin más mientras lo acariciaba deleitándose. Sonreí con timidez. Me observaba con deseo, podía sentirlo—. Kya... ¿Por qué se vinieron a vivir hasta acá? Es muy lejos ¿No crees?

—Mi madre... La ascendieron y el puesto era aquí.

—Y... ¿No pensaste en quedarte?

—Bueno, sí cuando me lo dijo... Lo cierto es que jamás le haría algo así. Si yo no hubiera cedido, ella no habría aceptado.

—No imagino lo que debiste sentir. No podría irme, terminar en otro lugar mi último año... Mis amigos, el equipo, todo y, ahora... Definitivamente menos contigo aquí —admitió con seriedad. Sonreí al escuchar lo último. Era demasiado tierno y me hacía sentir tan importante...

—Sí... no ha sido fácil...

—Kya, ayer... cuando te encontré en la playa, ¿llorabas por eso?

—Más o menos —admití. No iba a mentir, necesitaba que me conociera y esa era yo. Tomó mi rostro e hizo que lo mirara.

—¿Más o menos?...

—Sí, la verdad es que me asusté mucho por lo sucedido con Roger. —Su rostro cambió enseguida, tornándose muy serio. Una vena en la base de la frente se le marcó por el esfuerzo que hacía apretando la quijada—. Además, ellos, mis amigos... han sido muy buenos, me tratan como si me conocieran de siempre y no quiero que eso cambie. Estas dos semanas fueron una locura, Liam. Me han pasado más cosas que en los últimos tres años. ¿Qué será cuando lleve el mes?

—Nada... Estaremos juntos como ahora. Kya, escucha —colocó mis manos entre las suyas—: jamás he tenido que luchar por alguien... Jamás me he dedicado a pensar en estrategias para atraer a una chica a mí y... tú... has puesto mi mundo de cabeza en unos días. Sé lo que sientes, sé que todo ha sido un torbellino, no eres la única y es que debes saber que has cambiado mucho más de lo que piensas la vida de los demás... —Se acercó poco a poco a mi rostro, volvió a besarme. Eran pequeños roces que me hacían temblar de placer—. Tienes una boca tan suave... Sabes dulce... como un caramelo —De nuevo sus pupilas estaban dilatadas por el efecto que yo también tenía en él.

—Tú... sabes fresco. —Rio al tiempo que me rodeaba con un brazo—. Liam, ¿crees que es buena idea seguir con las tutorías? —Ahí estaba de nuevo mi «yo» aprensivo. Siempre

fue así. Sentí que estaba empezando a perder el control de las cosas. Me erguí para poder saber qué pensaba.

—Sí.

—Pero va a ser muy difícil... —En serio lo creía. ¿Cómo me concentraría con él a mi lado? Imposible. Me mordí de nuevo la boca nerviosa al ver su hermetismo y decisión. Enseguida notó mi gesto, y eso lo ablandó. Jugó con uno de mis mechones reflexionando. Parecía poner en juego toda su paciencia. No lo criticaba, yo podía ser muy exasperante en ese tipo de temas: sería un vicio difícil de quitar.

—Kya, no me pidas tanto, no ahora. No podré estar junto a ti en la escuela, me tendré que conformar con verte de lejos... —Acarició mi labio inferior con su pulgar, muy atento—. No podré besarte... Sé que te va a costar trabajo contarle esto a tu madre. —Abrí la boca para defenderme, pero no pude; definitivamente tenía razón. No sabía cómo se lo diría, seguro que saltaría de la emoción y querría conocerlo de inmediato, pero... no tenía idea de si comprendería que todo hubiera sido tan rápido, ni siquiera yo lo entendía—. Te entiendo, iremos poco a poco, no haremos nada que pueda afectar a nadie, ¿de acuerdo?... Contigo es en serio y estoy dispuesto a ir lentamente, a hacer las cosas bien. Tan solo te pido que no me alejes también de ti en ese espacio, te lo suplico... —Desvié un momento la mirada y regresé sonriente. Debía dejar mi aprensión de lado por esta vez.

—Te lo tomarás en serio. Para mí es importante (y creo que para ti también) pasar esa materia. ¿No es cierto? —Asintió triunfante—. Estaremos juntos, pero si no avanzamos tendremos que dejarlo... Es lo honesto. —Sonrió con la mirada. Tenía un color de iris poco común, atípico en realidad; el gris y el verde eran igual de intensos, tanto que no sabía qué color predominaba y, en ese momento además, me miraban de esa manera especial que juro me haría hiperventilar en cualquier instante. Definitivamente, ya estaba perdida por él—. ¿Liam?

—Está bien, tienes razón. Necesito pasar esta materia, prometo poner todo de mi parte, Kya... Aunque a veces no pueda aguantar y te bese. —E hizo justamente eso. Me carcajeé contra su boca.

—Eres un pesado...

—Lo sé... —Estaba divertido. En medio de aquello sonó mi móvil y lo saqué de la bolsa del pantalón. Max. Evalué a Liam desconcertada y contesté. Noté que él no sabía qué hacer.

—Max, ¡hola! —saludé nerviosa. Liam apretó la quijada. Enseguida se giró hacia el horizonte para que no pudiera ver su expresión.

—Hola, Kyana. Ayer te fuiste y nos dejaste un poco preocupados. Buscamos tus cosas por todo el lugar y nada. ¿Todo bien? —Decidí que no estaba haciendo nada malo. Comencé a jugar con los hilos que le salían de un lado a la frazada sin hacerle caso al chico que tenía frente a mí.

—Lo siento, Max, no quería preocuparlos. Es solo que con lo que pasó ya no me sentía muy... cómoda. —Eso era totalmente cierto. Mi... no sabía qué éramos, reflexioné en ese momento. Bueno... Liam, continuaba perdido en el mar. Era tan hermoso: su perfil perfecto, como esculpido en piedra, su quijada fuerte, su nariz recta, su boca... Su boca me encantaba, me derretía; era grande, bien delineada y muy suave. De pronto recordé que hablaba por teléfono. ¡Diablos!

—Sí, de verdad te comprendo. Ya veremos cómo lo solucionamos, tú no te preocupes por nada. Kyana, me alegra escucharte bien. Nos vemos mañana y hablamos, ¿OK?

—Claro... Hasta mañana, Max. Cuídate. —Colgué. Abrí la boca para preguntarle qué le sucedía. No lo hice, y yo seguí jugando con el cobertor como si estuviera muy entretenida. Unos segundos pasaron. Cuando posó su mano sobre la mía suavemente, elevé la vista desconcertada.

—Kyana... No sé muy bien cómo manejar esto, pero verás que lo lograré, ¿de acuerdo? Sé que tendré que poder, es solo que me da miedo hostigarte, presionarte. Lo que dijiste hace un momento sobre las parejas, me puso en alerta... No quiero que cambies por mí para agradarme, que dejes de hacer lo que te gusta. Deseo que estés conmigo porque quieres, porque te nace. No me gustaría que hicieras nada que no sea así.

—Pensé que... te había molestado que fuera Max el que habló. —Me sonrió aceptando que tenía razón en mi suposición.

—Un poco, pero ese es mi problema, definitivamente no el tuyo. Tendré que enfrentar el hecho de que él y otros cuantos puedan estar contigo el tiempo que yo... no puedo —bufó—. Espero que esto sea rápido. Quiero que todos sepan que eres mi novia para que dejen de danzar a tu alrededor —admitió mirándome fijamente. Ahí estaba mi respuesta, pensé satisfecha.

—Esto a mí también me perjudica y no creo que sea fácil, Liam... Date cuenta, eres el capitán del equipo, asediado, y perteneces a los más... populares. —Odiaba esa palabrita y, sin embargo, era cierto—. Seguro que muchas han de estar detrás de ti, buscando la manera de que estés con ellas y... yo...

—Shhh... No entiendo aún cómo, pero debes saber que no tengo ojos para nadie más, Kyana. Sé que me vas a mantener más ocupado de lo que jamás he estado. Contigo todo es...

impredicible. Te juro que no tendrás ninguna queja de mi comportamiento, te demostraré qué tan en serio va todo esto. —Lo decía de verdad, lo veía en sus ojos, no dudaba y lograba que yo tampoco lo hiciera. Liam tenía una personalidad arrolladora, atractiva, pero a la vez transparente.

Junto a él me sentía segura, fuerte, capaz de enfrentar lo que fuera. No iba a ser fácil para los dos esconder lo que sentíamos un tiempo; aun así, sabíamos que era lo mejor. Sus amigos tendrían que irme «soportando» poco a poco; todavía no sabía cómo podría suceder ese milagro. Y a los míos tendríamos que suavizarlos. Llevaba poco tiempo ahí y no quería estropear nuestra reciente amistad.

Acunó mi barbilla y me besó logrando sellar mi confianza por lo que acababa de decir.

El sol ya estaba prácticamente desapareciendo, la poca gente que se hallaba en la playa se fue. Sentía que llevaba unos minutos ahí, eso me pasaba a su lado. Pero ya iba a anoecer. Tomé mi móvil y vi la hora. Casi era tiempo de cenar, mi madre no tardaría en llamarme.

—Nos tenemos que ir, Liam. —Acarició mi labio inferior con su pulgar mientras sujetaba mi barbilla con el resto de la mano.

—Lo sé, Kya... —Lo decía triste, añorando.

Sin previo aviso el deseo y necesidad por él me consumieron. Enrosqué mis brazos alrededor de su cuello mientras me hincaba frente a su glorioso cuerpo. Me imité de inmediato. Olvidé mi timidez por completo, lo acerqué más a mí, quería saborearlo, sentirlo... Respondió rodeándome por la cintura y la cabeza firmemente. Nuestros labios se movían como si supieran exactamente qué hacer. Sentí de nuevo su lengua entrar en mí, la movía explorándome ansiosamente. Esta vez la mía salió a su encuentro, lo que provocó un gemido de su parte al darse cuenta. Yo lo despeinaba un poco con una mano y me aferraba a su sudadera con la otra, lo pegaba más a mí sin poder ya evitarlo.

Rodeada por él, sintiendo su gran mano enroscada en mi cintura posesivamente, escuchando su respiración agitada y sintiendo cómo intercambiamos nuestros fluidos, pensé que nada importaba, solamente él y yo. Lo que los demás pensarán era su problema, yo ya no podría volver a vivir sin sus besos, lo supe en ese instante.

Sujetó mi mano y la fue soltando poco a poco de su cabeza sin dejar de besarme. Iba bajando la velocidad sin que yo me diera cuenta. La posó en su hombro suavemente.

—Kya... —Lo escuché de pronto a lo lejos y me separé a regañadientes, sintiendo que si no me aferraba a él caería de lo mareada que de nuevo me sentía. Liam respiraba agitadamente, tenía los párpados aún cerrados como intentando volver a controlarse. Me tenía sujeta por la cintura. Fui sintiendo cómo su tacto se volvía más suave. Escondí mi rostro en su pecho e intenté llenar de nuevo mis pulmones. Costaba mucho trabajo. Su ancho tórax se hacía grande y pequeño sin lograr un ritmo regular. Mi cuerpo hervía, sentía los labios hinchados, las mejillas encendidas. De pronto soltó un ronco suspiro y me rodeó con ambos brazos, y yo hice lo mismo. Recargó su pómulo en mi cabello, ambos respirábamos mejor después de varios minutos.

—¿Nos vamos? —susurró. Asentí sin tener la menor intención de moverme. Unos segundos después, me separó y nos levantamos juntos.

Sentía un descomunal rubor por todo el rostro. Tenía mucha vergüenza de encararlo. Por unos minutos no supe quién era, y es que cada que lo tenía así de cerca no pensaba, me dejaba llevar peligrosamente. Era la segunda vez que me detenía. Veía que a él también le costaba trabajo contenerse y, sin embargo, lo hacía... cosa de la que yo no podía presumir.

Metí mis manos en los bolsillos traseros de los *jeans* y giré hacia otro lugar. Liam dobló la frazada. Me sentía enterrada en la arena. Lo notó enseguida, y con la cobija colgando del brazo, se acercó agachándose para encontrar mi mirada. Sonreía amorosa y comprensivamente.

—Te ves tan bonita así... Definitivamente eres muy peligrosa para mí, aunque lo cierto es que ya no me importa en lo absoluto. Besas delicioso... —Me guiñó un ojo intentando que me relajara. Torcí la boca en lo que intentó ser una sonrisa. Eso lo divirtió y me rodeó con el brazo guiándome hasta el auto—. De verdad que eres increíble. —«¡Increíblemente estúpida!», pensé regañándome. Poseía información sobre sexualidad y era un tema que jamás me dio miedo. Pero una cosa era leer y haber tomado unos cuantos talleres, y otra era la práctica. Esa sí que era muy, muy diferente. Por fin comenzaba a entender por qué las adolescentes a las que tanto criticaba hacían cosas tan impulsivas. Si sentían un cuarto de lo que yo cuando lo tenía cerca, ahora no solo las comprendía, también las justificaba.

Estábamos por llegar cuando se detuvo.

—¿Qué sucede? —pregunté intrigada.

°saludarte en Literatura. Cuanto más rápido demos señales, será lo mejor. —Parecía que ideaba algo y eso me alertó. Aun así, asentí fingiendo tranquilidad. Pensé que ya arrancararía, pero se arrepintió y me besó de nuevo intensa y rápidamente. Unos segundos después dio marcha al motor de nuevo. En cuanto estacionó, bajé sonriendo. Fui consciente de su mirada sobre mí hasta que entré en casa.

¡Dios, estaba completa y perdidamente enamorada de ese chico! ¿En qué momento ocurrió todo eso? Ni idea, lo cierto era que flotaba, volaba en realidad.

DIFÍCIL VeRdad

—¡Ya llegué, mamá! —Oía a su especialidad: espagueti a la boloñesa. Bajó rápidamente las escaleras y en menos tiempo de lo que pensé, ya estaba frente a mí examinándome. ¡Diablos!

—¿Cómo te fue?

—B-bien... —Intenté esquivar su mirada y también a ella, pero me detuvo suavemente.

—¿Quién era el chico que vino a por ti hace un «buen» rato? ¿Es uno de tus amigos? —Me mordí el labio, nerviosa y, al hacerlo, supe que había cometido un grave error. Si mentía no me creería. ¡Maldito tic! Debía decir la verdad, era la mejor opción, ¿no? Me dirigí al salón sentándome con fingida indiferencia. Ella me siguió y se acomodó frente a mí. No lucía molesta, más bien intrigada y ansiosa—. Kyana... —La miré, no sabía qué decirle, ni cómo empezar.

—Es un chico de la escuela —escupí rápidamente, creyendo ilusamente que ahí se terminaría el interrogatorio. Posé mis ojos en una de las ventanas, no podía verla directamente.

—¿Y? —Al ver que no contestaba, continuó—. Hija, no tienes que contármelo si no quieres, es solo que... es algo mayor... —Sonreí para tranquilizarla. Sí, Liam con su más de metro noventa podía parecer enorme.

—No, tiene mi edad, lo que pasa es que... juega en el equipo de fútbol americano. —Mi madre abrió los ojos como platos. Parecía muy confundida, sabía lo mucho que me fastidiaban esa clase de personas.

—¿Equipo de fútbol americano? ¿Y a qué vino? ¿A dónde fueron? —Está bien, ahora sí la veía preocupada. Al parecer solo la estaba alterando de más. Resoplé frustrada.

—A la playa, eso es todo.

—Y, ¿solos? —Ya tenía enarcada una ceja inquisidora. Jamás vi a mi madre así. Solía salir con chicas y chicos sin que le importara, le daba igual el sexo. En ese momento estaba claramente ansiosa. ¿Qué le pasaba?

—Sí. —Asintió despacio, como repasando la poca información obtenida.

—Kyana, ¿qué hay entre tú y él? —Su pregunta me tomó desprevenida. Abrí los ojos de par en par sintiendo que ese maldito rubor subía hasta mis mejillas delatándome. Me molesté, no entendía por qué últimamente no podía manejar mi cuerpo, ni mis emociones.

—¿Por... qué me preguntas eso? —indagué pestañeando. Sonrió cariñosa y comprensiva. Agarró una de mis manos y la sujetó mirándome.

—Basta con verte, y me bastó verlo a él cuando te esperaba fuera. —No podía articular palabra. Sentía la saliva pastosa, no lograba pasarla. ¿Era tan evidente?—. Kya, quiero que confíes en mí. Siempre has sido así, no das muchos detalles en tus conversaciones, pero... sueles decirme lo más importante y desde que llegamos aquí, algo cambió... —Ahora parecía nostálgica, evaluaba muy atenta mi reacción. Bajé la vista. Sabía que era verdad. Le oculté algunas cosas, como lo del «gorila maniático», por ejemplo. Sin embargo, no eran muy graves, ¿o sí? Al final era una adolescente, tenía que experimentar sola mis problemas y también las soluciones.

—Mamá... él... bu-bueno... —tartamudeé. Me volví a morder el labio. Esperé con paciencia—. Nos gustamos —logré decir al fin. Ella dio un grito de alegría acompañado de un par de aplausos. Puse los ojos en blanco. ¿Era en serio?

—¿De verdad? ¡Esa es una muy buena noticia! —Parecía que le estaba diciendo que me graduaba con honores o... que me habían aceptado en la mejor universidad del mundo. ¿Tan anormal era que nunca me hubiese atraído nadie lo suficiente? Siempre me hizo sentir que no era raro, pero con su reacción me daba cuenta del probable engaño. ¿Quién sabe qué ideas se fabricó todo ese tiempo en esa cabeza que trabajaba a mil por hora?

—Eso creo...

—¿Cómo se llama? —Comenzó el interrogatorio. Volqué los ojos en señal de fastidio. No le importó por supuesto, quería información y la obtendría.

—Liam...

—Lindo nombre. Y, ¿cómo fue que se conocieron? A ti no te gusta ese tipo de chicos —me recordó enarcando de nuevo una ceja y ladeando levemente la cabeza. Otras palabras que tendría que tragarme pues en ese momento, paradójicamente, creí que existían excepciones.

—Es a quien le doy asesorías de Literatura.

—Oh. —Al parecer no había más preguntas, por lo que me levanté de inmediato. Me tomó del brazo deteniéndome—. Kyana, sabes que cuentas conmigo, ¿verdad? —Asentí comprendiendo que esa era la típica preocupación de madre. Ella me lo decía desde que tengo memoria, y lo cierto era que siempre fue así—. Una cosa más, cuando salgas con él, solo dímelo, por favor. Confío en ti, pero esto también es nuevo para mí, ¿de acuerdo? —Volví a aceptar.

Cenamos sin hablar más sobre el tema. Recogí las cosas de la cocina y la mesa. Cuando terminé, chequeé mi correo electrónico. Tenía muchos de mis amigos de Los Ángeles; no había podido abrir el *mail* desde que llegué. Tomé aire y decidí que contestaría a todos.

La alerta de mensaje de mi celular me desconcentró de inmediato, supe que era él enseguida.

«Esta tarde fue mágica, gracias por aceptarme. Juro que no te arrepentirás... Descansa».

Sonreí y le contesté enseguida.

«Para mí también lo fue. Eso espero, y hasta mañana».

Lo mandé y dejé el teléfono a un lado intentando enfocarme nuevamente en todos los correos que debía contestar. Volvió a sonar, sonreí ruborizada.

«Una cosa más; por favor, no te muerdas el labio... no aguantaré».

«Liam, lo harás... Buenas noches».

El móvil no volvió a sonar, por lo que pude avanzar en mi labor. A los primeros a los que contesté fue a Jane y a Raúl, y a ambos les conté todo lo sucedido. Ya no podía más, necesitaba decírselo a alguien y esa era la única forma de que ellos lo supieran. También estaba la mensajería instantánea en el móvil, por donde conversábamos casi a diario, pero no era lo mismo, no escribiría todo eso por ahí. Sabía que cuando lo leyeran se caerían de la silla y las alertas en el celular me enloquecerían. Todo era tan increíble que ni yo misma lo creía.

Annie pasó a por mí, como llevaba haciendo desde hacía casi dos semanas, por la mañana. Hablamos un poco sobre la playa y, en cuanto llegamos al instituto, mi

estómago se encogió. El Jeep de Liam ya estaba ahí. Bajamos del auto y mi móvil sonó. Con dedos torpes lo saqué de la mochila.

«Te ves preciosa hoy... Me enloquece tu cabello suelto».

Un rubor demasiado caliente llegó hasta mi rostro. Sabía que me estaba viendo desde algún lugar; sin embargo, venía con mis dos amigos y no quería voltearme a buscarlo ansiosa.

«No puedo verte, pero... buenos días».

En cuanto entré a clase de Matemáticas silencié el aparato por miedo a que continuara con sus mensajes. Lana y Max ya estaban ahí guardándome un lugar.

Se acercaba el almuerzo, miraba el reloj una y otra vez. Cada segundo me sentía más nerviosa. Quedé en decirles que lo conocía. Rogué desde que desperté que no lo tomaran a mal. El timbre sonó sacándome de mis pensamientos.

—Vamos con los demás —dijo Max, animoso. Sonreí caminando junto a ellos. No quería buscarlo con la mirada, aunque me moría por hacerlo. Debía verse tan perfecto como el día anterior. ¡Dios! Sentía que me había dado una poción mágica que me condenaba a ya no poder dejar de pensar en él.

Mientras almorzábamos permanecí atenta a encontrar un momento de silencio. Diez minutos después, se dio la oportunidad.

—Chicos... —Los llamé nerviosa. Todos estaban ahí, incluso Edwin, que me miraba coquetamente. Lo ignoré y continué—. Tengo que decirles algo... —Parecían confundidos—. Sobre todo, después de lo que ocurrió el sábado. Yo... no sé qué les parecerá, pero no creo sinceramente que tenga algo de malo, así que creo que es justo decirles que la persona a la que le doy tutorías, bueno... pues es Liam —solté rápidamente. Max, Billy y Ray me observaron extrañados. Nadie dijo nada, así que continué—. Él... me pidió que no lo comentara. Es por eso por lo que no lo había dicho.

—¿De verdad?! —dijo Lana por fin, con una gran sonrisa, rompiendo el horrible silencio. Acepté serena aguardando las reacciones de los demás. La mayoría de los hombres parecían serios, excepto Robert. Ahí comprendí lo que Liam quiso decir acerca de mi falta de atención.

—¡Lo sabía! Va mal en Literatura, de esta no se salvaba. —Recordé esa conversación el primer día de clases.

—¿Y es por eso por lo que te ayudó en la playa? —quiso saber Ray molesto, con los puños apretados sobre la mesa.

—Supongo... —Me encogí de hombros indiferente. Billy me miró cuestionador de inmediato.

—¿Por qué nos lo dices, si él te pidió que no lo hicieras? Parecía que no tenías problema en guardarle el secreto. —Su voz contenía reproche.

—Por lo que sucedió el sábado. Todo pasó porque se acercó a saludarme. Dijo que ya no le interesaba que fuera secreto y después de lo que ocurrió con... Roger me pareció que lo mejor es que sepan esto —argumenté con suficiencia.

—¡Ey! —levantó la voz Robert haciendo un ademán de calmar a todos—. Parecen la Inquisición. Ella nos está contando algo que podría no contar. Mientras le pidieron que guardara el secreto, lo hizo: eso habla bien de ti. —Me guiñó un ojo y continuó—. Además, es cierto que ese día él la defendió, nos guste o no...

—Es verdad —avaló Susan—. Alguien debía darle la tutoría y fue ella, ¿qué tiene de malo? —Los chicos suavizaron poco a poco su gesto.

—Tienen razón, lo siento, Kyana. Tú no tienes nada que ver en los problemas que tenemos con ellos. Gracias por decirlo. —Sentí cómo iba aflojando el cuerpo lentamente. No había pensado que fueran a ponerse así, no tenía nada de malo. Pero su rivalidad era... vieja, y comprendía que muy difícil de saltar. Se encogió de nuevo mi estómago. No quería tener que llegar a escoger entre ellos o él, eso iba a ser muy doloroso.

—Entonces, ¿él fue quien que te llevó a tu casa el día de lo de Roger? —preguntó Annie atónita. Asentí.

—¡Guau! Eso sí que es noticia. A lo mejor a Liam se le está ablandando el corazón... —conjeturó Emma.

Varios rieron como si eso fuera una broma por lo demás graciosa. Sentí mucha impotencia. No lo conocía como ellos, sin embargo, para mí hablaban de otra persona. Conmigo era cálido, tierno, atento, amable... Me hacía sentir burbujas en la sangre todo el tiempo. Con eso y todo, no pude evitarlo y por un momento, dudé. ¿Y si era como decían? ¿Y si me hacía daño? Era ilógico que se fijara en mí, así, tan de repente, no porque me sintiera menos, sino porque éramos opuestos.

El timbre sonó y yo ya me sentía muy ansiosa. Quería correr hacia donde fuera que estuviera. Necesitaba que me abrazara, que me hiciera sentir segura, que quitara con un beso todas mis dudas. Ya no tenía tiempo. Todos sonrieron más tranquilos cuando se levantaron.

La mano de Ray me detuvo, tenía una mirada muy tierna. Esperó impaciente a que los demás comenzaran a alejarse y se giró muy extraño hacia mí. Lo observé confusa. ¿Seguiría molesto por lo de Liam?

—Kyana... —OK, no, parecía abochornado—. ¿Te gustaría... ir al cine conmigo el viernes? —Abrí los ojos como platos. De él no lo esperaba. Me mordí el labio, nerviosa. Pestañeeé atónita.

—¿Qué-qué dices? —Era guapo, tenía unos ojos azules muy lindos, pero... no era él—. ¿Quieres que vayamos todos? —Intenté hacerlo recapacitar.

—No, solo tú y yo —respondió serio. Se echaba nervioso el cabello hacia atrás. Bajé la vista negando.

—Lo siento, no quisiera arruinar nuestra amistad. Ustedes son muy importantes para mí y no deseo que eso cambie. —Metió ambas manos en los bolsillos de su pantalón, balanceándose decepcionado.

—¿Crees que... más adelante? —Negué de nuevo. Me sentía furiosa conmigo. ¿Cómo era que no me había dado cuenta?—. Bueno... muchas cosas pueden pasar, ¿no es cierto? —Sonrió. No me atrevía ya a decir nada. Un maestro lo llamó, y aproveché la situación y salí deprisa rumbo a Literatura con los puños apretados.

Estaba muy nerviosa. ¿Desde cuándo me sucedían a mí esas cosas? Digo, evidentemente, sabía leer las señales, ¿no? Bueno, antes sí lograba detectarlo. En aquel momento parecía que hasta en eso era nueva. Apenas había cruzado las puertas de la cafetería cuando sentí su mano en mi hombro.

Mi corazón se detuvo, era él, su olor.

—Kya... —Lo miré ansiosa.

—Ya tenemos que irnos, por favor, ahora no —le rogué. Parecía abatido, preocupado. Caminé junto a mí importándole poco los demás.

—¿Qué quería Ray? —Su tono era serio y... extraño. Mi estómago cayó hasta el piso. Tal parecía que se dedicaba a espiarme. Además, ¿cómo le diría lo que acababa de suceder?

—Liam, ¿me estás vigilando? —Lo cuestioné alterada. Negó con las manos metidas en los bolsillos. Se veía impresionante con esa camisa negra fuera del pantalón desgastado, y su cabello casi rubio alborotado.

Vi la puerta del salón y respiré profundo; Max, Annie y Sara estaban ahí. Entramos juntos. Liam se detuvo un momento en la puerta y yo seguí fingiendo serenidad.

—Te veo en un rato —dijo casualmente, despidiéndose con la mano. Asentí lo más tranquila que pude. Al girar hacia el grupo, todos nos veían curiosos.

Me senté junto a mis amigos del lado opuesto a mi novio, un poco más adelante. Los tres me evaluaban. Max era el único que parecía molesto, las chicas sonreían tontamente. El señor Johnson pasó lista y enseguida llegó Ray, corriendo.

Después de disculparse, se sentó a un lado de Sara. No pude disfrutar la clase como solía. Estaba muy incómoda. Ray detrás de mí, sin participar como lo hacía. Max a mi lado y, de vez en cuando, me veía tratando de buscar respuestas. Por si fuera poco, Liam me miraba todo el tiempo topándose con los ojos de mi amigo, e iniciaban una batalla silenciosa donde ninguno planeaba retirarse.

¡Maldición! ¿Qué era todo aquello?

En ese instante deseé ser un avestruz y esconder mi cabeza dentro de la tierra donde nadie me pudiera sacar. Estuve dibujando garabatos sobre mi libreta toda la clase y gracias a eso no escuché nada de lo que dijo el profesor. En cuanto sonó el timbre salí casi corriendo, y no paré hasta que llegué a mi siguiente clase. Fue la hora y media más larga de mi vida, y todo por sus tonterías.

No había nadie en el salón cuando entré. Me senté donde solía hacerlo y recargué mi frente en la fría mesa. Tenía ganas de gritar. Todas mis emociones estaban revueltas, como si una batidora las hubiera mezclado hasta hartarse. Cerré mis ojos intentado tranquilizarme. Sabía muy bien que sería complicado, ¿no es cierto?

—Kyana. —Alcé la vista y para mi alivio, era Emma. Me observaba compadeciéndome mientras sonreía—. ¿Estás bien? —Negué con la cabeza mirando por la ventana. Se acomodó a mi lado—. Si es por lo que pasó en el almuerzo, no te preocupes, no es contigo... o bueno, en parte —admitió triste—. Es solo que... Liam y Max eran muy buenos amigos, y Ray también... Entre Kellan, Ray, Max y Liam eran dinamita pura, pero... cambiaron. Unos se hicieron de una forma y otros de otra... Ya no compaginan... ¿Comprendes? —Acepté girándome interesada en sus palabras—. Kellan y Liam entraron al equipo de fútbol y todo cambió... Cada vez coincidieron menos los cuatro y, de pronto, ya no se conocían. Liam y Kellan se volvieron... insoportables... Ellos, junto con los de su equipo, han pasado encima de muchos. Cosas como las que te ha hecho Roger, suelen ocurrir. Nadie los para. No toleran a los que son diferentes. Un día... —De pronto llegó Ray y ya no pudo continuar.

—Te fuiste tan rápido que el profesor pensó que te sentías mal. —Me miró preocupado. Emma posó una mano sobre su brazo mientras él la observaba.

—Fueron muy pesados todos con ella en el almuerzo, no hizo nada malo.

—Lo sé. —Y se volteó a verme—. Es solo que no queremos que te hagan daño.

—¿Por qué lo haría, Ray? —quise saber ya harta. Se pasó una mano por el cabello pensando cómo me lo explicaría.

—Kyana, siempre hemos tenido problemas. Ellos son más, muchos más, y tienen todo a su favor. Sin embargo, no les basta, siempre han buscado la forma de fastidiar. Así ha sido siempre. Bueno, ya había pasado un tiempo en el que no...

—Quiero saber qué fue lo que sucedió entre ustedes, no comprendo nada —exigí saber.

—Hola, chicos. —Nadie contestó—. ¿De qué hablan?

—De Liam y Kellan —le informó Emma a Edwin. Su expresión cambió de inmediato y yo me quedé frustrada por mi nula respuesta.

—De esos imbéciles...

—Sí, le explicaba a Kyana por qué reaccionamos así cuando nos dijo lo de las tutorías.

—Edwin sonrió colocándose a mi lado.

—No es tu culpa, haces tu trabajo. Tan solo cuídate.

—Es lo que le decimos. Precisamente en Literatura habló con ella frente a todos hace unos minutos —le notificó Ray enarcando ambas cejas. Edwin lo miró extrañado. ¿Qué, eso era todo un evento? ¡Agh!

—Eso sí que es extraño, él solo habla con su grupo de amigos. Nunca se mezcla, solo cuando hacen alguna novatada o necesitan la ayuda de alguien. —El trío me miró como si me estuvieran estudiando y dieran en el clavo con sus conjeturas.

—¡A sus lugares! —ordenó el maestro al entrar, y tras él a toda prisa entraron Billy y Robert. El día se estaba tornando más atípico que ningún otro. Y lo peor era que cada vez me sentía con más ganas de verlo.

Edwin, Ray y Billy no me dejaban en paz. Emma me veía triste. Varias veces observé cómo miraba a Ray. Él no se daba cuenta de sus sentimientos. Era muy bonita, agradable e inteligente. No podía comprender por qué no reaccionaba.

Robert notó mi hastío y volvió a salir en mi defensa. La clase fue más fácil que la de Literatura, por lo menos no se hallaban los dos bandos en el mismo salón.

En el receso mandé al diablo a todos. Fui a la biblioteca, me escondí en un rincón y adelanté deberes. Necesitaba estar sola. El móvil continuaba en silencio. Era lo mejor, necesitaba enfriar mi cabeza.

En Atletismo el equipo de fútbol americano ya estaba fuera cuando llegué. La maestra Hilling no nos dio un respiro, lo cual me ayudó mucho. Supe, por sus ojos clavados en mí, que ahí se encontraba. Las veces que me giré a buscarlo me rendí enseguida: todos eran igual de altos, y llevaban sus cascos y uniformes puestos.

En cuanto terminamos, tomé una ducha y me dirigí con las manos sudorosas hacia el edificio. Subí las escaleras de dos en dos. La puerta no estaba cerrada como de costumbre, sino emparejada. Suavemente la hice a un lado para entrar y, de repente, se cerró tras de mí y ya tenía a Liam muy cerca. Me sujetaba por la cintura con posesividad.

—Hola... —susurró sobre mi cabello mientras lo olía. Dejé caer la mochila y lo abracé, escondiendo el rostro en su pecho. Su aroma me tranquilizó enseguida. Tener su espalda bajo mis palmas me hacía sentir que nada había pasado. Me separó lentamente, tomó mi barbilla con una mano y se agachó hasta rozar mis labios. Me tomé de sus hombros poniéndome de puntillas. Me acercó cada vez más a él. ¡Se sentía tan bien! De inmediato mi ansiedad fue disminuyendo y otro sentimiento fue incrementando. Se separó, para variar, en cuanto nuestras respiraciones comenzaron a agitarse y recargó su frente sobre la mía sin quitar su mano de mi mejilla.

—Dios... un minuto más sin besarte y enloquezco. —Tenía los ojos cerrados de nuevo y su voz era ronca debido a la excitación del momento. Yo aproveché para intentar normalizar mi respiración, y poco a poco lo logré. Agarró mi mochila guiándome hasta la silla y se sentó a mi lado—. Te hice sentir incómoda en clase, ¿verdad?

—Sí —acepté tranquila. Sujetó mi mano y la acercó a sus labios.

—Kyana, la sangre me hervía. Ray te invitó a salir, ¿no es cierto? —Lo miré atónita mordíendome el labio. Sonrió asintiendo—. Te lo dije, sabía que pronto algo así pasaría. —No parecía molesto.

—Liam, yo no tenía ni idea. Además, no fue un buen día. —Ahora sí parecía preocupado.

—¿Por qué? —No quería mentir y pensaba que después de todo, él tenía parte de culpa.

—No se tomaron bien que te dé tutorías, se molestaron. —Cerró su puño hasta dejar los nudillos blancos—. Me previnieron mucho sobre ti...

—Kyana... —No le permití hablar.

—Espera, no digas nada. Quiero que sepas algo: confío en ti, Liam. No sé quién eras, no sé si quiero saberlo. Solamente... no me traiciones, por favor. Eso es lo único que necesito. Si de verdad esto es un juego, dímelo y no habrá problema. —Me observó abatido, acercó mi rostro al suyo, desgarrado por mi petición. Le dolieron mis palabras.

—Sé que todo esto me lo busqué, pero jamás, te juro, jamás te fallaré. No temas de mí... por favor. Esto es real, mi única verdad. —No le respondí, su mirada me decía que era sincero. No quería dudar, necesitaba creer—. Sí, he hecho cosas malas. En esos momentos, no lo pensé... Hasta hace unas semanas era otro, pero... ya no puedo. Te metiste en mi cabeza de esta manera tan abrupta, tan fuerte y... de repente, todo cambió. Fue como si nada hubiera tenido sentido hasta ahora. Tanto que me estoy cuestionando todo peligrosamente. Lo que hice no lo puedo cambiar, Kya. Créeme que si pudiera lo haría. Lo que te puedo asegurar es que nada igual volverá a suceder. Te lo juro. —Claro que le creía. Me asustaba saber lo que llegó a hacer. Aun así, le creía porque a mí me pasaba igual. Era como si me hubiera mudado de cuerpo, de sentimientos, todo tenía un sentido diferente ahora.

Acaricié su rostro trazando con la yema de mis dedos la línea de su nariz, de su quijada, de sus cejas y, por último, de sus labios. No se movió, mantuvo cerrados los ojos permitiendo que lo explorara con libertad. Me acerqué cada vez más. Su esencia me llamaba. Cuando sintió mi aliento sobre su rostro, abrió los párpados y me abrazó besándome con arrebato.

Terminé, sin darme cuenta, sentada sobre sus piernas. Me probaba sosteniéndome hacia un lado. Yo ya no pensaba, solo sentía... Me tenía completamente encadenada a él. Mis piernas colgaban a un lado de sus rodillas, me sujetó de la espalda como si tuviera miedo de que fuera a irme. Con la mano libre mecía hacia atrás mi cabello mientras acariciaba mi rostro dulcemente, con suma ternura, con... adoración.

Un ruido del exterior me alertó y de pronto me di cuenta de dónde estaba. Podía entrar cualquiera. Si alguien nos hubiera visto así, no tenía ni idea de lo que hubiera podido pasar.

Me zafé a toda prisa, él también parecía desorientado. Ambos nos carcajamos al tiempo que me sentaba en mi lugar. Nos miramos fijamente mientras íbamos regulando nuestra respiración lentamente, intercambiando cualquier cantidad de mensajes cálidos que podía incluso sentir por todo mi cuerpo. Cuando recobramos la capacidad pulmonar adecuada, saqué el libro de mi mochila. Él sacó su libreta y su lápiz. Los cuarenta minutos restantes intenté explicarle algunos nuevos conceptos. No me costó trabajo, ponía atención, preguntaba y anotaba cada cosa. Al terminar guardamos todo y, antes de salir, me volvió a besar.

—No sé cómo... pero te estás metiendo hasta en mi sangre. —Rocé sus labios de forma fugaz en respuesta. Abrí la puerta y bajamos.

Iba delante de él despreocupada. Obviamente en la luna, giré sonriente para esperarlo.

—¡Liam! —gritaron. Reconocí esa voz, era Roger. Mi rostro se descompuso de inmediato. Mi novio, en dos segundos, estaba ya frente a mí, serio. Cuando me volteé, vi que no venía solo. También iba con Kellan y con otro que ya había visto con ellos en Literatura y que se llamaba Luke. ¡Diablos!

—El entrenador nos quiere ver en quince minutos —le informó Kellan, mirándome extrañado y arrugando la frente.

—Bien. —Me tomó del antebrazo empujándome con suavidad para rodearlos e irnos.

—Espera, es en serio. ¿Es tu amiga? —preguntó Roger burlón, deteniéndolo por el hombro del lado opuesto al que yo iba. Liam lo miró amenazante. Me quedé paralizada, no quería problemas y parecía que eso era justo lo que sucedería.

—Ya te lo dije, ¿no?

—Cálmate, Liam —Kellan trató de suavizar las cosas al notar su reacción—. La pregunta de Roger es lógica. Nosotros, bueno, no... —Y me estudió con escrutinio—. Bueno, tú menos que nadie necesitas más amigos.

—Me parece que eso es algo que a ustedes no les importa —zanjó con decisión apretando la quijada. Mientras tanto, yo veía a los cuatro frente a mí con la boca y la garganta secas. Me hacían sentir diminuta e insignificante. Todo era irreal, como salido de una película.

—Depende de para qué la quieras. Pensándolo bien esta «mexicanita» podría entretenernos un ratito. No está nada mal, al contrario, y además... tiene una boquita... —Roger alargó el brazo hasta mí para rozarme el labio. Liam lo detuvo colocando ambas manos sobre su pecho y empujándolo con asombrosa fuerza. Su gigantesco cuerpo chocó de inmediato contra un muro del edificio y lo miró furioso. Kellan y Luke, sin perder tiempo, se pusieron en medio de los dos intentando serenarlos. Abrí los ojos dejando de respirar, sintiéndome en exceso nerviosa, perpleja. Deseaba salir de ahí, mis pies no se movían.

—No me digas que tú ya... ¡Ah! Es por eso, ¿verdad? —conjeturó el gorila patán intentando zafarse del abrazo de Luke.

—¡Eres un imbécil! —Liam estaba justo frente a mí protegiéndome de lo que ahí sucedía. Kellan tenía una mano en su pecho.

—¡Ya, tranquilos! —rugió el que detenía a mi novio—. Liam, ¡¿qué mierdas sucede contigo?! ¿Por qué te pones así? —Estaba frente a él evaluándolo confundido, parecía no reconocerlo.

—No seas estúpido, eso hasta yo te lo contesto. Porque «esta» —respondió Roger señalándome—, es su nuevo juguete. Lo que no comprendo es por qué no la quieres compartir. —Mis ojos se abrieron atónitos. No daba crédito a lo que escuchaba. Sentí un agujero negro abrirse bajo mis pies. Al parecer, los alcances de ellos iban más allá de mi imaginación—. O es que... ¿tienes algún interés en particular en ella? —continuó Roger más tranquilo y más hiriente en su tono. Aún veía mucho odio en su asquerosa mirada. Sentí los ojos vidriosos.

¡No, eso no! Rogué en mi interior. Liam no era lo que ese mandril decía.

Kellan y Luke esperaron su respuesta con suma atención. Quería llorar de rabia, de impotencia, quería salir corriendo y nunca más volver. No iba a ser tan fácil, ahí estaba la prueba.

—No tengo por qué contestar tus preguntas, Roger. Ni las tuyas, ni las de nadie. — Repasó a los otros dos hecho una fiera. Incluso a mí me dio miedo verlo así; era otro. Roger aplaudió burlón. Mi cuerpo temblaba, mis palmas las sentía sudorosas.

—¡Basta! —exigió Luke duramente.

—Bravo, Liam. Estás haciendo justo lo que juraste nunca hacer: te estás acostando con una «mexicanita». En serio eres mi héroe, porque realmente son mojigatas. —Sentí unas náuseas terribles, me daban asco sus palabras. Liam corrió hasta él, esquivando a Kellan, y lo tomó por la camisa. Eran de la misma estatura y, en voz muy baja, le escupió algo que no alcancé a escuchar, pero que lo puso, al fin, un poco pálido.

Kellan y Luke tampoco lograron oírlo, aunque notaron lo mismo que yo. Liam lo soltó bruscamente, fue hasta donde yo me hallaba, rodeó mis hombros y me sacó de ahí mientras gritaba de lo más casual: «ahora regreso».

No hablé, no podía reaccionar. Cuando llegamos a su Jeep, me ayudó a subir sin ningún tacto. Arrancó rápidamente y salimos de ahí. Unas cuerdas antes de casa, se detuvo. Respiró profundo y giró hacia mí aún agitado, con las pupilas dilatadas. Lo vi de reojo demasiado ansiosa. Yo mantenía abrazada la mochila con fuerza innecesaria, y de inmediato perdí de nuevo la vista a través de la ventana; me encontraba en *shock*.

Tomó mi rostro con suavidad, deseaba que lo mirase. Su expresión ya era muy similar a la que yo conocía, solo que ahora también había culpa y algo más... Preocupación, pensé.

—Kyana... Discúlpame, de verdad, perdóname. —Las lágrimas comenzaron a salir sin que lo pudiera evitar. Se quitó el cinto de seguridad y me abrazó de inmediato ante mi reacción—. Por favor... tranquila... estás temblando, Kyana.

—¿Qué fue todo eso, Liam? —logré preguntar al fin, apoyada contra su camisa.

—Ellos no saben nada, no saben lo que siento por ti, no son malos. —Me separé y lo examiné, llorosa e insegura. Las palabras que escuché daban vueltas en mi cabeza sin poder detenerlas. Su rostro estaba lleno de remordimientos, tenía los ojos rojos, vidriosos.

—¿Y qué es exactamente lo que sientes por mí? Todo parece irreal, Liam. Ni siquiera tiene sentido que te fijaras en mí, no tenemos nada en común, somos opuestos, nuestros amigos se odian. Esto no tiene forma de terminar bien. —Al escucharme frunció el ceño mirándome serio y fijamente, y silenció mis labios con su dedo índice.

—Kyana, funcionará, eso te lo prometo. Ahora no tengo respuesta para tu pregunta, solo sé que ni yo mismo lo puedo entender. No puedo dejar de pensar en ti a todas horas, te veo por todas partes, es como si... te hubiera estado esperando toda mi vida. —Sus palabras me dejaron sin aliento y olvidé por un momento el incidente que acababa de presenciar y por el que tenía la vista nublada. Cerró los ojos, después los abrió y soltó mis manos, que estaban aferradas a mi mochila, poco a poco, llevándoselas a la nariz para absorber mi aroma—. Kya, jamás he reaccionado así con ellos. Esto es más fuerte que yo...

—Liam... —susurré. Me miró sonriente.

—Tú no tienes que decir nada, solo te pido que no te rindas, por favor. Sé que va a ser más complicado de lo que pensamos. Solo te suplico que no te alejes, soportaría cualquier cosa menos eso. —Me dio un pequeño beso para afianzar lo que acababa de decir—. Debo irme, escuchaste lo de la reunión. —Asentí—. ¿Crees que pueda venir a verte más tarde? —Parecía intuir que me negaría. Sin embargo, para esas alturas, sabía que era definitivamente muy tenaz.

—Sí. —Frunció el ceño.

—¿Sí?

—Sí...

—¿Y tu madre? —Me encogí de hombros restándole importancia y mucho más tranquila debido al cambio de tema—. ¿Se lo dijiste? —preguntó emocionado e incrédulo.

—Más o menos... —acepté intentando sonreír, aún muy nerviosa. Me agarró por la nuca y me dio un súbito beso de excitación.

—¡Perfecto! ¿Te parece a las siete? —asentí de nuevo. Le dio al volante un pequeño golpe de júbilo—. ¡Sí, sí! —repitió feliz. En ese momento agradecí a mamá por animarme a que le contara lo que sucedía la tarde anterior. Si no lo hubiera hecho, no sabría si lo vería más tarde, y después de lo que acababa de ocurrir, habría enloquecido. Me dejó en casa y partió de inmediato.

Terminando de cenar avisé a mamá de que mi novio iría, y por supuesto quiso saber qué haríamos. ¡Qué pregunta! No tenía ni idea; yo solo quería verlo, lo demás... no me importaba.

—No lo sé, pero por favor, sé discreta... —Nunca le había presentado a un chico que me gustara, así que no tenía ni idea de cómo reaccionaría. Lo cierto es que alcanzaba a imaginarla recibéndolo con una gran sonrisa y examinándolo de arriba abajo.

El timbre sonó. Ojeé el reloj, faltaban tres minutos para las siete. Mamá ya terminaba de ordenar la cocina, divertida por mi actitud. Me dirigí a la puerta con los ojos entornados en símbolo de amenaza. Abrí y ahí estaba él. Parecía fatigado.

—Hola... —Me saludó sonriente dándome un beso en la frente.

—Pasa. —Abrí por completo la puerta para que entrara. Observó todo atento. Dentro de mi casa se veía aún más grande.

—Es muy agradable, me gusta —admitió al tiempo que entrelazaba nuestros dedos, mirándome con el ceño fruncido—. ¿Pasa algo?

—Te voy a presentar a mamá. Hay que terminar con esto de una vez —rezongué no muy contenta de hacerlo. Sonrió divertido y claramente feliz. Lo arrastré hasta la cocina. Ella ya estaba guardando el último plato cuando aparecimos ahí.

—Mamá... él es Liam. —Se giró rápidamente, y no logró esconder su asombro. Elevó su mano al tiempo que él hacía lo mismo.

—Mucho gusto, Liam. Soy Irina, la madre de esta jovencita.

—Mucho gusto, señora. —Ella rio.

—No, por favor. Irina está bien, ¿de acuerdo? —Mi novio asintió alegre. Mamá me observó de forma peculiar. Sabía que ya estaba de mil colores—. Hija, tengo trabajo que hacer. ¿Se van a quedar... o piensan salir?

—Vamos a salir —me escuché decir de pronto. Él sonrió divertido, avalando con la cabeza lo que dije. Era evidente que seguía mi improvisación.

—Perfecto, entonces los veo luego. Mucho gusto, Liam, y no lleguen tarde.

—Lo prometo. E igualmente, Irina. —Mi madre desapareció por las escaleras. En cuanto la perdimos de vista me abrazó.

—¿Ves? No fue tan malo. —Me tenía sujeta por la cintura, al igual que yo a él.

—Sí, pero es la primera vez y...

—Espero que sea la primera y la última. —Besó mis labios con ternura. Me separé de inmediato, nerviosa. Mi madre podría bajar. Caminé a la puerta deprisa—. Oh, cierto, nos íbamos. —Y salió tras de mí. Nos subimos al auto y arrancó—. ¿A dónde vamos?

—No sé, sorpréndeme. Tú eres de aquí, no yo. —Sonrió divertido y puso el motor en marcha. En el camino me preguntó los detalles de cómo fue que le conté lo nuestro a mi madre. Al escucharlo soltó tremendas carcajadas. Al final de mi relato tomó mi mano y se la llevó a los labios, ya serio.

—Uno menos... —susurró con la vista al frente.

Quince minutos después estacionó. Al ver el paisaje me bajé de inmediato. Era un mirador.

—¡Guau!

Rodeó mi cuerpo por detrás recargando su barbilla sobre mi cabeza.

—Lo sé, Myrtle Beach desde aquí se ve... increíble. —No hablamos por unos minutos, absorbiendo lo que nuestros ojos veían. La ciudad no era muy grande, al contrario. Las luces cálidas de las casas y edificios eran perfectas, se reflejaban en el mar como si fueran pequeños luceros titilantes. La noche lograba que todo se viera más hermoso, etéreo, fugaz: mágico. Me acerqué a un barandal de madera y recargué mi vientre ahí, él se colocó a mi lado con su mano en mi cintura—. Kyana, necesito explicarte lo que pasó a mediodía. —Lo miré torciendo la boca insegura—. Debo hacerlo —me aseguró. Acepté con los ojos, no muy convencida de querer saber—. OK, verás. Ellos y yo... nos hemos llevado de esa forma —admitió claramente avergonzado—. Lo cierto es que nunca sucedió algo como esto. Roger puede volverse loco de repente; aun así, siempre lo he apreciado mucho. Y Kellan es mi mejor amigo. Ellos no comprenden... —Miraba la ciudad perdido en sus pensamientos—. No es que tratemos así a las personas en realidad... Es más bien una fama que no hemos querido desmentir, muchos han decidido creer lo peor de nosotros siempre. Al principio nos hirió, y poco a poco ellos y yo nos fuimos protegiendo, haciendo un poco y permitiendo que los demás imaginaran el resto. No te puedo negar que he hecho cosas de las que no me siento orgulloso. Sin embargo, jamás lo que escuchaste hoy... No quiero mentirte. Aquí... son muy cerrados... conservadores... El lugar en donde naciste importa mucho para nosotros... —Estaba muy serio y ya no me tocaba. Comenzaba a pensar que esto era apenas el principio de algo más grande, y un temblor recorrió mi cuerpo—. Nos educaron de una manera, Kyana. Como te has dado cuenta, no todos son así. Dentro de esas excepciones, no entro yo, ni... mis amigos. Tampoco les hemos hecho algo por ese motivo, pero... Kyana... ¡Maldición! Me siento tan avergonzado.

Lo miré sin mostrar ninguna emoción. Lo cierto es que dentro de mí, las nubes rosadas y las imágenes tiernas se desvanecían. Comprenderlo costó mucho trabajo. Nuestros mundos eran tan distintos... Y la forma en la que habíamos crecido, también.

—Sí, es verdad que a los latinos (y a cualquiera en realidad) les hacíamos cosas, tú sabes... —Negué severa. Abrió los ojos para después cerrarlos con fuerza—. No sé... les rayábamos sus casilleros, les metíamos porquería y media adentro, los... amenazábamos, amedrentábamos... —Mantecía escondido el rostro entre sus brazos, que estaban recargados en el grueso barandal—. Nos burlábamos públicamente, situaciones de ese estilo. Los echábamos de las mesas, les quitábamos comida, dinero, rompíamos sus cosas, los hacíamos caer... eran novatadas. En realidad: injusticias, abusos, atrocidades —admitió con un hilo de voz.

Me alejé azorada un poco más, decepcionada. Necesitaba distancia, cada palabra suya me estaba doliendo. Ese chico que tenía frente a mí era un... No podía siquiera pensar las

palabras, y lo peor de todo era que... lo quería—. En cuanto a las chicas; jamás hemos hecho algo que no quisieran, eso te lo juro. Tú sabes que hay hombres y mujeres que están con uno y luego con otro. Así son... muchos, así... yo también fui.

—Por eso pensó que conmigo era igual, ¿no es cierto? —Ya me sentía para esas alturas enojada. Mi tono de voz le hizo percibir mi desilusión. No se movió y asintió triste.

—Kyana, no puedo cambiar lo que fui... Lo siento. Yo solo puedo cambiar lo que voy a ser a partir de hoy. Comprenderé si deseas... pensarlo. Además, debes saber que vas a enterarte de cosas que ahora no recuerdo. Por lo mismo necesito sepas que no las repetiré nunca. ¡Maldición! Me avergüenza tanto. Antes... lo presumía. No entiendo cómo es que todo está cambiando tan abruptamente dentro de mí. —Miró las luces parpadeantes, lleno de impotencia y frustración—. Me juré, incluso, que... nunca andaría con alguien que... viniera de donde tú vienes... —susurró arrepentido—. Y... llegaste, no comprendo aún lo que siento, pero estás en mí... muy dentro... Necesito ser mejor persona para poder merecerte. Lograste que cambiara y, sin percatarme, en menos de dos semanas, todas las creencias que sustentaban mi vida, todas mis ideas, mis sueños... ya no tienen sentido. Ya no sé nada, no estoy seguro de nada, solo que no puedo estar sin ti. —Sonaba desesperado, veía sus ojos razados pese a la distancia.

No sabía qué hacer. Abría la boca una y otra vez para decir algo, no sabía qué... Así que la cerraba arrepentida. Tenía ganas de consolarlo, de colocar una mano en su espalda y decirle que todo estaría bien. Algo me lo impedía. Pensaba angustiada: ¿y si no cambiaba? ¿Y si... volvía a ser el mismo en poco tiempo? Yo estaría perdida por él, no habría marcha atrás. ¿Y si me decepcionaba? No volvería a creer en nadie.

Mi cuerpo y mi mente lo aclamaban a gritos. Tenía que intentar ser razonable, por otro lado, realmente creía que la gente podía cambiar. Necesitaba creer que así sería, porque no podía justificar lo que escuché salir de su boca. Rechazaba a las personas como yo y jugaban con el resto. Asqueroso. Bajo, muy bajo.

—Probablemente cualquiera pensaría que soy un idiota por decírtelo, pero de cualquier manera te enterarías. Creo es mejor que lo sepas por mí...

—¿Qué pasó entre Max, Ray, Kellan y tú? —Todo ese día estuvo lleno de noticias y cosas extrañas. Saber aquello era ya prácticamente saberlo todo o... por lo menos eso creía yo. Ilusa.

Permaneció en silencio un minuto. Levantó la cabeza y me observó.

—Los cuatro queríamos entrar en el equipo de fútbol americano, pero solo Kellan y yo lo logramos. Se decepcionaron mucho, aunque continuamos siendo amigos. —Agachó la vista hasta sus manos—. La realidad es que las cosas comenzaron a cambiar. Kellan y yo estábamos todo el tiempo rodeados de chicas, ligando. Nos invitaban a todas las fiestas, nos hicimos muy conocidos y, sin darnos cuenta, nos distanciamos. Pasaban semanas y no nos hablábamos, no nos veíamos. Yo no sabía nada de ellos, ni ellos... de nosotros. Un día me encontré a Max en una fiesta con... una chica. Él me saludó, deseaba presentarme a su «novia». Al ver quién era me quedé helado. Llevaban un par de semanas juntos y yo, sin saberlo... había estado con ella varias veces durante el tiempo que tenían de relación. —Me miró apesadumbrado, afligido, culpable—. Te juro que no lo sabía —susurró arrepentido—. Esa misma noche, pero más tarde, ella me buscó. Yo hablaba con unos amigos, me arrastró hasta un lugar donde no había nadie y me rogó que no le dijera nada de lo que sucedió entre los dos y... antes de irse... me besó sin que yo lo viera venir. Max y Ray llegaron justo en ese instante... Me odiaron. Kellan y Luke saben que es cierto, juro que no te miento. Cuando intenté arreglar las cosas, ellos ya tenían una verdad que no quisieron cambiar. Lo

cierto es que sin saberlo, traicioné a mi mejor amigo de la niñez. Con el tiempo la situación fue poniéndose peor. Buscaban hacerme quedar mal en clase, o cosas de ese tipo. Yo no me dejaba, y usaba todas mis armas contra ellos. Los comprendía, lo prometo, yo hubiera actuado igual o seguramente mucho peor... —En ese momento me miró significativamente, y comprendí enseguida a qué se refería. Sentí la boca seca. Todo era increíble, parecía salido de un cuento—. Meses después me nombraron capitán del equipo. Kellan, Roger, Luke y los demás comenzaron a protegerme. Un abismo de enormes proporciones se abrió entre nosotros, ya nada podía ser como solía. Sé que «aquello» jamás debió ocurrir. Fue un error imperdonable, pero no tenía forma de saber. Así que comenzó una lucha entre ambos. Él es muy inteligente... es respetado por nuestros compañeros y por los maestros. Yo no podía competir contra eso, así que continuamos imitando la manera de ser de quienes nos iban cediendo el equipo. Los típicos «populares», con mucha influencia... Todo iba tranquilo. Bueno, en realidad ignorándonos deliberadamente desde hacía mucho tiempo. Hasta que... tú llegaste, Kyana. No sé qué ocurrió, lo cierto es que de pronto pusiste a todos en alerta de nuevo. —Asentí desviando la vista—. Te juro que no miento... No tendría sentido, no si quiero que los sepas todo, que me conozcas tal cual. Es verdad que en ocasiones les hice... cosas. Era parte de todo. Sin intentar justificarme, ellos también saben jugar rudo. La diferencia es que nosotros no lo hacíamos solo con... ellos. Era a todo aquel que nos retara o fastidiara. —En ese momento comprendí lo de Roger—. Le hacíamos la vida imposible si alguien no nos caía bien. Si no podíamos directamente, pues... otro lo hacía, somos parte de lo mismo... —En serio me estaba confesando todo. Ya no podía, ni quería escuchar más, la cabeza me punzaba y sentía que era mucha información que acomodar. Vi el reloj del móvil, las nueve treinta.

—Necesito volver a casa... —murmuré en voz apagada, sin mirarlo directamente.

No se atrevió a tocarme, abrió la puerta y subí sola. Entró un minuto después y prendió el motor. Estaba abatido, no dijo nada mientras manejaba con suma atención.

Llegamos quince minutos después. Apagó el auto, recargó sus manos en el volante y puso ahí su quijada un segundo.

—Lo siento —logró decir estudiándome, ahora expectante. Era evidente su preocupación, su temor.

—Lo sé...

—¿Qué va a pasar, Kya?

—Necesito ordenar todo, Liam. Estoy muy confundida... —Él asintió serio.

—Entiendo. —Era tan grande, tan guapo... Proyectaba seguridad por cada poro del cuerpo; sin embargo, en ese momento, no lo hacía. Sufría, y le era nuevo el sentimiento. Estaba segura de que nadie jamás me creería si describía la imagen que mis ojos estaban viendo.

—Liam... necesito poner cada cosa en su lugar, ¿de acuerdo?

—Kya, no quiero presionarte. Sabes lo que siento y ahora también sabes quién soy, quién fui y lo que quiero ser... Es todo lo que te puedo ofrecer... incondicionalidad y lealtad. —De verdad se hallaba muy turbado. Me mordí el labio, no me importaba que él estuviera delante, mirándome atento. Estaba muy nerviosa, triste, decepcionada y desesperadamente enamorada de ese chico de mirada tan extraña, de sonrisa fácil.

—Liam, lo único que tengo claro es que... no puedo, ni deseo dejarte... —Su rostro se tornó confuso, frunció las cejas sin comprender—. Solo quiero que vayamos poco a poco, despacio... Esto... realmente me asusta... Pero ya no puedo estar lejos de ti... Es más fuerte que yo y... lo que hiciste, tienes razón... no lo podemos cambiar. —Al final

susurraba más para mí que para él, observando mis manos atenta. Un segundo después me abrazó hundiendo su rostro en mi cabello. Escuché cómo suspiraba quebradamente mientras acariciaba mi pelo y mi espalda con ternura.

—No te voy a decepcionar, Kyana... Te lo voy a demostrar, así me lleve la vida. —No pude contestar nada, prefería ver qué sucedía. Me separé recordando que estábamos frente a casa y que mi madre me esperaba.

—Debo entrar...

—Lo sé. —Me dio un beso fugaz y bajó enseguida para acompañarme hasta la puerta. Abrí y lo miré con tristeza. Él acomodó un mechón tras mi oreja, dulcemente.

—No me gusta que estés así, y... menos saber que soy el responsable, pero no podía ocultarte esto.

—Son muchas cosas, Liam, pero sé que voy a estar bien. —Intenté sonreír, pero no pude. Besó mi frente.

—Prometo que mañana no te haré el día difícil, ¿de acuerdo? —Asentí cansada. Me metí y a los pocos segundos, lo escuché arrancar.

Me recargué en la puerta intentando tranquilizarme. Quería salir huyendo, pero no podía. Él me detenía, y ni siquiera Los Ángeles me atraía. Una lágrima de dolor y miedo se escapó sin que lo pudiera evitar. Liam fue justo lo que siempre odié, y esperaba, por mi bien, que estuviera dispuesto a cambiar, porque no existía otra forma de que estuviéramos juntos: yo no podía estar con el chico que había descrito hacía unos minutos.

Respiré profundo intentando sosegarme, limpié mi rostro y subí. No quería que mamá me viera así y preguntara el porqué, esto era entre él y yo, nada más. Ensayé una sonrisa relajada y, cuando me acerqué a su habitación, la mantuve congelada.

Capítulo V

NuEstRo SEcreTo

Me encerré en la recámara. Tomé el pijama y, después de ponérmelo, me acosté. Metí la mano bajo la almohada y saqué su sudadera. Aún olía a él. Absorbí su aroma abrazándola ansiosa, no dormiría con facilidad. Eso solía pasar cuando algo me tenía inquieta.

Y es que la conversación con él en el mirador, sus confesiones, su... historia, dolió. ¿Cómo fue posible que los dos perdiéramos la cabeza y la razón por la clase de personas que juramos nunca aceptar en nuestra vida? Liam nunca quiso a quien no fuera igual a él. Yo... yo siempre odié a los de su clase. El destino era realmente extraño, y al fin lo entendía: prejuizar, enjuiciar, rechazar... Todo eso no tiene ningún sentido, ni justificación, y menos si no se conocen desde el fondo las razones y los porqués de las personas.

Perdida, observando a través de la ventana, acostada sobre la cama, me deleité contemplando las copas de los árboles mecerse tranquilamente con el aire un poco frío del exterior. Sin darme cuenta, eso logró relajarme, y no supe cuándo, al fin, cerré los párpados.

Annie pasó a por mí. Robert y ella quisieron saber con quién me había marchado a casa el día anterior.

—Con Liam —escupí rápidamente. Ambos me miraron y se carcajearon animosos.

—De verdad que las cosas están cambiando —expresó Robert, sereno. Lo observé sonriendo. No me preguntaron más, por lo que cambié el tema por algo de la clase de Ciencias, y funcionó.

En el almuerzo hablamos de cosas sin importancia. Eran realmente agradables. No sabía nada de Liam en ese momento, por lo que me sentí más tranquila. Aunque, si era sincera, me moría por verlo.

Cuando entré en Literatura, no estaba. Pasaron varios minutos y no apareció. Mis palmas sudaron. Miraba una y otra vez la puerta. Ni él ni ninguno de sus dos amigos se asomaron. Tomé mi mochila discretamente y busqué el móvil. Parpadeaba. Pulsé la tecla central y vi que tenía un mensaje de Liam. No lo había escuchado.

«Kya... Hoy tenemos entrenamiento especial... Te veo a las cuatro... Te extraño».

Sonreí, ahí estaba mi respuesta. Perdida escuchando al profesor, me di cuenta de que su ausencia la percibí desde que bajé del auto... Ya no lo podía evitar.

En el segundo receso nos reunimos en el jardín, bajo un árbol. Intercambiamos apuntes hablando distraídamente. Un alboroto se escuchó, y enseguida alzamos la vista. Era el equipo de fútbol, y todos iban llegando en diferentes autos.

Caminaban juntos rumbo a nuestra dirección. Reían y se aventaban entre sí por algo que otros decían. Esa era la entrada trasera del instituto. Estaba rodeada por grandes áreas verdes donde solían pasar el tiempo los estudiantes en el segundo receso y por donde se entraba si se venía del estacionamiento.

Nadie dejaba de mirarlos, y es que era imposible. Resultaban «llamativos», por así decirlo. Iban sin su uniforme, con sus grandes cuerpos al aire, y he de confesar que la mayoría de ellos no eran nada feos. En un segundo grupo llegó él. Vestía una camiseta negra que, si bien no era ajustada, lograba que se adivinara su espectacular cuerpo, unos *jeans* ya gastados como los que solía usar y tenis oscuros.

Mi boca se secó. Reía por algo que le acaba de decir a Kellan. Bajé la mirada enseguida y continúe pasando los apuntes del día anterior sobre Literatura, intentando concentrarme. Si lo miraba a los ojos, sabía que notarían mi interés por él.

—Te está mirando —murmuró Lana en secreto, pasmada. Supe enseguida que se refería a mí, y alcé el rostro, nerviosa. Ya estaba prácticamente a unos metros de donde me encontraba y... en efecto, lo hacía intensamente, logrando con ese potente gesto que mi cuerpo despertara. Mis pulmones se hicieron pequeños y mis mejillas se enrojecieron. ¡Diablos! No debería hacer eso, me entraron ganas de mandar todo al demonio y saltar sobre él.

Por un minuto pensé que se acercaría, pero no lo hizo. Tan solo elevó la mano saludándome con una enorme sonrisa dibujada en esos perfectos labios. Respondí con timidez, y él continuó por su camino. Intenté poner atención a lo que escribía. ¿Qué estaba copiando? Observé mi libreta, desorientada. El ambiente se volvió a sentir cargado, no me atreví a encararlos.

—Le... gustas... —escupió Edwin seriamente con voz queda, como si al fin comprendiera todo lo que ocurría. Sentí un sudor recorrer mi cuerpo, mordí mi labio nerviosa.

—Kyana, ¿podrías explicarme lo de ayer? No comprendí muy bien esta parte. —Annie señaló un párrafo de mi cuaderno que no era en absoluto complicado. La miré sonriendo

y ella, en respuesta, me guiñó un ojo. Todos ignoraron el comentario de Edwin y continuaron con lo que hacían como si nada hubiera pasado. Sin embargo, Max y Ray sí me observaban intrigados de vez en cuando. No se la tragaban.

Caminaba hacia mi clase de historia con Emma a un lado, cuando la alerta del móvil sonó. Lo saqué y discretamente lo leí.

«*Me matas, ya quiero verte*».

Esos mensajes me ponían de mil colores.

«*En hora y media... También me gustas*», le contesté.

Mi amiga y yo nos sentamos en los lugares que solíamos.

—Lo que dijo Edwin, me parece que es cierto... —Abrí los ojos como platos. Ella tenía la barbilla sobre sus manos, elevadas por sus codos, y me observaba sonriente, pícara en realidad.

—¿Q-qué dijo? —Fingí demencia intentando sonar inocente. Emma rio dándose cuenta de que sabía perfectamente a qué se refería.

—Lo de Liam. Tú le gustas.

—¿Por qué piensas eso? —logré preguntar, sintiendo mis palmas húmedas.

—Por todo lo que ha estado pasando desde el sábado. Sé que no lo conoces, pero nosotros sí, y... algo le interesa de ti. —Sacudí la cabeza negando firmemente y miré hacia el frente, seria—. Kyana, algo está cambiando en él... ¿Comprendes? —Giré de nuevo mi rostro sin contestar—. Lo que sucedió en la playa... Liam no es así y... tú hablando con él ayer en el corredor... Eso es más que extraño. A veces, en el almuerzo, mira mucho hacia nuestra mesa. Busca algo...

Al parecer, no lo íbamos a poder ocultar por mucho tiempo. No sabía qué era lo mejor a esas alturas. Emma puso una mano sobre mi hombro, guiñándome un ojo—. No te preocupes, son conjeturas. Lo cierto es que no habíamos tenido tanto movimiento desde hacía mucho tiempo... —Sonreí más tranquila al escucharla. En mi caso era igual. Lo único que no podía creer era que yo fuese el motivo.

En mi otra vida, constantemente las separaba, nunca fui un parteaguas. Vivía feliz, tranquila... Ya nada era como solía, ni siquiera yo. Sentía que no podía bajar de ese juego mecánico similar al de las ferias, en los que te subes y, en un segundo, quedas cabeza abajo para luego dar vuelta a una velocidad estrepitosa. Todo era intenso, desconocido. Por primera vez en mi vida, no tenía idea de nada.

Llegué unos minutos antes de las cuatro al edificio de tutorías. Me senté y comencé a repasar lo que le explicaría ese día. La puerta se abrió y entró cerrando tras de sí. No me dio tiempo de hacer nada; dejó caer su mochila, se hincó frente a mí y me besó tomándome por la cintura.

Sus arrebatos me encantaban. Rodeé su cuello respondiéndole deseosa. Sus labios exigían más y más. Me invadió con su lengua y yo lo seguí sin dudar. Un minuto después, se separó sonriendo con los ojos cerrados, como siempre, y recargándose en mi frente.

—Me hiciste mucha falta. —Tomé su rostro entre mis manos. Él abrió los ojos, tenía las pupilas dilatadas.

—Y tú a mí —admití. Sonrió triunfante. No era ni soy muy expresiva, así que al parecer sintió que había logrado avanzar un poco más conmigo al escuchar eso. Besó mi nariz al tiempo que se sentaba. Comenzó a sacar su material, relajado.

—¿Cómo fue tu día?

—Bien. Leí tu mensaje cuando ya había empezado Literatura.

—Lo siento, olvidé decírtelo. Para eso nos citó el entrenador. —Algo cambió en su mirada. Una fugaz tristeza la atravesó, pero enseguida volvió a ser el mismo. Supongo que lo provocó recordar lo del día anterior.

—No pasa nada. ¿Y tu día? —Intenté distraerlo.

—Veamos... Contando con que no pude verte en toda la mañana, pasable. —Me guiñó un ojo y comenzamos a trabajar.

Lucía cansado. Tenía unas leves ojeras y, aunque prestaba atención, era evidente que pensaba en algo diferente a lo que le explicaba. Tenía un brazo descansando en el libro con el lápiz entre sus dedos, y el otro con su barbilla en la palma de su mano, sosteniendo todo su peso en el codo. Mientras yo hablaba él contemplaba mi boca, mis ojos, mi cabello. Anotaba lo que le parecía más importante, pero no decía nada. Faltaba unos minutos para que la tutoría terminara.

—Liam, ¿sucede algo? Te ves fatigado y disperso. —Colocó ambos brazos sobre el libro.

—No dormí muy bien y... el entrenamiento fue duro. —Asentí—. Y también estoy un poco distraído. Pero tú eres la culpable, no puedo dejar de verte. En serio, no tienes ni idea de cómo me gustas. Quisiera memorizarte. —Me ruboricé enseguida. De verdad decía cosas que ponían mi corazón a martillear como un demente. Sin embargo, lo entendía, sentía lo mismo.

—Terminamos. —Cerré el libro con resolución. Dudó.

—¿Segura?...

—Sí, creo que por hoy es suficiente. —Ahora yo fui la que le guiñó un ojo sonriendo. Tomé mis cosas y comencé a guardarlas. Él hizo lo mismo. Ambos bajamos y caminamos hasta el estacionamiento. Me guió hasta su auto y me ayudó a subir como si de una amiga se tratase.

—¿Sabes? Edwin y Emma creen que te gusto —le comenté distraída. Sonrió divertido, mirándome de reojo.

—¿En serio?

—Sí, de hecho, él lo dijo frente a todos.

—Démosle un punto por ser tan observador.

—No bromees —lo regañé un tanto avergonzada—. Creo que comienzan a darse cuenta de que pasa algo. —Giré al exterior arrugando la nariz.

—¡Ey, Kya! No te preocupes, eso es lo que queremos. No es fácil para mí esconder esta necesidad de estar contigo, quisiera que todos lo supieran. Me muero de celos, porque sé que les interesas... —Ya no lo podía negar. Me estaba dando cuenta de que era cierto, por lo menos con algunos.

—Liam, después de lo que ayer me dijiste... —Su expresión volvió a oscurecerse—, veo muy difícil que Max y Ray se lo tomen bien... No sé qué hacer...

Ya había apagado el motor frente a mi casa. Puso una mano sobre mi pierna.

—Kyana, tú no debes hacer nada...

—¿Cómo? No quiero escoger entre tú y ellos. —Bajó la mirada contrariado—. Te escogería a ti... —musité. Sus ojos brillaron, pero no se veía feliz.

—Eso no va a suceder, tú no tienes que sacrificar nada, ya bastante has dejado. Es tiempo, lo sé. Confía... —Asentí intentando sonreír—. Lo haremos poco a poco, está resultando... —Tomó mi barbilla, observó a su alrededor y me besó delicadamente—. Y si todos se enteran abruptamente —abrí mucho los ojos—, también lo solucionaremos. No

es tan complicado.

—Su seguridad me tranquilizó. Reflexioné en sus palabras durante unos segundos.

—De acuerdo. Como dices: debe ser cuestión de tiempo. Ahora creo que tú debes ir a dormir... En serio te ves agotado. —Suspiró asintiendo. Bajé del coche y me acompañó hasta la puerta.

—Kya, hoy tengo una cena en casa, no sé si podré venir. Intentaré escaparme, ¿de acuerdo?

—No es necesario.

—Claro que lo es, quiero estar contigo. —Me perdí en su mirada y asentí atontada por lo que generaban en mi interior esos simples gestos.

Me sentía alucinada, enamorada, más feliz que nunca en toda mi vida a pesar de todo lo que podría venir. Preparé la cena y me subí a hacer mis deberes sin poder tocar bien el suelo de lo ensoñada que me encontraba. Chequeé mis correos electrónicos y vi que Jane me había contestado: en todo el día no me había buscado por el móvil. Parecía feliz y muy sorprendida por la noticia.

Mamá llegó justo cuando pensaba contestarle, así que lo dejé para más tarde.

Estaba en mi recámara cambiando distraída los canales del televisor, cuando escuché el timbre. Supe que era él al instante. No había llamado y pasaban de las ocho treinta.

—Kyana, te buscan —gritó mi madre.

Bajé lo más tranquila que pude y hablando con ella, estaba él. Parecía un actor de Hollywood. Traía un traje color gris oscuro, con una camisa azul celeste que combinaba perfectamente. Supuse que se había quitado la corbata y llevaba un par de botones desabrochados.

—Hola. —Ambos nos miramos embelesados. Mamá decidió desaparecer de nuevo en la cocina. Alargó su mano hasta tocar la mía una vez solos.

—Pensé que no vendrías...

—Imposible... nadie me detendría. —Me dio un pequeño beso. Lo guie hasta el jardín y nos sentamos en uno de los sillones de la terraza—. Me gusta mucho tu casa, es cálida... —Estudiaba todo atento.

A mí también me agradaba, y el jardín era lo mejor. Tenía forma de un gran cuadrado, con árboles y palmeras alrededor, con un asador de piedra hecho especialmente para la casa, ubicado en el lado izquierdo, y una terraza amplia que se encontraba justo saliendo del salón, en la que se hallaban unos sillones de mimbre oscuro con cojines claros muy cómodos.

—Era muy formal, ¿verdad? —Toqué la solapa de su saco. Nos sentamos sobre el mismo sillón. Yo subí los pies y abracé mis rodillas como solía hacer, solo que girada en su dirección. Él se encontraba completamente recargado, y también me miraba.

—Sí, un poco. —Tomó mi mano y se la llevó a la boca—. Pensé que nunca servirían el postre... —sonreí fascinada. Resultaba tremendamente atractivo—. Me ves muy extraño. —Ya tenía la boca seca y las mariposas revoloteaban dentro de mi estómago muy agitadas.

—Es que... luces muy bien —admití sin reparos. Se acercó hasta mi rostro y lentamente me besó. Saboreaba cada pequeño roce, lo hacía sin prisa, disfrutando.

—De haber sabido que el traje tendría esta reacción en ti, lo habría usado antes. —Reí divertida—. Kyana... Cuéntame de tu vida en Los Ángeles. ¿Cómo se llamaban tus

amigos? ¿Qué solías hacer? No sé... todo. —Se puso cómodo esperando a que me animara a hablar.

—No sé por dónde comenzar, Liam. —Acaricié mi rostro sonriendo.

—Por donde tú quieras... —Torcí la boca pensando un segundo. Me agradaba la idea de narrarle mi vida, que supiera más de mí.

—De acuerdo, pero si te aburro me lo dices...

—Lo prometo. —Rio sacudiendo la cabeza. Le relaté todo o por lo menos lo más importante. Fui avanzando etapa por etapa. Prestaba mucha atención, reía o se ponía serio dependiendo de lo que le dijera. Varias veces mis ojos se anegaron: revivir todo era difícil. Él, en respuesta, me besaba una y otra vez apretando mi mano en señal de apoyo. Eso me reconfortaba de inmediato. En medio de la conversación me recargué sobre su pecho y continué. Liam revolvía mi cabello con una mano y, con la otra, rodeaba completamente mi cintura.

—Todo esto debe de haber sido muy duro... —Me enderecé para mirarlo de frente. Asentí.

—No quería mudarme. Todo mi mundo estaba allá, pero ¿sabes? No es tan malo. Cuando este año termine, los veré en la universidad. Queremos ir a la misma. —Su rostro se oscureció. No me dio tiempo de preguntar, porque enseguida volvió a ser él. Colocó una mano sobre mi mejilla observándome. Parecía querer llegar a un lugar en mi interior que ni yo misma conocía.

—Sé que voy a sonar muy egoísta, sé que esto te ha dolido mucho..., pero me alegra que estés aquí a pesar de todo. —Lo abracé de inmediato.

—Ahora a mí también —acepté. De inmediato, nos besamos. Rodeó mi cuerpo con sus largos y fuertes brazos envolviéndome sin problema, mientras yo me aferraba a su cuello enredando mis dedos en su rubio cabello. Como siempre, él puso fin al encuentro. En esa ocasión ya no me sentí extraña, sino muy enamorada. Paseaba en las nubes con tan solo tenerlo cerca. Me recostó nuevamente sobre su pecho dándonos tiempo para recuperarnos poco a poco. Un segundo después cerré los ojos acurrucada ahí, en ese lugar celestial, mágico en realidad.

Llevábamos cuatro días juntos y era como si apenas fueran unas horas o toda una vida. Con Liam todo era muy intenso, nada a medias. Mis sentidos estaban completamente despiertos, las horas sin él eran muy largas.

No tenía idea de qué sucedería... Solo sabía que no importaba con tal de que siguiera a mi lado.

—Siento tanta paz cuando estoy contigo... Y, a la vez, todo dentro de mí es una revolución... —murmuró. Alcancé a sentir su aliento sobre mi cabello.

—Así me siento todo el tiempo. —Me acerqué de nuevo hasta su boca y rocé sus labios tiernamente. Me volví a acurrucar, bostezando.

—Debes descansar, Kya...

—¿Qué hora es? —pregunté distraída.

—Casi las doce... —Me levanté como un resorte. No tenía horario para verlo, pero... seguramente por la hora, mi madre no tardaría en ponerlo. ¡Diablos! Se incorporó detrás de mí, divertido—. Me voy. —Asentí nerviosa. Tomó mi mano y nos dirigimos hasta la entrada—. No te veré al finalizar las clases... —negué mordéndome el labio. Sentía que en cualquier momento mamá bajaría. Me besó instintivamente. Parecía disfrutar mi ansiedad y comenzaba a creer que era una aparte de mí que le atraía—. Te llamaré, ten cerca tu móvil.

—Sí... —Me dio un último abrazo riendo y se fue.

Subí las escaleras nerviosa. Cuando casi pisaba el último peldaño, mi mamá me llamó. ¡Maldición! Cerré los ojos, respiré profundo y caminé hasta su cuarto.

—Acércate, Kyana... —No se veía molesta, pero sabía que algo me diría. Señaló un lugar a su lado en la cama. Me acomodé y esperé—. Kya, es un poco tarde y mañana tienes clases. —Asentí dócilmente—. ¿Te parece bien a las diez treinta? —En realidad no, pero creía que era justo, prefería no estirar la cuerda, para ambas era nuevo todo. Asentí resignada—. Kyana, mírame... —La obedecí. Acomodó tras mi oreja un cabello—. Hija... esto va en serio, ¿no es así? —fruncí el ceño, confundida.

—Creo que sí —admití.

—Mi amor, es tu primera experiencia. Tan solo ve con calma, ¿de acuerdo?

—De acuerdo... —Después de un abrazo y un dulce beso, fui directa a mi habitación, los ojos se me cerraban.

Por la mañana, el sonido de mi celular me despertó. Era Liam.

«Buenos días... este será un día largo, y ya te extraño...».

Sonreí como una tonta y le contesté sin demora.

«Hola, encontraremos la manera... Buen día».

Prendí la regadera y volvió a sonar.

«Me conformaré con un beso...».

«Eso no te lo garantizo...».

Me di una ducha rápida y, para cuando salí, ya tenía otro mensaje.

«Pues te lo robaré...».

Y lo peor era que lo creía capaz. Enrollada en la toalla sentí el ya tan conocido rubor y el revoloteo de mariposas dentro de mí.

«Debes comportarte».

Dejé el móvil sobre mi cama y me vestí riendo. El frío ya comenzaba a ser más fuerte, aunque aún había horas en el día en las que el clima era muy agradable. Así que busqué algo abrigador, no bromoso, para ponerme encima.

De nuevo una alerta de mensaje... Corrí a mi cama como si se tratase de una competencia.

«Lo intentaré, aunque... será muy difícil».

Seguir con eso era inútil. Al final él haría lo que quisiera y yo... no podría negárselo; me encantaba tenerlo cerca.

«Nos vemos en la escuela. Inténtalo, de verdad».

En un minuto ya tenía respuesta

«Veré qué puedo hacer al respecto...».

Desayuné deprisa. Annie llegó unos minutos después.

—Kyana... te ves... animada —señaló Robert en la parte trasera del auto. Con él había hecho una conexión especial, al igual que con Annie y Emma. No es que los demás no me cayeran bien, al contrario, pero parecía que ellos eran un poco más flexibles, y el resto, sobre todo Max, Ray, Billy y Edwin, me hacían sentir que era la manzana de la discordia, y eso no me agradaba del todo. En cuanto a las otras chicas, no me sentía muy afín.

Crucé la puerta de la escuela cuando la alerta de mi móvil sonó.

«Imposible, no podré resistirme... Ni hablar, te robaré un beso, eso seguro».

Me giré discretamente. Sabía que me estaba observando, sentía sus ojos clavados en mí, su presencia. Lo encontré recargado en un árbol a unos metros de donde me hallaba. Levantó la mano saludándome sonriente. Me puse de mil colores mientras Annie y Robert seguían mi mirada. Lo saludé tímidamente.

—Esto es realmente extraño. —Mi amiga me evaluó divertida y desconcertada. Robert asintió.

—Te está mirando, de nue... —No lo dejé terminar porque lo fulminé con los ojos, levantó las manos rindiéndose—. Está bien, no diré más... —Annie se carcajeó al instante.

—Gracias... —refunfuñé.

En Matemáticas, Max y Lana discutían por un trabajo en el que no se podían poner de acuerdo. Me senté a su lado y los observé sin prestarles mucha atención, solo podía pensar en sus labios, en sus manos, en sus ojos... ¡Dios, si seguía así haría combustión! Era tan bochornoso a veces estar enamorada... Al acabar la hora, nos fuimos a la cafetería mientras bromeábamos por alguna tontería. En cuanto Ray me vio, me saludó animoso.

—¡Hola, Kyana! Hoy te ves... muy bien... —Y pasó un brazo por mi hombro acompañándome hasta la mesa. ¡Maldición! De inmediato me sentí incómoda y, por otro lado, no quería ni siquiera voltearme, ya que sabía que en algún lugar del gran comedor Liam nos estaría viendo y no estaría nada contento: yo no lo estaría.

Me zafé en cuanto pude y me senté junto a Emma y Annie.

Ambas me preguntaron algo sobre una serie de televisión que sabían que veía, mientras los demás discutían sobre fútbol. De pronto mi móvil sonó. Sabía que era él, así que me aparté relajada.

«Kya, por favor, escápate y ve a la parte trasera de la escuela, a un lado de la cancha, en el fondo, es seguro. Te espero».

Mis manos sudaron y sentí calientes mis mejillas.

«Liam, por favor, nos pueden ver».

Medio minuto después tuve respuesta.

«No hay nadie ahí nunca, inventa algo. Por favor, Kya...».

Respiré hondo.

«Está bien, ahí te veo en cinco...».

A quién engañaba, yo también me moría por estar a su lado.

«Genial...».

Me senté simulando poner atención a lo que hablaban. Dos minutos después me levanté fingiendo recordar de pronto algo con mi libro en mano.

—Ahora vengo —le dije a Emma. Ella asintió sonriendo y volvió a poner atención en la charla.

Salí a toda prisa y fui hasta donde me indicó. Conforme me acercaba, había menos personas y, cuando por fin llegué, no había nadie. Miré en todas las direcciones y nada, tampoco lo veía por ningún lado. De repente, una flor naranja apareció frente a mí. La tomé sonriendo completamente enamorada. Sus manos me hicieron girar hacia él tomándome por la cintura.

—Liam... —susurré pegada a su rostro.

—Shhh. —Me besó ansioso y tierno. No tengo idea de cómo lo hacía, pero lograba conjugar demasiadas emociones en tan solo un gesto. Una expresión o un roce de sus labios con los míos me hacía sentir el ser más especial del planeta—. Es injusto —declaró

en mi oído, dejando una estela decadente con su aliento. Lo abracé extasiada, absorbiendo su olor.

—¿Qué...? —pregunté, deleitada.

—Que ellos puedan esta tan cerca de ti y yo no... —Al escuchar aquello me separé y coloqué una mano sobre su mejilla. Lo decía en serio, lo pude ver con claridad en sus ojos revolcados.

—No digas eso... Ahora estoy aquí...

—Lo sé, es solo que... me siento muy... posesivo respecto a ti... Ni yo mismo lo comprendo. —Acomodé mis brazos alrededor de su cuello para tenerlo más cerca.

—Te extrañé... —admití.

—Imagínate yo, y además... vestida así. Sentí que iba a saltarte encima en pleno almuerzo. —No iba diferente a lo de diario; sin embargo, no le presté atención, tan solo pude sonreír al pensar en los rostros de todos si algo así sucediera.

—Eres insufrible y... no te atreverías...

—No me retes, créeme que hoy he tenido que hacer un esfuerzo titánico. Ray no te quería soltar y... todavía falta el resto del día —suspiró fastidiado. Acaricié su nuca intentando ignorar lo de mi amigo.

—Liam, es cuestión de tiempo, tú mismo lo dijiste. —Asintió no muy seguro, escondiendo su rostro en mi cabello.

El timbre sonó. Gimió quejándose.

—Vamos, es la hora de Literatura. —Me tomó de la mano instintivamente—. Liam, no podemos entrar así...

—Camina y yo te alcanzo en unos segundos.

—Está bien y... gracias por la flor naranja. Es diferente y me gusta —admití llevándomela a la nariz. Él sonrió complacido.

—Tú eres diferente y me enloqueces, Kya. —Aún no había dado ni un paso cuando jaló mi brazo y me besó rápidamente.

—Lo siento. —Patrañas, en realidad no se sentía culpable. Puse los ojos en blanco y sacudí la cabeza sonriendo mientras me alejaba.

Ya dentro de la escuela apareció de nuevo a mi lado. Mantuve la flor escondida dentro del libro que me acompañó al encuentro. Las miradas curiosas no se hicieron esperar. Me importaba poco, en ese momento solo podía pensar que me fascinaba. Guardé el libro en el casillero y saqué lo que necesitaba. Él me esperó fingiendo estar distraído. Unos segundos después nos encaminamos al salón.

—¿Crees que esta tarde me podrás poner al tanto de lo que vieron ayer? —Me preguntó Liam de pronto. ¡Vaya que era astuto! Al cruzar la puerta, de inmediato me di cuenta de que mis amigos venían justo detrás de nosotros y, obviamente, escuchaban con suma atención lo que decía.

—Sí... no hay problema...

—De acuerdo, gracias. Esa fue la condición que el profesor puso para poder faltar —aclaró de manera casual, con desgarbo, como solía. No supe si era cierto, pero asentí. ¿Qué más daba? Lo tendría un día más sin restricción. Nos separamos una vez dentro, y me dirigí a mi lugar de costumbre, al igual que los chicos. Max y Ray me miraban confusos, mientras el primero se sentaba junto a mí. Me mordí el labio, sabía que Liam nos estaría observando.

—No te vimos en la cafetería. —Era una especie de reclamo suspicaz. Fruncí el ceño.

—Tuve que ir a buscar unas cosas a la biblioteca.

—¿Y... Liam? —Resoplé frustrada. Me desesperaba esa situación y no me gustaba nada mentir, pero... no iba a perder todo lo que había ganado.

—Liam, ¿qué?...

—Venía a tu lado.

—Sí, lo encontré en mi casillero. —Me encogí de hombros como si eso fuese la cosa más normal del mundo y abrí mi libreta.

—¿En tu casillero? —preguntó sin creerlo. Lo miré torciendo la boca.

—Sí, justo ahí. ¿Ya terminó tu interrogatorio? —Soné dura, pues me encontraba un poco molesta. El que fuera su amiga no le daba derecho a cuestionarme todo, ¿no? Pestañeó varias veces y enseguida suavizó el tono.

—Lo siento... Es solo que su actitud me parece muy extraña... No sé qué está planeando, y no quiero que te lastime. —Le sonreí más relajada. Entendía que para él era muy difícil comprender las cosas. Tenía un concepto de Liam que no podía refutar... Se lo había ganado a pulso y me quería proteger. Eso se lo agradecía.

—No te preocupes, Max. Te entiendo y te lo agradezco, pero estaré bien. —Torció la boca inseguro.

—Eso espero...

Durante la clase sentí su mirada sobre mí. Lucía... desesperado. Movía su cuerpo constantemente, no encontraba su lugar. Lo vi de reojo, y algunas veces me atreví a hacerlo directamente. Se daba cuenta, por lo que torcía el gesto en algo que pretendía querer ser una sonrisa. Prefería verlo enojado que así. Su actitud me provocaba unas ganas tremendas de cruzar el salón y abrazarlo. Kellan también miró a mi dirección varias veces. Tenía la misma postura que Max conmigo: no comprendía nada. Intenté ignorar lo más que pude todo el entorno. Para mi fortuna, mi amigo permaneció muy atento a la clase, y no cruzamos prácticamente palabra el resto de la hora.

Inglés fue mi siguiente materia, así que cuando salimos me dirigí directamente hacia allá. La odiaba: reglas gramaticales y todas esas cosas no eran lo mío. Como si eso fuera poco, «las divas», como las apodé en mi cabeza, se pasaban la clase mirando a los demás como si fueran bichos e intentando dejar en ridículo a quien pudieran. Y lo peor de todo era que el profesor no decía nada, continuaba con su aburrida clase. Varias veces sentí que me miraban a mí con especial desprecio. No sabía quiénes eran, tendría que preguntárselo a uno de los chicos.

En cuanto entré, ese trío de cacatúas me aventó una diminuta bola de papel. Me giré y las encaré. Dos de ellas se burlaban entre sí, tres más me desafiaban con la mirada y el resto reía cínicamente. Resoplé hastiada y me dirigí hasta el asiento más alejado. En ese momento caí en la cuenta de que así fue mi novio... Algo molesto oprimió mi estómago y mi pecho. Humillar a las personas porque sí, para sentirse más fuerte era... insultante. Por otro lado, no quería más problemas. Desde el lunes no veía a Roger, pero sabía que era cuestión de tiempo.

Terminando la clase salí deprisa. Ray me esperaba a un lado de la puerta. Lo vi con alivio, aunque extrañada a decir verdad.

—Ey. —Caminamos juntos por los corredores rumbo al jardín donde estaban los demás.

—Kyana, espera... —Me detuve sonriendo—. Sé que el lunes te hice sentir incómoda con la invitación, solo quería decirte que... no era mi intención. Bueno, tú... ya sabes...

me gustas. —Lo miré atónita. Ya estábamos a unos metros de nuestros amigos que, por supuesto, nos observaban curiosos. ¡Diablos!

—Ray...

—No digas nada, por favor. Entiendo que por ahora no... sientes lo mismo. Solo quería que lo supieras... —Tenía la mirada gacha y se hallaba muy nervioso. Sentí pena por él—. Kyana... nuestra amistad no va a cambiar por esto, ¿de acuerdo? —Asentí sin poder articular palabra. ¿Por qué yo, por qué a mí?—. Todo seguirá como hasta ahora, te lo prometo.

—Yo, l-lo siento, Ray —susurré apenada. Colocó una mano sobre mi hombro amistosamente.

—No te preocupes, estas cosas pasan, no es tu culpa. —Un segundo después ya se dirigía al sitio donde se encontraban el resto de mis amigos. Lo primero que vi fue la expresión triste de Emma; sabía lo que había sucedido. Sentí un nudo en la garganta y la seguí. Me senté al lado de ella colocando una mano sobre su pierna, sonriendo algo culpable. Ella intentó regresarme el gesto, pero no lo logró del todo.

—Te lo dije, ¿verdad? —Acepté con una leve inclinación de cabeza. Me sentía avergonzada.

—A ti, te... gusta Ray, ¿no es así? —Asintió sin ni siquiera disimular—. Qué idiota... —musité sin querer. Emma me miró divertida—. Lo siento, es solo que... Pienso que vales mucho la pena, no sé qué espera. —Era cierto; era genial.

—Gracias, Kyana. Créeme que tú también. Es por eso por lo que has puesto a todos de cabeza...

—No... estás molesta, ¿cierto? —Me preocupaba que se alejara por lo que acababa de pasar.

—Claro que no, esas cosas pasan...

Atletismo fue exhaustivo, pero ya comenzaba a habituarme. En Historia, Emma y yo presentamos un trabajo que teníamos en común. Al salir, Annie y Robert me esperaban para irnos juntos. No había vuelto a ver a Liam, ni tampoco sabía nada de él.

Al llegar a casa les di las gracias como solía, y me bajé alegre. Entré y me dirigí a la cocina para decidir qué haría de cenar. El timbre sonó y, sin preguntar, abrí. Supuse que eran ellos y que olvidaron decirme algo.

Error, era Liam. Su expresión me dejó muda. Un cúmulo de sentimientos proyectaba y yo no lograba dar con uno que lo definiera.

—Hola...

Entró sin decir nada cerrando la puerta tras él. Me miraba muy extraño, por lo que seguí en silencio. Sus ojos me estudiaban buscando algo que no comprendí. De pronto, alargó su mano y acarició melancólico mi mejilla. ¿Qué le sucedía? Tomó aire y posó sus hermosos ojos sobre los míos de una forma única, fuerte, cargada de potencia. Mis palmas sudaron, sentí de inmediato la saliva espesa.

—Kya, no sé cómo sucedió, pero... tienes que saber algo: yo... te quiero... —Abrí los ojos como platos ante esas asombrosas palabras. Las mariposas dentro de mí comenzaron a hacer su trabajo, solo que esta vez sentía que no me dejaban ni respirar, pues revoloteaban frenéticas por todo mi ser—. Sé que... puede sonar muy prematuro, pero... es la verdad; te quiero, ya no puedo negarlo. —Me acerqué a él sin dudarle y lo abracé. Dejó salir un largo suspiro de alivio y me rodeó posesivamente. Permanecimos así un rato.

—Liam... —musité contra su pecho cuando al fin el habla regresó. Me sentía tan segura así; envuelta en su olor, recargada en su amplio torso y a la vez tan perpleja, asustada.

—No digas nada, no ahora, solo quería que lo supieras... Yo esperaré... —Las palabras se agolpaban en mi boca sin poder pronunciarlas. También lo «quería», lo que sentía no podía ser otra cosa, pero... algo me detenía, miedo, supongo.

Un segundo después pegó con ligereza sus labios a los míos. Su roce era tierno, dulce. Me demostraba con ello lo que acababa de decir, pues acariciaba de manera sin igual mi boca. Su lengua me probaba con suavidad, su aliento se mezclaba con el mío de forma decadente. Respondí deseando transmitir por lo menos de esa manera lo que en mi interior había. Cuando se separó, sonreía mostrándome sus perfectos dientes.

—¿Estás segura de que no eres un sueño? —No contesté, solo arrugué la frente sacudiendo la cabeza. Todavía mis pulmones no funcionaban del todo bien, siempre me ocurría con él—. Jamás imaginé sentir algo como lo que tú me haces sentir, Kya. Sé que lucharé por ti, siempre, te lo juro. —Y me volvió a besar. Era como estar en un mundo desconocido y hermoso. Con él todo era fácil, relajado y perfecto. Nuestros labios se separaron y él apoyó su frente sobre la mía, como solía hacer, mientras mi pulso iba a toda máquina y mis mejillas las percibía sonrojadas. ¡Dios, me fascinaba!

—Tengo que irme, hay entrenamiento. —Me separé un poco, frunciendo el ceño. ¿De nuevo?

—Pero... ¿no entrenaron hace un rato? —Me di cuenta, justo en ese momento, de que no confiaba por completo. ¿Y cómo hacerlo? Todo lo que me dijeron sobre él y los demás a veces hacía mella en mí. Eran demasiadas cosas y no podía dejarlas de lado así sin más, por mucho que lo idolatrara. Sonrió despreocupado.

—Sí, ya va a comenzar la temporada y debemos mejorar nuestra forma física. Así es siempre. —Sujetaba uno de mis mechones enrollándolo en su dedo.

—¿Y nos veremos hoy?

—Claro, salgo a las ocho... —Estudió mi cabello encadenado a su mano, parecía que eso le robaba toda la atención.

—Por cierto, mamá ya puso un límite de tiempo ayer. —Me miró tranquilamente un segundo y enseguida continuó muy concentrado con lo que hacía.

—¿Ah, sí? Lo supuse, era lógico. ¿Cuál es ese límite? —A diferencia de cómo llegó, era otro; en serio parecía que se había quitado un peso de encima.

—Diez treinta. —Torció la boca asintiendo.

—Ninguna hora va a ser suficiente para mí, así que...

—¿Es verdad lo que me dijiste en Literatura? —Parpadeó sin recordarlo, parecía no entender de qué hablaba—. Que te explique lo que vimos ayer...

—¡Ah! Sí. El profesor Johnson quiere hacerme la vida imposible... —Sonreí poniendo los ojos en blanco. Era imposible.

—¿Entonces? —Arrugó la nariz, rascándose el cabello dudoso.

—Pues... —En serio tampoco ponía nada de su parte. Me puse de puntillas e hice que se agachara con mis manos enroscadas en su nuca.

—Trae tus cosas... Te lo explicaré en la noche... —ordené fingiendo severidad.

—Pero... —Negué firmemente.

—Nada. No quiero que esto nos afecte en las notas, ya te lo había dicho, así que... — Era evidente que la idea no le atraía en lo absoluto; sin embargo, no estaba dispuesta a dejarlo ganar—. ¿Liam? —Lo reté enarcando una ceja.

—Está bien, pero podré besarte, ¿cierto? Si no, creo que no lo lograré. —Asentí solemnemente, rozando sus labios. Era un chantajista, pero no me importó. A mí también me encantaba tenerlo sobre mi piel—. De acuerdo. ¡Dios! Es increíble lo que me haces hacer, Kyana. —Sonreí triunfante—. Debo irme, deben de estar esperándome... — Me dio un beso fugaz, acarició mi mejilla y desapareció.

Cuando llegó más tarde, yo ya había adelantado mucho. Iba recién bañado y su aroma inundó mis pulmones. Le di un beso de bienvenida una vez que estuvo dentro de la casa, y lo guie hasta la sala donde tenía extendidas mis cosas. Se sentó a mi lado en el piso y comenzó a sacar lo que necesitaba de su mochila. Justo antes de que llamara a la puerta, intentaba resolver una ecuación desde hacía un rato y no lo lograba. La observó unos segundos, arrastró mi cuaderno hacia él, lo leyó un momento, lo puso de nuevo frente a mí y comenzó a explicarme como si fuera la cosa más sencilla del mundo. Para mi asombro, era muy bueno en matemáticas, y pude contestar todo gracias a su ayuda. Cuando terminamos, fue mi turno.

De vez en cuando me robaba un beso y continuábamos. Al acabar, me ayudó a guardar todo y me recargó sobre su pecho. Acomodó su cabeza en el asiento del sillón cerrando los ojos.

—Kya...

—Mmm. —Yo trazaba con un dedo el símbolo que tenía estampada su sudadera. Adoraba la sensación de sus enormes pulmones bajando y subiendo.

—Ray... insistió, ¿no es cierto? —Enseguida me tensé y dejé de hacer lo que hacía con mi mano—. Vi que te decía algo y... tu rostro te delató.

—Liam, yo... —Tomó mi barbilla acercándola a su rostro.

—No pasa nada, te juro que los entiendo... No saben que estamos juntos.

—No sé qué decirte... —Mis mejillas estaban completamente ruborizadas. Mordí mi labio, dejó de mirarme a los ojos y me besó con ansiedad.

—Sé que no tienes ningún interés en ellos. También sé que... si no es él, alguien más insistirá y eso me pone... celoso. No lo puedo evitar.

—No tienes porqué...

—Lo sé, te lo juro. Eso no cambia el hecho de que me sienta impotente...

—Lo siento. —Negó cariñosamente.

—Es algo que tendré que aprender a controlar... Ya te lo dije, ¿quién te manda ser tan irresistible? —Me ruboricé enseguida, sonriendo al tiempo que le daba un pequeño empujón.

—Ya, en serio, no quiero ocasionar más problemas entre ustedes...

—No lo harás. Si ellos no cruzan la línea y se comportan como hasta ahora, yo me mantendré igual. ¿De acuerdo? —Su respuesta no me convenció del todo. Sin embargo, poniendo las cosas al revés, sabía que también para mí sería muy difícil. Asentí y me volví a acomodar en ese sitio sin igual.

Habló sobre su entrenamiento. La temporada comenzaría en quince días. Me explicó un poco cómo se jugaba e intenté tomar nota mental de cada cosa. Eso era nuevo para mí, así que la verdad es que me costó un poco retener todos los términos que empleaba.

La hora de separarnos llegó demasiado rápido. Lo acompañé hasta la puerta y nos despedimos a regañadientes, deseábamos más tiempo para estar juntos.

La mañana siguiente fue más fácil. Me mandó varios mensajes durante el día. En Literatura me saludó sonriente desde su lugar. Mis amigos comenzaban a acostumbrarse. No me decían nada, ni tampoco preguntaron si Liam fue a mi casa el día anterior.

Para el segundo receso ya estaba muy ansiosa por verlo. La clase de Inglés fue tan horrible como siempre. Historia logró hacerme sentir de nuevo mejor. Al terminar corrí prácticamente hasta el edificio de asesorías. Ya estaba ahí. Me recibió como solía hacer y trabajamos sobre la materia por la cual nos conocimos. Más tarde me llevó a casa y a las ocho regresó. Me ayudó de nuevo con Matemáticas. Cuando acabamos, mamá bajó y comenzamos a conversar casualmente.

Me sentía muy feliz. Él a mi lado, acariciándome la mano y mi madre hablando ahí, fluidamente. ¿Qué podía ser mejor que eso? Poco antes de las diez desapareció dejándonos espacio.

Comenzaba a conocerlo más, y debo admitir que no había nada que me disgustara de él, al contrario, era demasiado perfecto. Su forma de tocarme, de mirarme, sus manos alrededor de mí, su aliento sobre mi cabello... lo que me decía... sus mensajes... Me tenía en una nube, era como un sueño, «mi» sueño.

Capítulo VI

AvaNzaNdo

Viernes: la semana había pasado volando gracias a él. Parecía tan poco y tanto tiempo a la vez... Apenas llevábamos seis días juntos. En realidad no era nada; sin embargo, sentía como si hubiera estado a su lado toda la vida. No entendía cómo había podido vivir sin conocerlo, ahora ya no podía concebir un mundo sin sus besos y caricias.

Ese día me volví a escapar de mis amigos, esta vez en el segundo receso, y fui a su encuentro en aquel lugar del miércoles. Nos besamos, nos acariciamos, nos miramos embelesados; eso era lo único que deseábamos hacer. Para regresar a la escuela hicimos lo mismo que la anterior ocasión. Era emocionante y a la vez desesperante el hecho de que nadie supiera. Lo cierto es que teníamos nuestro propio mundo en el cual nadie entraba porque nadie sabía de su existencia. Eso lograba que nuestros encuentros fueran intensos y únicos.

Historia ya había terminado y Annie me esperaba fuera con los otros chicos. Acomodaba mis cosas alegremente, cuando un golpe sordo en mi casillero me asustó. Alcancé a quitar las manos, de no haberlo hecho, me hubiera roto por lo menos otro par de dedos.

—Hola, «mexicanita». —¡No! ¡No de nuevo! ¡Maldición! Miré a ambos lados del corredor, no había nadie dentro de la escuela. Bufé frustrada. Se hallaba recargado en otro casillero muy cerca de mí, mirándome amenazante. Intenté abrir de nuevo mi *locker* con la intención de ignorarlo. Antes de que lo lograra, me detuvo atorando la puerta con su mano. ¡No otra vez!—. No acabes con mi paciencia, te lo advierto, es muy poca... —Tenía ganas de salir corriendo, pero no lo hice. Me enfrenté a él enarcando una ceja mientras cruzaba los brazos sobre mi pecho, intentando parecer indiferente.

—¿Qué quieres?

—De verdad que tienes agallas... —Me analizó de arriba abajo como quien evalúa a un rival en plena batalla—. Pero no juegues con fuego... ahora no hay nadie que te defienda...

—Si piensas romperme la mano, hazlo, no tengo tu tiempo... —Se carcajeó ruidosamente. Realmente me asustaba, no entendía por qué tanto odio.

—Ganas no me faltan, lo cierto es que preferiría otra cosa. —Su tono me alertó y antes de que pudiera retroceder, alargó su fuerte brazo y apretó mi cintura pegándome a él. Sus labios estaban a un centímetro de los míos. Intenté zafarme desesperada, quería poner distancia entre los dos, pero era imposible. Su tamaño era similar al de Liam: tipos muy altos, fuertes, y que de un apretón podían romperme una costilla si lo deseaban.

—¡Suéltame! —exigí con la quijada apretada, volteando mi rostro. Me sentía muerta de miedo, sus ojos me decían con claridad lo que tenía en mente. Intenté darle un puntapié, pero no lograba ni siquiera mover las piernas por la posición en la que me tenía.

—¿Qué hay entre tú y Liam? —me preguntó casi rozando mis labios. Su aliento estaba casi dentro de mí. Sentí unas náuseas tremendas y continué forcejeando irritada. Al ver que no contestaba, me zangoloteó exigiendo una respuesta—. ¡Dime! ¡Dímelo, con una mierda!... —rugió sobre mi boca. De pronto, pegó sus labios a los míos con violencia y se separó sin soltarme. Sentí ganas de llorar, de golpearlo, de limpiarme de inmediato. Sonrió triunfante para un segundo después lamerse los labios con prepotencia.

—¿Qué diablos pasa contigo?! Estás enfermo, no hay nada. ¡Déjame! Me estás lastimando y además eres un asqueroso, no vuelvas a tocarme —logré decir con voz temblorosa. Me soltó con un pequeño aventón que me hizo trastabillar al tiempo que me limpiaba la zona donde había dejado su aliento.

—Escúchame muy bien: más te vale que te alejes de él y de cualquiera de nosotros, ¿comprendes?... No quiero volver a repetírtelo. Eres apetecible, bastante, pero jamás me rebajaría por muchas ganas que te tenga, y te advierto que la próxima vez no seré tan... «educado» y olvidaré mis prejuicios. Y diles a tus «amiguitos» que si todo esto es una estrategia, verán mierda, porque no lograrán lo que se proponen, nadie pasa sobre nosotros. ¿Está claro? —amenazó furioso de nuevo muy cerca de mí. ¿Qué le pasaba?! Una sensación molesta recorrió mi torrente sanguíneo. Los nervios me hicieron su presa y no lograba moverme.

—No sé de qué estás hablando... —intenté sonar muy segura, pero mi voz se quebró. Tenía miedo, su mirada estaba desorbitada, parecía no pensar con claridad.

—Espero que digas la verdad... si no es así...

—Si no es así, ¡¿qué?! —No vi cuando Max y Ray entraron. Solté el aire contenido. Se acercaron furiosos ubicándose a mi lado. En ese momento, regresó mi alma al cuerpo—. No te acerques a ella, ¿entendiste? Te juro que si lo haces de nuevo te arrepentirás. En serio estás perdiendo la cabeza, tantos golpes no te han sentado bien. —Ambos estaban ahora frente a mí a unos centímetros de él. Continué limpiando mis labios sin dejar de observarlo con rencor y asco.

—¡Pero si aquí están los superhéroes! ¡Dios, estoy temblando! —se burló—. No sé qué les ha dado esta «niñita», y me importa un carajo... —movió el rostro para clavar sus odiosos ojos sobre los míos, al tiempo que me amenazaba con un dedo—. Ya escuchaste.

—¡Lárgate! —rugió Max. El gorila patán, o mejor dicho, desquiciado, subió las manos en señal de rendición, carcajeándose.

—Está bien, ahí se la dejo, disfrútenla rápido, porque hay fila. —¡Tarado! Se dio la vuelta y desapareció tranquilamente. Lo observé alejarse, respiré profundo todavía

temblando y pasándome otra vez el antebrazo por la boca. Tenía ganas de devolver, de lavarme con un desinfectante.

—¿Estás bien? —Asentí intentando tragar saliva. Las cosas con él estaban llegando demasiado lejos—. ¿Qué te dijo? ¿Por qué te amenazaba? —Me miraban preocupados.

—Yo no-no lo sé —¿Qué se supone que debía decirles? Odié, literalmente odié, haberme metido en esa situación. Todo se enredaba por mi culpa, por no decir la verdad, por temer perderlos.

Max rodeó mis hombros y me guio afuera.

—¡Es increíble! —Ray estaba rojo de la furia, apretando los puños con impotencia—. ¿No se cansan? —preguntaba a Max, ignorándome por un segundo.

—Sabes que no, así son. Pero lo de ese imbécil ya es terquedad. —Entendí de inmediato que se refería también a mi novio. Bajé la mirada sin poder defenderlo. De pronto los dos me observaron.

—Kyana, a lo mejor deberías dejar de darle tutorías a Liam... Esto no va a terminar bien... créeme. —Max estaba frente a mí, tomándome por los hombros y buscando mis ojos. Lo cierto es que lo único que quería era estar sola, no que me estuviera diciendo aquello.

—¿Qué pasa? —Se acercaron Annie y Robert. Al verme, se colocaron a mi lado. Intenté sonreír, pero los labios no respondían.

—Le estamos diciendo que esas asesorías a Liam pueden traerle problemas —anunció Max. Robert lo observó confuso. Ambos me estaban esperando para irnos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Roger no la deja en paz...

—Es un mandril. No le puede hacer nada —argumentó Robert con firmeza. Max tomó mi mano y le mostró mi dedo aún en recuperación.

—¿Nada? Ya no estoy tan seguro. Si quieren mi opinión, está fuera de control.

—¿Te hizo algo Roger de nuevo? —dedujo Annie preocupada.

—No... —mentí. Ray me interrumpió.

—Porque llegamos nosotros.

—Piénsalo, Kyana, no los conoces. Es por tu bien. —Max lo decía en serio, pero eso era lo último que haría. Al pensar de nuevo en él, ojeé a mi alrededor. Gracias al cielo no lo vi aunque sabía que eso no garantizaba nada; siempre se las arreglaba para observarme sin que me diera cuenta.

—Bueno, basta, la voy a llevar a su casa. Esto no debió de ser nada agradable. —Annie rodeó mis hombros mirándolos severamente; clara señal de que quería que se callaran.

—Tienes razón, mañana nos llamamos... —Asentí sin pensar y los tres nos alejamos. Ya en el auto Robert fue el primero que habló.

—No tienes que hacer nada que no quieras... lo dicen porque se preocupan.

—Lo sé.

—Además, Liam no va a permitir que pase nada, ¿no es así? —Me giré de inmediato y lo miré con los ojos bien abiertos—. No te espantes, es obvio que a Liam le caes particularmente bien. —Annie asintió concentrada en el camino. ¿Qué podría decir ante lo que él decía? Nada. La predilección de Liam hacia mí era tan notoria que lo que argumentara estaría de más—. Es solo que ellos no lo entienden, ciertamente es extraño...

—Y no lo has visto en Literatura... —silbó Annie.

—Kyana, no lo conoces. Él... no se toma nada en serio... —Robert ahora parecía algo tenso. Ahí iba todo de nuevo. ¡No, por favor!

—Bueno, el fútbol sí... —admitió Annie mientras apagaba el auto frente a mi casa, con un dejo de sarcasmo.

—De acuerdo, solo eso —admitió Robert—. No quiero alterarte más, pero ten cuidado, no confíes demasiado, es todo...

—Quería gritarles que se callaran, no soportaba que hablaran así de Liam; sin embargo, no podía decirles lo que él me había confiado sin delatarnos. Era como vivir dos vidas y una no era en absoluto compatible con la otra. Lo cierto es que me daba terror que al final tuvieran razón. Robert sujetó una de mis manos apretándola tiernamente—. Sé que no tienes idea de lo que hablamos, no llevas ni un mes aquí, pero ya estamos muy encariñados contigo y tenemos la obligación de advertirte. —Intenté sonreír, pero no pude.

—Gracias, Robert, lo tendré en cuenta. Los veo después... —Salí del auto y me dirigí a casa sintiendo nuevamente esa angustia en mi pecho, necesitaba ver a Liam.

Fui directa a mi habitación y me recosté cerrando fuertemente los ojos. Ya no quería pensar... tenía ganas de desaparecer. Las cosas con ese chico se estaban saliendo de proporción. ¿Cómo le diría a Liam lo que sucedió? Se pondría furioso. ¡Maldición! ¿Por qué me había metido en ese lío? Todo iba tan bien antes de todo eso... De pronto, sin más, sus labios sobre los míos inundaron mis pensamientos, sus manos acariciando de esa dulce manera mi mejilla, sus ojos perdidos en los míos, su aliento consumiendo el mío, sus narcóticas palabras despertando a todas las mariposas que no sabía que existían dentro de mí. Esa era la razón. ¡Dios! Esperaba estar haciendo lo correcto y no dirigirme por mi propio pie a un gran problema.

—Kya... hija... —Escuché que mi madre me hablaba a lo lejos. No fui consciente de en qué momento el sueño me venció, por lo que desperté desorientada. Ya era de noche. Se hallaba a mi lado moviéndome tiernamente—. Llevas mucho tiempo dormida. ¿Todo bien? —Estaba preocupada. Me senté y asentí frotándome los ojos.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y media... — ¡Guau! Más de tres horas desconectada del mundo. Me levanté de inmediato.

—Mamá, la cena... —Sujetó mi brazo e hizo que me sentara a su lado sonriendo.

—No te preocupes, ya la hice yo. Intenté esperarte, pero estabas profundamente dormida... Te dejé un plato servido.

—Lo siento, creo que estaba muy cansada.

—Me di cuenta. Ahora te aconsejo que eches agua a esa carita tuya porque Liam está abajo... Además, voy a salir con Ralph a tomar una copa, ¿de acuerdo? —Al escucharla sonreí asintiendo contenta.

Me lavé el rostro, pues aún tenía la almohada marcada, y me arreglé un poco el cabello, que había quedado aplanado por tanto tiempo recostada. Unos minutos después bajé. Lo busqué con la mirada. Estaba sentado en un sillón de espaldas a mí. Tenía el rostro hundido entre sus manos.

Me acerqué alegre de verlo.

—Liam —lo llamé sonriente. Se levantó enseguida al escucharme. Me miró de forma extraña y enseguida me abrazó ansioso.

—Kyana, estaba muy preocupado. —Aspiré su aroma relajada. Junto a él todo parecía insignificante. Besaba mi cabeza una y otra vez mientras yo rodeaba su cuerpo deleitada.

Unos segundos después me separé lo indispensable. No le diría lo que ocurrió con ese tarado, no hacía falta. Definitivamente no sería quien generaría más conflictos, ya no.

—Me quedé dormida, lo siento. —Cerró los ojos un segundo. Al abrirlos suspiró acomodando un cabello rebelde tras mi oreja.

—No sabía nada de ti...

—Lo siento... Aquí estuve. —Se acercó perforándome con la mirada lentamente hasta que rozó mis labios.

—Perdóname tú a mí, creo que soy un poco... exagerado cuando se trata de ti. Es solo que te busqué y no daba contigo. —Parecía apenado, así que acaricié su melena rubia, que tapaba su frente.

—No pasa nada, ya estás aquí. Eso es lo que importa y yo estoy indemne. —Sonrió asintiendo—. ¿Ya cenaste? —Mi estómago comenzaba a exigir alimento. Negó—. Ven, vamos a ver qué hay... —Algo me iba a decir cuando mi madre apareció.

—Chicos, los dejo. Regreso temprano, pórtense bien... —nos pidió mientras verificaba llevar todo en su bolso.

—Claro que sí, Irina. —Mamá me dio un beso, luego a Liam y salió rápidamente. La observé irse. Se arregló con esmero, cosa que no pasó para nada desapercibida, así que cuando desapareció solté la risa—. ¿Qué me perdí?

—Nada. —Tomé su mano y lo quise llevar hasta la cocina.

—Espera... —Me detuvo por la muñeca. Arrugué la frente—. Sé lo que pasó en la escuela... —Abrí los ojos sin saber qué decir. Recargó su cadera en el respaldo de un sillón y me arrastró hasta tenerme frente a él tomándome por la cintura. No estaba molesto, parecía triste—. Kyana, quiero que confíes en mí. Max y Ray me vieron salir y se acercaron para reclamarme. ¿Qué quería Roger?... —Bajé la vista desconcertada. Eso no estaba en mis planes. Con su dedo índice elevó mi barbilla para que lo viera—. ¿Te lastimó? —Ahora sí parecía molesto; negué enseguida—. ¿Entonces?

—Liam, está mal, cree que hay algo entre nosotros. Bueno, en eso no está equivocado, pero a él qué más le da. Piensa que es un plan de mis amigos para fastidiarlos... —Mordí mi labio esperando su reacción. Me miró por un instante y luego sonrió tranquilo.

—Ven... —Me rodeó con sus brazos—. Kya, no importa lo que suceda, necesito saberlo. No quiero que cargues con todo sola, estamos juntos. En serio me preocupé mucho... Vine... te llamé... nada... Confía en mí, no haré nada estúpido, ni algo que empeore las cosas, te lo juro. Solo quiero evitarte este tipo de situaciones... —Asentí recargada en su hombro—. Max y Ray estaban furiosos, no sabes cómo me alivia saber que llegaron para defenderte. Roger pierde la cabeza con mucha facilidad.

—Estaban muy enojados. Creen que es por lo de las asesorías, me aconsejaron dejarlas...

—¿Y qué les respondiste? —Sentí cómo su cuerpo se tensaba bajo el mío.

—Que no, no pienso alejarme de ti, ni por ellos, ni por nadie... —Se separó mirándome con un brillo muy especial.

—¿En serio?

—Sí, Liam, aunque lo que pasó me asustó porque ya sabes... Roger es un poco... agresivo... —Frunció el ceño al escucharme, interrumpiéndome.

—Te hizo algo, ¿verdad?

—No, solo me amenazó, no quiere verme junto a ti. —Decirle solo esa parte era lo mejor. Él sonrió de nuevo.

—Pues se quedará con las ganas, ni en un millón de años te dejaré. —Acercó mis labios hasta los suyos acariciando mi rostro—. ¿Por eso te desconectaste de todo?

—No. Bueno, creo que sí... La verdad es que tenía mucho sueño, me sentía agotada — admití ruborizada.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. Ahora contigo aquí, definitivamente sí. —Lo abracé cerrando mis ojos y con una sonrisa amplia en el rostro. Era cierto, ya no me preocupaba todo lo que me preocupó hacía unas horas. Lo único que interesaba era tenerlo cerca.

—¡Dios! ¿Qué me diste, Kyana? —murmuró contra mi cabeza mientras la besaba—. No me volverás a ocultar nada, ¿verdad? —Negué de nuevo sin verlo. Tenía razón, debía confiar en él y me sentía mucho mejor una vez que lo supo «casi» todo—. Entonces cenemos, yo también tengo hambre —aceptó divertido al escuchar mi estómago torcer una tripa. Sonreí relajada, bastante animada.

Para nuestra suerte, mamá preparó suficiente. En lo que yo calenté la comida, él intentó poner lo necesario en la barra que daba al comedor, preguntándome el paradero de cada cosa.

Cenamos uno frente al otro conversando sobre cosas sin importancia. Al terminar, recogimos todo y nos fuimos a la sala.

—Kya... estaba pensando, ya que no podemos andar por ahora libremente por aquí, ¿quieres conocer George Town? Está a cuarenta minutos. Te va a gustar y... podemos caminar sin que nadie nos vea.

—Sí, me encantaría. —La idea sonó maravillosa.

—¡Hecho! Mañana paso a por ti a mediodía, ¿te parece? —Sonreí al ver su emoción.

—Sí. Y hoy... ¿qué quieres hacer? —No tenía experiencia sobre qué se hacía con un novio, menos un viernes por la noche y, más aún, sin poder salir de ahí. Ya sé, ingenua, pero era verdad. Solía estar con mis amigos, salíamos a cualquier sitio y hacíamos alguna tontería. Con él, con él era distinto: todo lo era en realidad.

—Esto. —Y me besó. Sonreí contra sus labios.

—Ya, en serio. —Me perturbaba estar a solas con él. Ya no confiaba en mi cuerpo, se estaba volviendo un experto en la traición a mi conciencia.

—¿Tienes fotografías de tus amigos? —preguntó comprendiendo mi nerviosismo.

—Montones...

—Me gustaría verlas, no te imagino de pequeña. —Arrugué la nariz no muy de acuerdo con mostrárselas. Ya saben: coletas, *brackets*, caras de llanto—. Por favor... —suplicó mirándome con sus ojos más grises en ese momento. No tuve más remedio.

—E-están arriba —tartamudeé. Tomó mi rostro y me miró serio.

—Kya, no tengas miedo de mí, no vamos a hacer nada estúpido. Contigo quiero hacer las cosas bien. Tú marcarás el paso, ¿de acuerdo? —Asentí. Enseguida sujeté su mano para guiarlo hasta mi habitación, más relajada. No sabía en realidad cuál era «mi paso», y menos cuando me tocaba y me besaba cómo lo hacía, pues en esos momentos solo deseaba tenerlo aún más cerca. Decidí que no importaba; junto a él, nada importaba. Sabía, de alguna forma, que todo ocurriría cuando debiera suceder, sin presiones, ni nada, solo porque lo queríamos.

De pie en el marco de mi puerta observó todo minuciosamente. Yo entré sin esperarlo y doblé la cobija que mi madre me había echado encima. Abrí mi armario y saqué unas cajas.

—Te ayudo. —Me las quitó y las colocó sobre mi escritorio—. Cuántos libros... —silbó parado frente a mi guardarropa, revisándolo sin tocar nada. Sentí que un rubor me invadía. El único chico que había llegado hasta mi recámara alguna vez había sido Raúl, y había crecido con él, así que tener a Liam ahí... era irreal.

—Me gusta leer —intenté justificarme.

—Ya veo y... tienes un montón de música...

—Liam... —lo llamé ansiosa. Me sentía desnuda ante él. Giró y se acercó a mí enseguida. Al ver que le tendía un álbum, lo tomó encantado sentándose al borde de la cama. Me acomodé a su lado y lo abrí.

—Me encanta tu habitación. Es como tú: dulce, sencilla y, a la vez, parece la de alguien de nuestra edad. —No tenía remedio, me puse color escarlata de inmediato. Besó mi sien y observó atento lo que traía entre sus manos. Comencé a explicarle cada fotografía.

Así pasamos un buen rato. Rio con ciertas imágenes y me aduló hasta hartarse. Le describí cada evento en el que salía. Hacía preguntas si tenía alguna duda. Conoció a mi padre, a mis abuelos y a mis amigos. Las casas en las que viví. Las fiestas de cumpleaños. Mis eventos escolares. Reuniones en casa de diferentes personas y amigos. En fin... más de mi vida.

Al llegar al último de los tomos ya nos encontrábamos acostados bocarriba sobre la cama. Estaba recargada en su pecho y él sujetaba el álbum con una mano mientras que con la otra acariciaba mi cintura. Era el de mis últimas fotos en Los Ángeles. Salía en unas divertida y haciendo diferentes gestos, en otras triste y llorando. Liam las miraba muy serio, intentando grabarse cada lugar, cada rostro. Al llegar a la última página, se me escaparon algunas lágrimas. Lo cerró dejándolo a un lado y me abrazó con ternura.

—A lo mejor no fue buena idea —dijo al fin. Elevé mi rostro y negué.

—Me gustó mostrártelas. —Con él me sentía yo, no sentía la necesidad de fingir.

—Y a mí verlas, pero no quiero que estés triste, todavía es muy reciente... —En serio no le agradaba verme así. Era asombroso; me adoraba, lo podía sentir, oler, incluso tocar. Comprenderlo llenó mi pecho de un sentimiento aún más hondo. Su alma iba llegando poco a poco a un lugar muy profundo de mi ser. Lo que sentía dentro de mí ya era irreversible, indestructible, lo sabía.

—Sí, pero gracias a ti... ya no me siento así. No podría regresar —confesé. Me observó sorprendido; un segundo después acercó sus labios a los míos. Nos besamos con paciencia, lento. Mordió mi boca sensualmente mientras me acercaba más. Poco a poco la intensidad fue incrementando. Invadí su interior con mi lengua. Gimió en respuesta girándome sobre la cama para quedar encima de mí. Recorrí su espalda con las palmas. Necesitaba memorizarlo, jamás soltarlo, ansiaba que su cuerpo quedara tatuado en mi tacto. Tenía enredada una mano en mi cabello y con la otra acariciaba mi rostro ansioso. Las respiraciones agitadas de ambos y el roce de la ropa contra la colcha era lo único que se escuchaba.

Me deseaba, lo deseaba, nos íbamos conociendo y comprenderlo lograba que el momento se tornara mágico, perfecto. De pronto paró abruptamente.

Abrí los ojos al no sentir sus labios. Me miraba ardientemente, tenía las mejillas encendidas y se hallaba sensualmente despeinado. Sentí la boca seca observándolo

deleitada. Estaba así por mí. Descubrir lo que podía generar en él fue amedrentador y encantador. Al ver mi reacción y la forma en la que lo contemplaba sonrió besando mi frente. Sostenía su peso sobre sus codos y respiraba igual de rápido que yo.

—Kya, no tienes idea de cuánto me gustas, pero... no me lo pones fácil. —No le respondí, no lograba que mi respiración se regularizara. Se quitó de encima y me abrazó para colocarme a su lado. Su pecho subía y bajaba cada vez más lento. Tenía un brazo sobre sus ojos, no se movía. Si no nos hubiera detenido, las cosas habrían llegado demasiado lejos... ¡Agh! Odiaba que mi cuerpo no me obedeciera, que hiciera todo lo contrario a lo que le ordenaba cuando se trataba de él, era como si pudiera accionar algún mecanismo en mí que desconocía y que me doblegaba ante el deseo de tenerlo cada vez más cerca.

Pasamos unos minutos así, ninguno de los dos habló.

—Kya, será mejor que bajemos. Tenías razón, venir a tu habitación no fue buena idea —admitió enseñando los dientes. Sonreí cándidamente. Acarició mi mejilla—. No me mires así, no sabes lo que provocas... —No tenía idea de a qué mirada se refería, solo podía mirarlo de ese modo. Besó mi nariz—. Vamos. —Bajamos agarrados de la mano.

Prendimos el televisor y encontramos una serie de comedia. Cuando dieron las doce mi madre no había llegado; aun así, Liam se levantó.

—Me voy, no quiero que llegue Irina y me encuentre aquí. —No me gustó nada la idea, pero tenía razón. De cualquier forma, me alentaba saber que al día siguiente estaríamos juntos toda la tarde. Lo acompañé hasta la puerta, pero me detuvo cuando quise abrirla, tomó mi rostro con ambas manos e hizo que clavara los ojos en los suyos—. Kyana, no olvides, ni dudes, que ahora tú eres lo único que me importa... Haré lo que sea para que lo comprendas y para merecerte. —Me abrazó enseguida. Supe, en ese momento, que aún se sentía ansioso por lo ocurrido en la escuela y mi desaparición por la tarde—. Paso a por ti a las doce. ¿Bien?

—A las doce —repetí, ahora lo detuve yo—. Liam... tú también eres ya lo más importante para mí. —Sonrió y rozó mis labios rápidamente.

—Eso espero, no me gustaría que me rompieras el corazón...

—No lo haré —prometí convencida.

—Nos vemos mañana, descansa. —Y se fue.

Esa noche dormí sin problemas. Pensé que gracias a mi gran siesta sería complicado, no fue así. Ni siquiera supe cuándo mi madre cruzó la puerta principal.

Por la mañana desperté temprano e hice el desayuno para las dos. La esperé para que comiéramos juntas y para hablarle sobre mi salida.

—Cuando llegué estabas bien dormida. —Tomó café frotándose la sien, al parecer las copas se le habían pasado. Reí para mis adentros.

—Sí, Liam se fue a las doce. —Comenzó a picar los huevos que preparé—. ¿Y tú? ¿Llegaste muy tarde?

—Después de la una. Creo que tomé alguna copa de más, no soporto la cabeza. —Me levanté, le acerqué un analgésico y un vaso con agua. Me dio un beso y se lo tomó rápidamente.

—Mamá... Liam me invitó a George Town, ¿hay problema? —Normalmente, no le pedía permiso, pero no sabía cómo se manejaban las reglas en cuanto a él. Dio otro sorbo de su café, mirándome serena.

—Kyana, no quiero parecer sobreprotectora, pero me da la sensación de que ese chico va muy en serio... —Intentó sonar despreocupada, me encogí de hombros sin saber qué contestar.

—Nos estamos conociendo...

—Lo sé... por eso te lo digo. He visto cómo te mira... Confío en ti hija... Por lo mismo debo confesarte que me asusta un poco... Es demasiado rápido, abrupto. ¿Me entiendes?

—Mamá, él también me gusta y... mucho. Quiero intentarlo —respondí arrugando la nariz y enseñando los dientes. Sonrió sin tener más remedio.

—Por supuesto, esa es tu decisión, pero debía hacer la observación. En fin... ve, conoce, diviértete. Solo recuerda pensar antes de actuar, ¿de acuerdo? —Asentí alegre y continué comiendo. De pronto recordé que los chicos podrían llamar y mi madre seguro que les diría dónde y, lo peor, con quién estaba. Debía explicarle lo que sucedía.

—Mamá, a lo mejor llaman mis amigos...

—No te preocupes, yo les diré que saliste. Supongo que primero te llamarán al móvil.

—Probablemente y gracias, pero... si lo hacen, no les digas que estoy con Liam... No les cae muy bien, ¿comprendes? —Dejó su tenedor sobre el plato y me estudió frunciendo el ceño. Claro que esa sería su actitud. Resoplé.

—¿Eso por qué? —Jugué un momento con la servilleta, no quería contarle todo. Creía que podría pensar mal de Liam y que ella lo admitiera en mi vida sin restricción para mí era importante, vital.

—Pues porque... es complicado. Ellos tienen una rivalidad de mucho tiempo y creo que... se pondrían un poco... celosos. —Era prácticamente la verdad, así que la miré sintiéndome no tan embustera.

—¿En serio? —Sonrió divertida.

—Sí...

—¿Qué quieres decir con celosos? ¿Ya te han invitado a salir? —Casi dejo salir el aire contenido por la tensión. Mamá estaba muy intrigada, pero por otro tema al que yo supuse. ¡Genial!

—Sí y... fue muy incómodo —confesé con una media sonrisa. Soltó una carcajada al ver mi expresión.

—¿Por qué?

—No sé... esas cosas no me agradan, ya lo sabes.

—¡Ay, Kya! ¿Y cómo fue que aceptaste salir con Liam? —Buena pregunta.

—No sé... en realidad nunca me lo pidió... —Mi madre me escuchó como si estuviera contándole el chisme más interesante de la farándula.

—¿Entonces? —En ese momento descubrí que tenía ganas de que supiera parte de la historia. Yo solía omitir los detalles, así que no se sorprendería si no era muy explícita.

—Como ya te dije, es a quien le doy tutorías de Literatura y... supongo que le caí bien. Aún no sé muy bien qué fue lo que pasó, pero insistió mucho para que fuéramos amigos... Después de mucha insistencia, accedí.

—Es muy guapo sin duda y... juega al fútbol americano, así que seguro que es muy conocido, ¿no es cierto? —Las últimas palabras las entrecomilló con sus dedos.

—Sí... —susurré avergonzada. Parecía feliz de que yo le estuviera confirmando sus sospechas.

—Me lo imaginé... ¿Esa es la razón de su rivalidad?

—Supongo. —No le mentía, solo omitía pedacitos, ¿no?—. ¿Ahora comprendes? Por ahora digamos que nadie lo sabe...

—Pues no veo cómo van a poder esconder eso que hay entre ustedes, es bastante evidente —zanjó confusa. Ahora me miraba más seria.

—Es solo por un tiempo, queremos que entiendan poco a poco nuestra... «amistad».

—Kyana, tú y él... no son «amigos».

—No —confirmé arrugando la comisura de los ojos. De verdad no se daba por vencida. Resoplé de nuevo—. Pero no quiero problemas con ellos, me caen muy bien. —Posó una mano sobre la mía.

—De acuerdo, no te preocupes, les diré que saliste a hacer unos encargos si llaman, ¿OK? —Suspiré más tranquila.

—Gracias, mamá...

—No hay problema. Pero... me gustaría que pudieras vivir lo que sientes sin esconderte. Después de todo ellos son tus amigos, deberían entender que entre ustedes surgió algo. —Eso era justamente lo que quería; sin embargo, las cosas eran complicadas.

—Sí, sé que pronto así será...

En cuanto terminamos, ella recogió todo y yo me subí a cambiar. Puse un poco más de esmero a mi imagen. Elegí unos *jeans* que no estaban muy gastados y eran algo ajustados. Un suéter de punto de cuello alto color café y unas botas cómodas que me puse por encima de los pantalones. Dejé mi cabello suelto alisándolo, y me maquillé como siempre; bueno, con un poco más de atención.

A las doce en punto el timbre sonó, y yo bajé enseguida. Liam ya le informaba a mamá acerca de nuestra excursión. Al verme, paró en seco la conversación.

—Hola... —sonreí tímida. Mi madre me observó también y sonrió aprobatoriamente. Caminé hasta él al tiempo que me tendía la mano.

—Vayan con cuidado y no regresen muy tarde.

—Sí, Irina. Llegaremos a las nueve treinta, ¿te parece?

—Bien, pero si se les hace tarde, no olviden avisar. —Asentí y le di un beso de despedida.

Cuando subimos al Jeep fui consciente de su penetrante mirada sobre mí. Me devoraba con los ojos y enseguida me ruboricé.

—Te ves... preciosa...

—Tú también te ves... guapo. —Y, por supuesto, era cierto; llevaba unos *jeans* que, para variar, le favorecían, junto con un suéter negro de cuello alto y manga larga que realzaba su espectacular cuerpo. ¡Dios, me dejaba sin aliento! Besó con dulzura cada uno de mis labios y arrancó.

—¿Qué quieres escuchar? —Me tendió su reproductor, lo revisé, la mayoría era de mis grupos preferidos, así que no tuve ningún problema en escoger.

—Tienes buena música...

—Ayer me fijé en que en eso sí coincidimos. —Escuché una canción que me encantaba mirando por la ventana atenta. De pronto una duda me asaltó.

—Liam, ¿puedo hacerte una pregunta? —Me miró asintiendo con una sonrisa.

—Es que, bueno, no has hablado de tu familia y... —le hice ver intrigada. Alcancé a notar cómo su cuerpo se ponía en tensión, pero enseguida se relajó.

—No hay mucho que decir. —Parecía indiferente.

—No es justo, tú ya lo sabes todo de mí... —Lanzó un suspiro, sabía que tenía razón.

—Solo tengo un hermano dos años mayor que yo; él estudia fuera.

—¿Dónde?

—En Harvard, Ciencias Políticas.

—¡Guau! ¿Y tus padres?

—A ellos casi no los veo —zanjó. Parecía no tener muchas ganas de hablar del tema. Eso me hizo sentir en desventaja: él no se había cansado de preguntarme todo acerca de mi vida y yo se la conté sin dudar.

—¿No viven contigo? —continué insistiendo.

—Sí, pero viajan mucho, prácticamente no están...

—¿A qué se dedican?

—Trabajan para el gobierno.

—Mmm, entonces siempre estás solo. —Negó manejando muy atento.

—En mi casa trabaja mucha gente, nunca estoy completamente solo. —De verdad estaba sacándole la información con tirabuzón. Por otro lado, sentía que no me lo decía todo. ¿Por qué le incomodaba tanto el tema? ¿Tendría una mala relación con sus padres? ¿Habría alguna cosa turbia? Sacudí la cabeza haciendo a un lado esas ideas; a lo mejor su vida con ellos, en efecto, no era muy interesante, no habría mucho que decir y el hecho le daba igual o lo lastimaba.

—Liam... ¿Qué sucede? ¿Te estoy incomodando? —Posó una mano sobre mi pierna.

—Eso nunca. Lo siento, es solo que... para mí no es un tema importante. —Lo observé por un segundo y después perdí la vista en el exterior sin poder creerle—. Kya, no es que no quiera contártelo. Mis padres no son como tu madre, tenemos una relación un poco... distante, muy lejana... eso es todo. —Asentí sin mirarlo. Si no quería decir más, por ahora estaba bien, aunque no por eso dejaba de dolerme un poco—. Mejor dime, ¿en serio has leído todos esos libros? Son un montón, yo creo que no he leído ni uno en lo que va del año... —Era evidente que cambiaba de tema, pero si en realidad era así, no tenía caso seguir insistiendo.

El resto del camino conversamos sobre trivialidades. No volví a preguntar más sobre su familia y él no volvió a sacar el tema. Cuarenta minutos después llegamos.

Me llevó a los principales puntos de interés. Parecía que conocía muy bien el lugar, porque contestaba todas mis preguntas sin dificultad. Tomados de la mano caminamos mucho. Cada tres pasos lo detenía para tomar alguna fotografía de algo que me llamaba la atención, y les pedimos a diferentes personas que nos tomaran fotos juntos. Me moría por enseñárselas a Jane y Raúl.

Más tarde fuimos a la playa. Liam alquiló un caballo y, cuando menos me di cuenta, me invitó a subir. Nunca me había subido a uno y, si he de ser sincera, me daba un poco de miedo. Ya saben... no soy muy temeraria.

—Iremos juntos. Anda, te va a gustar. —Me convenció con su sola mirada y no sé ni cómo acepté. Me ayudó a montar sin dificultad y luego subió tras de mí. Me sujetó fuerte por la cintura y lo hizo andar lentamente. El atardecer estaba comenzando y la vista era preciosa—. ¿Te gusta? —preguntó junto a mi oído. Enseguida sentí las mariposas en mi estómago y la piel erizada. Era hermoso, pero nada comparado con sentirlo tan cerca de mí, sujetándome de esa forma tan posesiva que me hacía sentir que nada podría suceder. Su cálido pecho me cobijaba y sus manos rodeaban mi cuerpo de una manera única, haciéndome sentir en el cielo.

—Sí... —logré decir con la boca seca. Besó mi cabello y continuamos. Lo manejaba sin dificultad, el animal le hacía caso en todo. No supe cuánto tiempo estuvimos ahí, lo cierto es que entre sus brazos podía pasar la eternidad, y no importaba.

Cuando anocheció, regresamos y devolvió el caballo. El frío incrementó, así que fue a por nuestras chaquetas al auto y caminamos juntos por la playa, riendo y jugando. Le aventé un poco de agua sin que él se diera cuenta de lo que iba a hacer y comenzó a perseguirme; al final me rendí sin remedio. Me tomó por la cintura, cargándome a un costado de su cuerpo. No podía luchar, la risa no me lo permitía. Cuando por fin me bajó, me ofreció su espalda para subirme. No lo dudé y me aferré a su cuello enrollando mis piernas en su cintura. Me hacía sentir tan liviana como una pluma. Recargué mi barbilla en su hombro y seguimos riéndonos. Su olor me llenaba, era una mezcla de limpio, perfume y algo más... Me encantaba.

Antes de las ocho nos dirigimos a un restaurante. Un lugar muy acogedor, con mesas pequeñas y velas que las iluminaban. La anfitriona nos ofreció una sin problema. El sitio tenía una vista impactante. Las luces de la ciudad centelleaban y se escuchaba el rugir del mar.

Al terminar mi platillo, yo ya me sentía satisfecha en todos los sentidos, y lo miraba feliz. Su expresión cambió de repente y tomó mi mano de forma solemne.

—Kya, necesito que sepas que estos días han sido los mejores de mi vida. —Cuando me observaba así no podía evitar que mi boca se secara y que el pulso se me acelerara.

—Para mí también, Liam. —Se acercó a mi rostro y rozó delicadamente mis labios—. Crees que... ¿entenderán lo que sentimos?

—Lo intentaremos. Si no es así, no estoy dispuesto a dejarte, prefiero perderlo todo antes que eso... —Lo decía en serio. La intensidad de nuestro sentimiento no era algo fácil de comprender, nosotros no lo hacíamos. Ya era inevitable, no podíamos separarnos—. Kyana, lo vamos a lograr, después de todo no hacemos nada malo, es cuestión de paciencia...

—No estoy tan segura, y la verdad es que... esto no me gusta... No quiero perderte.

—Eso no pasará, te lo juro, suceda lo que suceda. —Sonreí insegura. Eso esperaba.

Poco antes de las nueve salimos hacia Myrtle Beach. Llegamos justo a la hora que prometió.

Al entrar en casa escuchamos voces en el comedor. Ahí se hallaban una mujer mayor que mi madre y un hombre bastante apuesto, un poco canoso, delgado y con rostro bien formado. Los tres tenían sus ordenadores abiertos y revisaban papeles. En cuanto nos vio mamá, se levantó.

—Hola... ¿Cómo les fue?

—Bien. Buenas noches. —Se giró hacia sus invitados y nos presentó.

—Mi hija, Kyana. Y él es Liam. Ella es Ely y él, Ralph. —Ambos se pusieron de pie saludándonos con un fuerte apretón.

—Hola, chicos —señaló la mujer mirándonos aprobatoriamente.

—Mucho gusto —la siguió Ralph. Cuando lo tuve enfrente, comprendí por qué estaba saliendo con él. Además de guapo, se veía muy amable.

—Estamos trabajando en un proyecto de la agencia... —Mamá parecía agotada; sin embargo, tenía un brillo especial en su mirada. Con que ese era el hombre en cuestión... Me pareció perfecto. Liam y yo salimos a la terraza un segundo después. Hacía más frío, pero no era insostenible y, bueno, quería estar a solas con él.

Con una enorme sonrisa provocativa en esa boca que me aniquilaba, rodeó mi cintura con familiaridad y me sentó sobre sus piernas. De inmediato me acurriqué recargando mi rostro en su clavícula, cerca de su barbilla. Saqué el móvil de mi abrigo y comenzamos a revisar las fotografías haciendo un recuento del día. Definitivamente, uno de los mejores de mi vida.

A las doce me moría de sueño, pero no quería que se fuera. Ambos estábamos en silencio. Él tenía recargada la cabeza en la pared y yo en su pecho, con los ojos cerrados. Podía quedarme así por siempre.

—Kya, es hora de irme... —Negué lentamente sin moverme. Elevó mi barbilla y sujetó con dulzura uno de mis labios para después hacerlo con el otro—. No quiero que tu mamá tenga quejas sobre mí, yo tampoco quiero dejarte. —Me levanté resignada, tenía razón. Cuando estuvimos de pie me abrazó amorosamente.

—Mañana no sé si podré verte. —Me separé enseguida mirándolo un tanto decepcionada—. La temporada comenzará pronto, nos juntamos los domingos para afinar estrategias y planear los juegos. —Asentí intentando comprender. Tenía miedo de que se estuviera arrepintiendo, de que necesitara espacio... Existían momentos en que me descubría desconfiando; eso me confundía y me hacía sentir mal. Pero ¿cómo evitarlo? Acunó mi barbilla, serio—. Por favor... soy consciente de que no confías del todo en mí, lo leo a veces en la manera en que me miras. Te quiero, créeme que preferiría mil veces estar contigo que ahí. ¿Sabes algo? Antes no existía nada más importante y ahora... siento que me estorba. No quisiera despegarme nunca de ti... —No quería dudar, necesitaba creerle, si no, sufriría mucho y lo haría sufrir a él. Sin embargo, era muy difícil, ni yo comprendía cómo podíamos estar juntos, cómo estaba sucediendo todo. Me sentía vulnerable, odiosamente insegura a veces. Paré mis pensamientos de inmediato, debía controlarme y ser inteligente.

—No tienes que explicarme, entiendo. —Caminé a la entrada de la casa olvidando mis tonterías. Detuvo mi andar y me volvió a abrazar.

—Kyana, el entrenamiento es todo el día, termina tarde. Si puedo escaparme, no dudes que lo haré...

—Liam, no tienes qué hacerlo. Sé que eso es muy importante para ti, eres el capitán, no puedes escabullirte. Además, no soy una niña, ni quiero ser posesiva. Te juro que lo entiendo. Es solo que te extrañaré, y todo esto es tan nuevo para mí que no sé cómo reaccionar. No me hagas caso. —Sin más, me besó ansioso y le respondí de la misma forma. Era la verdad, tenía que entender y debía confiar en él. Me quería... lo sentía en cada caricia, en cada beso, en su mirada y en lo que hacía cuando estaba a mi lado. Él sonrió intranquilo.

—Y pensé que el posesivo era yo. Que me extrañes un poco, me gusta...

—Siempre te extraño y no «un poco», sino mucho. —Sonrió complacido ante mi confesión. Besó mi frente absorbiendo mi aroma, adoraba que hiciera eso.

—Si no termina muy tarde, te marco, ¿de acuerdo?

—Sí. —Diez minutos después ya estaba en mi cuarto, tumbada bocarriba sobre la cama. No quería hacerlo sentir así. Era la segunda vez que decía que me quería y aún no podía contestarle. Creía que si lo hacía, quedaría completamente expuesta ante él y eso me asustaba.

Me puse el pijama y, cuando salí del baño, ya tenía un mensaje.

«*Gracias por el mejor día de mi vida, descansa*».

Tenía la capacidad de hacerme olvidar cualquier sentimiento negativo con tan solo un texto en mi móvil, increíble.

«Para mí también fue mágico. Suerte mañana».

Me acosté un segundo después, abracé su sudadera y me dejé llevar.

Por la mañana hice los deberes después de desayunar. Mi madre terminó al parecer muy tarde pues continuaba dormida. Antes de las once sonó mi móvil, otro mensaje.

«Voy para el entrenamiento, me muero por darte un beso».

«Yo también. Buen día».

Continué concentrada en Matemáticas, esa materia ya nunca sería igual para mí, ahora siempre me haría pensar en él.

«Estoy fuera, por favor, solo uno».

Reí sonrojada. En serio era increíble, debí suponer que haría algo así. Esa era su manera: arrebatada, impulsiva, y por eso mismo estábamos juntos, eso lo sabía. Ya me había duchado, pero traía puestos unos *pants* viejos que no me gustaban en absoluto. Ni hablar. Me hice una coleta, revisé que no estuviera tan mal y bajé corriendo. Abrí la puerta y ahí estaba. Entró enseguida cerrando tras él, mientras me tomaba por la cintura. No lo dejé hablar y lo besé con tremenda ansiedad. Llevaba el conjunto deportivo del equipo que, para variar, le quedaba espectacular, y tenía aún el cabello húmedo. Dios, lograba alertar y entumir a la vez todos mis sentidos.

—Pensé que te molestarías... —admitió contento.

—¿Por qué?, yo también lo quería...

—Te ves... muy linda así. —Me echó un poco hacia atrás para observarme mejor. Entorné los ojos.

—No es verdad, es solo que no esperaba vinieras.

—Definitivamente me gustas de todas las formas. —¿Cómo no quererlo? ¿Cómo no perder la cabeza por alguien así? Le di un pequeño empujón coquetamente. De repente se puso serio—. Creo que no iré, quiero estar junto a ti hoy, mañana, pasado, el resto del tiempo. —Acaricié su rostro conmovida. Mi corazón palpitaba frenético, incluso creí que lo podría escuchar.

—No puedes faltar, es tu responsabilidad. Estaremos bien. —Asintió desganado. Lo besé de nuevo y enseguida se fue sin mucho ánimo.

Dos horas después de eso, Max me llamó para invitarme al cine. Irían todos y pasarían a por mí alrededor de las cinco. Dudé en aceptar. Lo cierto era que no había salido con ellos el día anterior y necesitaba mantener la cabeza ocupada, no llevaba ni dos horas sin verlo y ya lo extrañaba demasiado.

La película fue de acción y suspense, así que las dos horas pasaron rápidamente. Antes de entrar, le mandé un mensaje a Liam. Sabía que probablemente no me contestaría, ya que debía estar jugando. Saliendo fuimos a un restaurante de comida rápida. Reímos y hablamos sobre los típicos errores de la cinta que acabábamos de ver.

—¿Pensaste lo que te dijimos el viernes, Kyana? —Negué despacio, observando a Max. Al parecer, todos sabían a qué se refería, porque no preguntaron nada.

—Ojalá lo evalúes, creo que es lo mejor. —Ray lo decía en serio, aunque sonreía para suavizarlo.

—Él no se ha portado mal con ella, me parece que exageran... —espetó Lana con simpleza. Annie asintió, al igual que Robert y Emma.

—Es tu decisión, solo que queremos evitar problemas. —Billy lo decía comprensivo.

—Chicos, les agradezco de verdad que se preocupen, valoro todo lo que han hecho por mí desde el primer día. Sé que entre ustedes hay... problemas desde antes que yo llegara. No quiero provocar más, pero no estoy haciendo nada malo. Entiendan que yo asumí un compromiso y lo debo cumplir, y él ha respondido.

—Tienes razón, probablemente exageramos. Tú no tienes la culpa de lo que sucedió en el pasado. Parece que él lo entiende mejor que nosotros —admitió Ray, pensativo—. Pero... si llega a suceder algo, ¿dejarás de ayudarlo? —Asentí muy segura—. En cuanto a Roger, se está pasando de la raya. Si sigue así, lo denunciaremos ante el consejo estudiantil... —Todos estuvieron de acuerdo con Max, y yo también. Ya me tenía harta.

Pasaban de las ocho cuando mi celular sonó. Al ver el número, me separé un poco de ellos. Me coloqué junto a una ventana, mirando hacia el exterior.

—Hola...

—Hola, Kya. Acabo de ver tu mensaje... —Al escucharlo olvidé dónde estaba. Comencé a jugar con la calcomanía que estaba adherida descuidadamente sobre el vidrio.

—Lo imaginé, ¿cómo va todo? —Se escuchaba agitado.

—Bien, falta una hora. ¿Y tú? ¿Te gustó la película?

—Pues... sí. Ya sabes... Asesinatos... persecuciones... esas cosas...

—Intuyo que no son tu estilo —alcanzó a percibir divertido.

—No me desagradan, pero tampoco son mis favoritas...

—Es bueno saberlo. —Escuché que lo llamaban, seguramente su entrenador—. Kya, debo irme, en cuanto salga te marco, ¿de acuerdo?

—Sí, suerte... —susurré triste. De pronto su tono cambió, ahora era serio.

—Te extraño...

—Igual yo —sonreí bobaliconamente. Me moría por olerlo, por abrazarlo y por verlo.

—Con eso me conformo... Me voy, cuídate. —Colgué y me dirigí de nuevo a la mesa. A las nueve ya estaba en casa. Mi madre aún no llegaba. Prendí el ordenador y revisé mis correos. A las diez, el timbre sonó. Bajé tranquila, no quería decepcionarme.

Era él.

—Hola... —Entró cerrando lentamente. En cuanto lo tuve cerca lo rodeé ansiosa—. Dios, te extrañé tanto... —susurró contra mi cabello mientras me daba pequeños besos. Me separé, busqué sus labios poniéndome de puntillas. Él bajó la cabeza y me devoró ansioso—. No podía esperar hasta mañana, media hora es media hora. —Me guio hasta la sala. Se sentó y como el día anterior, me acomodó sobre sus piernas. En ese momento me sentí completa y asombrosamente feliz.

—¿Cómo estuvo tu entrenamiento? —Lucía agotado, demasiado.

—Largo... muy largo... Así son, pero nunca se me había hecho tan pesado.

—Te ves exhausto, Liam. —Con un dedo comencé a recorrer sus cejas y sus pómulos. Cerró los ojos sonriendo lánguido. Continué trazando líneas en su rostro delicadamente; no se movió, parecía muy relajado. Lo besé y respondió con ternura, despacito.

—Se siente tan bien, Kya. —No contesté, me extasiaba su expresión de completo abandono—. Me hubiera gustado ir yo al cine contigo. —Paré. Abrió los ojos sonriendo.

—¿Crees que a mí no?

—Ya iremos, ¿no es cierto?

—Es un trato —dije enarcando la ceja y ladeando levemente la cabeza.

—Mmm, ya verás, hay miles de cosas que quiero hacer a tu lado y te juro que las haremos... todas.

—Lo sé. —Escuché el auto de mi madre. Ambos nos separamos de inmediato. Vio el reloj. Ya era hora. Nos miramos con desilusión.

¿Algún día sería suficiente el tiempo juntos?

No, ahora estaba convencida de que nunca sería así, Liam ya estaba en mí y yo... en él.

Capítulo VII

!QueMa;

Las dos semanas siguientes fueron más fáciles hasta cierto punto. Nos escapábamos en los recesos para vernos. Me mandaba mensajes todo el tiempo y yo... me sentía alucinada. Lo quería, eso ya era inevitable.

Continuamos con las asesorías sin problema. Más tarde iba a mi casa y dejaba su Jeep a unas cuadras para no levantar sospechas. La relación entre él y mi madre marchaba perfectamente.

Literatura seguía siendo... complicada. Max y Ray revoloteaban alrededor intentando llamar mi atención, y Liam hacía un gran esfuerzo para no hacer nada.

Los días que terminaba tarde su entrenamiento me iba con mis amigos y lo veía después, por lo menos media hora.

La intensidad de lo nuestro crecía sin poder detenerlo. Hacíamos algunas tareas juntos, nos desafiábamos en juegos de mesa, conversábamos sobre miles de cosas sin detenernos y eso... eso era mágico, pues me dejaba fluir sin problema, sin aparentar, sin ocultar, sin esconder nada de lo que en realidad soy.

Roger no me había vuelto a molestar, aunque cuando me lo topaba de lejos, me miraba amenazante. ¡Demente!

Nos coordinábamos sin problemas, aunque cada vez lo sentía más ansioso, más desesperado. No decía nada, no había necesidad, yo sabía que ya no podíamos seguir postergando más la verdad. Era absurdo. Si se molestaban por lo que sentíamos, no tendría más remedio que alejarme, por mucho que eso doliera. Llevábamos tres semanas juntos y... ya era demasiado.

La actitud de los chicos hacia él no cambiaba. Cuando se acercaba con algún pretexto sobre las tutorías, lo observaban molestos, sin ocultar su repudio. Los únicos que me apoyaban, pero desconocían nuestra relación, eran Annie, Robert y Emma. El resto seguía refiriéndose a Liam con desconfianza y rencor a pesar de que en realidad se comportaba diferente: respetuoso, agradable, ajeno a cualquier problema. No podía hacer nada al respecto, eso me llenaba de impotencia. Veía a sus amigos molestar justo como él solía hacer. Eran patéticos, desagradables, eso me dejaba sin armas ni argumentos.

Cinco semanas en Myrtle Beach y mi vida era, como podrán darse cuenta, muy diferente a lo que imaginé. Sentía como si hubiese estado ahí desde siempre.

Claro que extrañaba a mis amigos, pero gracias a lo que sentía por Liam no era tan duro. A su lado nada importaba, solo él, lo que me hacía sentir, la urgencia de tenerlo a mi lado en todo momento.

Acostada sobre mi cama el quinto viernes por la noche, suspiré ya echándolo de menos. Se acababa de ir; al día siguiente sería su primer partido e iban a jugar de local. A partir de ese momento, algunos días, los fines de semana no estaría, ya que los partidos eran en diferentes lugares.

Todavía no le podía decir lo que en realidad había en mi interior, pues cuando lo intentaba no salían las palabras, se atoraban ahí, en la garganta. Me sentía miserable; él no se cansaba de demostrármelo, era todo lo que jamás soñé. Sin embargo, entre mi poca expresividad y que me daba miedo decirlo, lo mantenía oculto, muy dentro, custodiado hasta que llegara el momento adecuado.

Esa noche vimos unas películas que él pensó me gustarían. Mi madre estaba con Ralph: salían mucho, pero no lo llevaba a casa, supongo que por mí. La sudadera de Liam aún olía a su esencia, y yo la abrazaba cada noche. En ese momento la tenía pegada a mi nariz.

Al día siguiente todos iríamos al partido, Liam, mis amigos y yo, y, aunque no se soportaban entre ellos, era un gran evento en el pueblo. Por la noche se celebraría Halloween. Era tradición en Myrtle Beach juntar los dos eventos y todos estaban listos... menos yo.

Liam, me rogó que asistiera. No tenía muchas ganas. Verlo y no poder estar con él no era mi idea precisamente de diversión. Aun así, ya había quedado con los demás, y Annie me llevaría un disfraz para que no tuviera pretextos.

Suspiré afligida, ahí, en medio de la penumbra de mi habitación.

El jueves Max fue a mi casa después de la escuela. Liam y yo hacíamos tareas cuando escuchamos el timbre. Abrí despreocupada una vez que supe que era él. Quería hablar conmigo y parecía nervioso. Esperé relajada a que dijera lo que pasaba. Sabía perfectamente que no estaba sola, era día de tutorías, por lo que Liam dejó justo enfrente su Jeep, despreocupado.

—Kyana, ¿podemos hablar? —Asomó su rostro al interior y lo vio. Liam lo ignoró y continuó haciendo los deberes. Asentí. Salí sin cerrar y aguardé—. Sé que estás ocupada, pero quería ver si... ¿Irías conmigo a la fiesta del sábado? —Sentí que mi estómago se caía hasta el piso. ¿Desde cuándo me había convertido en un imán de chicos? Y para colmo, justo tenía que pedírmelo frente a mi novio. ¡Maldición! ¿Por qué no cerré la puerta? ¡Agh!

—Pero si vamos a ir, ¿no? —Fingí demencia. Sabía perfectamente a qué se refería, pero no se me ocurrió otra manera de esquivarlo.

Metió las manos en sus *jeans* mirándome de una manera que no me gustó en absoluto. ¡Diablos! En serio... ¿Por qué a mí? ¿Desde cuándo era tan irresistible? ¡Ah!

—Lo que pasa es que... me encantaría que fueras como... mi pareja. —Si hubiera traído líquido en la boca, seguro que lo saco todo de un jalón. ¡Qué! ¿Jamás se rendirían? Eso era muy incómodo.

—Max... —Liam salió en ese instante con su mochila colgando y pasó en medio de los dos echando chispas.

—Se terminó el tiempo. Luego nos vemos. —Y se fue sin voltear. ¡No! Quería salir corriendo tras él y explicarle qué pasaba. Sin embargo, me quedé clavada ahí observando atónita cómo se marchaba, haciendo rugir su Jeep. Eso es impotencia pura.

—Qué bueno que se fue —soltó Max indiferente. Quería que la tierra me tragara, jamás hubiera querido que presenciara algo así. ¿Por qué todo siempre se complicaba? ¡Ah! Al paso que iba me daría pronto una crisis de nervios.

—Max, lo siento, es mejor que sigamos como hasta ahora —zanjé respirando cortadamente. Las piernas me temblaban, quería que se fuera.

—Kyana, por favor, no pierdes nada... —¿No comprendía? Tenía ganas de cerrarle la puerta en la cara, pero yo no era así y él no tenía la culpa de mi temor. O bueno, en parte sí, aunque no de mi silencio, y todo eso era consecuencia de ello.

—No, de verdad no quiero que nuestra amistad se vea afectada, lo siento —articulé con poco tacto. Asintió sin decir más, mi tono fue muy claro y tajante.

—Está bien, comprendo y... no te preocupes, nada cambiará... Tenía que intentarlo. — ¡Dios! Odiaba verlo así: abatido. Mi intención no fue esa, solo quería que se fuera y no insistiera. Coloqué una mano sobre su hombro intentando suavizar las cosas.

—Max, me caes muy bien, en serio y... los quiero... como amigos... Por favor, entiéndeme. —Sonrió asintiendo amigablemente.

—Comprendo. Mañana nos vemos y... como si nada, ¿sí?

—Gracias...

En cuanto se marchó mis ojos se anegaron en lágrimas por la impotencia. Cerré mis manos en un puño bien apretado sintiéndome profundamente frustrada, enojada y... extrañamente desolada. Me senté en la sala desconcertada, recordando la huida de Liam. Decidí marcar su número, pero... ¿qué le diría? No importaba, ya tenía el móvil en la mano cuando sonó el timbre. Abrí desganada, triste, esperaba de verdad que no fuera de nuevo Max.

Error.

Liam apareció frente a mí, con el rostro desencajado.

—Lo siento... —susurró arrepentido. Lo abracé mientras cerraba tras él.

—No, no debí salir... —Me sentía fatal por lo que acababa de suceder. Acunó mi barbilla y, al mirar mis ojos enrojecidos, comprendí que se sintió culpable.

—Kyana, no es tu culpa, perdóname... No debí reaccionar de esa forma...

—No te disculpes, por favor. Me sentí terrible... Odio lastimarte, Liam. —Con ambas manos agarró mi rostro y me besó dulcemente, aspirando con ansiedad mi aliento, mientras mis labios se movían sobre los suyos sin dificultad y sí con necesidad.

—Tú no eres la responsable, sabía que esto pasaría en cualquier momento, es solo que escucharlo fue... peor de lo que creí... Tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no hacer una estupidez. —Escondí mi mejilla en su pecho—. Cada vez me es más difícil ocultar lo que siento por ti. Te quiero y no deseo compartirme con nadie... Necesito que todos sepan que estás conmigo... Ahora eres mi todo y no puedo seguir con este enredo. —La situación nos estaba rebasando. Me arrastró hasta el sillón sentándome a su lado. Elevó mi rostro hasta él—. Vamos a olvidarlo, ¿de acuerdo? Pronto resolveremos esto, estoy seguro. —En ese momento comprendí que ya no estaba dispuesta a seguir así, pero sospechaba que sería aún peor que lo supieran para esas alturas, y su confianza en mí se vería seriamente afectada.

Acarició de nuevo mi mejilla regalándome una hermosa sonrisa que tranquilizó mi culpa. Ya no hablamos más del tema e intentamos retomar lo que hacíamos unos minutos antes.

No lo podía postergar más... A Liam no le importaba que todos lo supieran y se detenía por mí. No era justo, no permitiría que algo como lo del jueves volviera a suceder. Tenía que ser valiente, demostrarle que también podía luchar por lo que sentíamos, que yo también lo quería y llegaría por él hasta el final pasara lo que pasara.

Se lo diría a los chicos y que fuera lo que tuviera que ser. Si estaba a su lado, todo lo demás no era tan grave. Y no tendría que volver a ver esa expresión de angustia en sus extraños ojos.

Por la mañana me desperté temprano. Entre mamá y yo hicimos el aseo de la casa, que por cierto teníamos un poco abandonada. Mi móvil sonó, sabía que sería él.

«Kyana... pensé en ti toda la noche... te extraño».

Las cosas que me decía me derretían como si fuese un helado junto al fuego, por no decir que sacaban alas a mis pies: volaba, en serio que sí.

«Yo no solo por la noche».

No tardaba nada en contestar, así que esperé con el teléfono en la mano.

«Eso cambia todo mi día y lo sabes».

Un par de horas antes del partido llegó. Lo pasé hasta la terraza, ya que mi madre pululaba por todos lados sacudiendo a conciencia cada cosa. No me encontraba en absoluto presentable: unos *jeans* rotos con una camiseta rosa ya vieja, y el cabello agarrado en un moño mal hecho. En pocas palabras, hecha un desastre.

Cuando lo tuve delante, a solas, lo miré refunfuñando.

—Date cuenta de cómo estoy... —Rodeó mi cintura divertido. Esos pucheros lo doblegaban, y yo ya sabía cómo usarlos.

—Hermosa, como siempre. ¿Sabes? Creo que nunca dejarás de gustarme. —Rodé los ojos riendo.

—Eres... —Me jaló acercándose hasta su boca.

—Insufrible... Lo sé... —Y me besó—. Me encantan tus labios...

—Mentiroso...

—¿Ahora quién es la insufrible? —Sonreí, tenía razón—. Quería verte antes del partido...

—Qué bueno que lo hiciste... —Nos abrazamos unos segundos. Cuando se separó, no pude evitar entristecerme. Eso de estar enamorada era tan hermosamente complicado...

—Me tengo que ir. Nos vemos en la noche... en la fiesta. —Torcí la boca insegura. No me gustaba nada la idea de ir y no poder estar juntos.

—Kya, ve, por favor, no puedo faltar. Tú sabes que todo el equipo estará ahí... No me lo perdonarían. —Rozó de nuevo mis labios—. Encontraremos la forma de pasar tiempo tú y yo... Lo prometo...

—OK. Pero no te vayas a burlar de mi disfraz —amenacé enarcando una ceja. Rio divertido.

—Por supuesto que no, sé que te verás sensual... como siempre. —Le di un pequeño golpe en el pecho. ¿Sensual? No, yo podía ser muchas cosas, pero sensual, para nada.

—No bromees, es en serio... —lo regañé divertida. Me acercó a su cuerpo hasta que sentí de nuevo su aliento acariciando mi rostro.

—Sé que me impresionarás, nunca dejas de hacerlo. —Apresó uno de mis labios y lo detuvo entre los suyos apenas un segundo. Las hormigas ya estaban haciendo de las suyas en todo mi cuerpo—. Me voy... No te despegues de tu móvil. —Asentí con la boca aún deseosa de más. Un minuto después, desapareció.

El lugar estaba abarrotado, todos los estudiantes y adultos de Myrtle Beach se encontraban ahí. Al parecer era un gran evento. El partido comenzó a las cinco y media en punto. Cuando el equipo salió, la gente enloqueció. Gritaban y aplaudían enardecidos.

Liam iba al frente con su casco a un costado, como el resto del equipo, y trotaba hacia el centro de la cancha. ¡Dios! Mi boca se secó, se veía realmente espectacular y en él sí quedaba muy bien el término sensual. Demasiado.

Él me dijo que el rival era fácil; sin embargo, no se confiarían, deseaban seguir manteniendo el título. Era un equipo muy respetado a lo largo de la Costa Este a nivel estudiantil.

Una hora después iban ganando veinte a quince. Puse mucha atención a cada jugada. Liam había intentado explicarme las normas, aunque debo confesar que me costaba trabajo seguirle, así que entre Ray y Billy iban respondiendo cuando les preguntaba. A las ocho acabó. El equipo del condado ganó cuarenta y cinco a treinta. La gente alucinaba aventando cosas a la cancha por la emoción, mientras los jugadores festejaban en el centro y se cargaban unos a otros. Liam me buscó con la mirada: cuando me encontró, sonrió. Nadie nos vio, a excepción de Emma, que caminaba a mi lado. Cuando me di cuenta de que notó el gesto, me ruboricé; en respuesta me guiñó un ojo.

Todas las chicas nos cambiamos en casa de Annie.

El disfraz era mejor de lo que pensé; era un atuendo de época muy hermoso. Era de un rojo carmesí intenso, con bordados que asemejaban oro cruzando el vestido muy provocativamente. Tenía un corsé que marcaba perfectamente mi figura y resaltaba un poco mi pecho, con mangas pegadas hasta la muñeca, la parte baja estaba adherida al resto y caía larga; una discreta crinolina iba por debajo para poder levantarla un poco. Los zapatos eran cerrados, del mismo color del vestido, con una pulsera que rodeaba mi tobillo. Sara me hizo rulos más marcados, levantando toda mi melena castaña elegantemente con un listón dorado que se tejía por todos lados. Me maquilló divertida, intentando imitar lo que en esos momentos de la historia se usaba.

Unas arreglaban a las otras. Era genial vernos a todas pululando como abejas detrás de alguna haciéndole algo en el cabello o acomodando su vestuario. El resultado, debo aceptar, me encantó. Realmente me sentía satisfecha con mi atuendo una vez que me vi en el espejo. En las anteriores fiestas a las que asistí hubiera ido disfrazada de cualquier cosa... Peter Pan, duende, incluso bruja o una rosquilla gigante, jamás de cortesana. Le gustaría, estaba segura. Sonreí ante mi reflejo bobaliconamente pensando en sus labios.

La fiesta era dentro de la escuela, en el domo de baloncesto. Cuando llegamos, el lugar estaba casi lleno. Por dentro nos invadió la penumbra, solo había luces tenues que intentaban darle un toque escabroso. Colgaban imitaciones de telarañas, calabazas y fantasmas. Todo era negro y neón. Al fondo se encontraba un estrado donde tocaba un grupo. Las seis entramos riendo. Al vernos, los chicos se acercaron de inmediato y nos rodearon para ir juntos a la pista.

—¡Guau! Se ven muy bien... —Max me miraba, al igual que Ray, de arriba abajo, inspeccionándome. Robert, que hasta ese momento no apareció, iba de Elvis Presley, y tomó mi mano para que lo acompañase al sitio donde servían un ponche de frutas y refrescos.

—Toma. —Me tendió un pequeño vaso mientras él se servía otro—. En serio te ves bien, no sé cómo lograrás mantenerlos lejos. Parecen moscas tras la fruta. —Rodé los ojos y luego sonreí fingiendo angustia. La situación era algo cómica.

—Estando contigo, últimamente, eso ha funcionado. —Soltó una sonora carcajada asintiendo.

—Lo sé, pero me voy a ganar su odio y... todo por tu culpa... —Lo miré suplicante, abanicando rápidamente mis pestañas. Levantó las manos rendido.

—Está bien, está bien... ¿Quién se resiste a ti? —Le dediqué mi mejor sonrisa agradecida y, la verdad, un poco aliviada. Sabía que no le atraía en absoluto. De hecho, estaba segura de que se moría por Annie, pero no se atrevía a demostrárselo. Era lo más cercano a mi mejor amigo ahí, por lo que estar a su lado era natural, relajante—. ¿Bailamos? —Tendió su mano galante, y yo acepté con ademán pomposo.

Un segundo después entró una despampanante chica vestida de hada robando la atención y las miradas de todos los que ahí estábamos. Me costó trabajo reconocerla. Cuando lo hice, vi que era del grupo insoportable con el que tenía la materia de Inglés. Para esas alturas ya sabía que era animadora, una de las líderes. Gracias a eso comprendí por qué se portaban así. Era bonita y tenía un cuerpo de miedo. A su lado iba otra igual de hermosa disfrazada con el típico atuendo de *Las mil y una noches*. Y detrás de ambas, varias chicas más con atuendos provocativos. Impresionantes de verdad.

Las miré un momento pestañeando.

—Quitán el aliento, pero créeme... no quieres conocerlas —apuntó mi amigo con seriedad. Fruncí el ceño al escucharlo.

—¿Conocerlas? No las soporto, las tengo en una materia, son prepotentes. —Asintió sonriendo y se acercó a mi oído.

—Te contaré algo, pero... no lo repetirás, ¿OK? —Asentí intrigada ante su tono, no solía ser cotilla, pero no pude resistir saber lo que quería decir—. Esa chica, la que viene de *Las mil y una noches*, es una de las razones por las que Liam y Max se odian. —Mi pulso se detuvo enseguida, mi estómago se encogió, se apretaba y de paso, se hizo un nudo. En cuanto me lo dijo se separó para ver mi reacción. Dejé de bailar mirándolo atónita.

—¿En-en serio? —tartamudeé. Mi cabeza trabajó a mil por hora.

No daba crédito. Eran odiosas hasta lo indecible. Pero, además, ¿cómo es que Liam se fijó en mí si ese tipo de chicas era el que frecuentaba? Una sensación muy molesta de inseguridad me embargó. Ella fue la novia de Max, con la que Liam se... acostó.

—Kyana... ¡Ey! —Robert chasqueaba los dedos frente a mí, cuando reaccioné intenté sonreír—. Te fuiste por un momento...

—Lo siento.

—No te preocupes, esa es la reacción que suelo producir en las chicas. —Rodeó mi cintura y me hizo girar al estilo Presley. Solté una carcajada olvidando mi desconcierto.

Bailamos unos minutos más. Intenté seguir sus pasos de *rock and roll*, riendo cada dos segundos sin fijarme ya en lo que alrededor ocurría. En medio de un movimiento complicado, sentí su presencia. Giré a todos lados con el corazón martilleando. A algunos metros estaba él, observándome.

Y nada fue más importante, mis neuronas, pulmones y demás cuestiones orgánicas, se detuvieron. Vestido de caballero, parecía provenir de un cuento de hadas y no de mi realidad.

Se acercó importándole poco todo. Mantenía sus ojos anclados a los míos sin la menor intención de esconder su atracción. Me puse nerviosa de inmediato. ¿Qué pretendía? Robert le daba la espalda y, cuando menos me di cuenta, ya estaba a su lado tocando su hombro sin dejar de mirarme. Mi amigo volteó relajado. En cuanto lo vio, su expresión cambió. Se tensó en un segundo.

Mis palmas sudaron, mi respiración se hizo lenta... No perdía el contacto visual conmigo y yo no tenía la fuerza para esquivarlo. Me sentía presa de sus pozos grises, que invadían mi ser con una potencia avasallante, inigualable, deslumbrante.

—¿Puedo? —preguntó con firmeza Liam, serio. ¿Le pedía permiso para continuar el baile conmigo? Anticuadamente encantador. Robert clavó sus ojos en mí dudoso. Asentí pestañeando mas no mirándolo, por lo que se fue sin objetar nada al respecto.

—Liam, se van a dar cuenta —dije cobardemente mientras me agarraba por la espalda baja y comenzaba a moverse.

—Tú tienes la culpa, estás tremendamente sensual. No me pidas que me aleje, porque no lo haré... —zanjó con firmeza.

Le intenté seguir el paso torpemente sin saber muy bien dónde acomodar mis manos. La música no era calmada, aunque sí se prestaba para bailar así, muy juntos. Se dio cuenta de mi conflicto, así que las tomó y las colocó sobre sus hombros, sonriendo. Sentía las miradas de nuestros compañeros clavadas en nosotros. Comencé a morderme el labio. Nerviosa y sin saber qué más hacer, posé la vista sobre su amplio pecho.

—Kya..., por favor, deja de hacer eso, porque entonces sí que no respondo... —Solté mi boca y asentí completamente ruborizada. Toda la decoración era lúgubre, así que no podían distinguir muy bien mi ansiedad. Me llevaba suavemente, sin esfuerzo. Para mi asombro, embonábamos a pesar de las estaturas tan dispares—. Kyana, no va a suceder nada, los conozco. Si no me paso de la raya se quedarán tranquilos. —Alcé la mirada insegura. Cada vez que hablaba, se acercaba a mi oído, por lo que sentía su aliento ahí, en mi lóbulo, dejando su estela cálida, y eso me ponía aún peor.

—Felicidades —logré decir. Me refería al partido; intenté cambiar de tema. Hizo un gesto con su cabeza en agradecimiento, entendiendo a qué venía eso.

—De verdad, no sé qué voy a hacer para poder controlarme hoy. —Sus pupilas dilatadas, enviando mensajes que dejaban a mi piel erizada, me indicaban que realmente lo pensaba.

—¿Y crees que para mí es fácil? Liam, por favor, créeme que tus amigos no están dando brincos de la emoción al verte aquí, conmigo. —Y era cierto. A lo lejos alcanzaba a ver a varios de ellos observándonos sin comprender.

Se encogió de hombros, indiferente.

—Eres mi amiga y... mi tutora. —Rio cínicamente.

—Contigo no se puede —refunfuñé molesta por la poca importancia que le daba.

—No me pidas milagros, Kyana, por favor... —Su tono se tornó suplicante y, aunque reía, lo decía en serio. Asentí completamente desarmada. La siguiente canción fue más rápida, así que no era necesario estar tan cerca. Comenzó a darme vueltas y bailamos uno frente al otro sonriendo más relajados.

De repente sus amigos se acercaron. Kellan le dijo algo que, evidentemente, no alcancé a escuchar por lo estridente de la música, él asintió. Un minuto después se acercó a mi oído.

—Tengo que ir a resolver un problema, ahora regreso. —Parecía molesto. No alcancé a comprender lo que sucedió cuando Emma, Sara y Susan ya estaban a mi lado.

—Kyana, ino inventes! No lo podemos creer. Nos tienes con la boca abierta. —Sonreí ruborizada.

—Liam... bailando... Con alguien fuera de su círculo de amigos. ¡Es realmente increíble! —Sara dio un gritito, impresionada. Intenté fingir que me daba igual.

—Además, te miraba de una forma... —agregó Susan. Emma rodeó mis hombros al darse cuenta de que no sabía qué contestar.

—Seguro que es porque le caes bien, después de todo le das asesorías y le ha ido mejor, ¿no es cierto?

—Puede ser, aunque de verdad es muy extraño, admítelo —reviró Lana, que no parecía convencida. Nadie dijo nada más, por lo que comenzamos a bailar juntas. Cuarenta minutos después, Liam seguía sin aparecer. Comencé a sentirme inquieta.

Mirando distraída el lugar, lo vi. Iba a sonreír alegre cuando noté que a su alrededor revoloteaban las animadoras con cuerpos esculturales. Pestañeeé sintiendo cómo mis pulmones se comprimían. Quise gritar. Caminaba relajadamente hablando con Jen, la causante del odio entre mis amigos y ellos. La chica tenía enredado un brazo en el de mi novio mirándolo coqueta, sonriendo de forma sensual. ¡¿Qué diablos?! Liam, para colmo, se reía divertido por algo que le decía prestándole toda su atención. Hacían una pareja impresionante, y yo solo podía pensar en que tenía ganas de desaparecer.

Una opresión en el abdomen, como si me hubiesen golpeado, apareció dejándome noqueada. Calor, mucho calor debido a la rabia inmensa que invadía mi ser. Detrás iban Kellan y Luke, mirando los traseros de ambas descaradamente. ¡Increíble! Me giré haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad. No quería seguir observando ese cuadro. De inmediato comprendí lo que él dijo cuando escuchó a Max invitarme a salir. Definitivamente, yo no era tan fuerte y no tenía ese autocontrol, no cuando se trataba de él y de esa mujercita, que parecía una sirena, con la que compartió más que una inocente amistad.

Todos bailaban en pequeños grupos o parejas. La fiesta era todo un éxito, no cabía un alfiler y yo... yo no sabía qué hacer. Mis palmas cosquilleaban, mi mente estaba nublada por el enojo y mi cuerpo no lograba moverse.

—Ahora regreso —grité intentando que no se dieran cuenta de lo que dentro de mí ocurría. Si abría la boca, echaría fuego. No di tiempo a que preguntaran nada y caminé en dirección contraria a Liam. Me abrí paso entre la gente con los brazos. Me urgía salir de ahí. Llegué por fin a una puerta y la abrí sin dudar, no me importaba a dónde diera, solo quería que me sacara de ese maldito lugar.

Uno de los jardines de la escuela, perfecto. No había nadie y agradecí que fuera así. Necesitaba tranquilizarme. Él no hacía nada malo, ¿no? Pero el verlo regresar después de tanto tiempo con ese par a su lado y riendo con esa... chica, generó que volviera a desconfiar. Entre ellos sucedieron cosas que en ese momento no lograba sacar de mi cabeza por mucho que me empeñaba, pues dolía como los mil demonios imaginarlo siquiera besándola, ya no digo haciendo algo más...

Sujeté con fuerza los pliegues de la pesada falda con manos sudorosas. Sentí que no podía respirar. Por si fuera poco, el bendito vestido tan apretado y tieso de la parte superior no ayudaba.

Encontré un árbol alejado. Me senté con dificultad a sus pies, de manera que tapara completamente la visión del sitio donde hacía unos minutos estuve bailando. Recargué la espalda sobre el tronco cerrando los ojos. Inhalé una y otra vez intentando tranquilizarme, pero no lo lograba. Luché intentando pensar en otra cosa. Imposible, mi mente se llenaba de esa imagen, sentí ganas de llorar.

Era como estar sobre arenas movedizas. Nunca, en toda mi vida, había sentido eso. Mi pecho ardía, mi corazón latía desbocado, furioso, mi quijada estaba tensa y lo único que quería era irme corriendo de allí. ¡Agh! Cerré mis manos en un puño clavándome las uñas en las palmas. Odiaba esa sensación de inseguridad, de poco autocontrol, de ira circulando como veneno por toda mi piel.

Con el transcurso de los minutos y el ruido de la noche, comencé a relajarme al fin. El sonido del móvil me sacó de ese estado. Era Max, no contesté. Necesitaba estar sola. Lo silencié, lo dejé a un lado con la pantalla dando al pasto. Lentamente fui regresando a mí. Pensé en el mar, en la arena bajo mis pies, en la brisa colándose en mi rostro, en mi cuerpo, en el sonido de las olas cuando chocaban con la arena. ¡Uf! Esas terapias de visualización sí funcionaban, ya me sentía un poco mejor.

Cuando por fin recuperé el control, decidí que era tiempo de regresar. Estaba con mis amigos y podía ignorarlo fácilmente. Bueno, no iba a ser tan sencillo, pero pondría todo mi esfuerzo. Ardía literalmente de celos, la rabia viajaba vertiginosa por mi interior. Quemaba, puedo jurarlo.

Revisé el móvil, muchas llamadas perdidas. Las borré. Caminé de nuevo hasta la cancha metiéndome por donde salí con la mirada al frente y la barbilla elevada.

En cuanto me vieron Annie y Robert comenzaron las preguntas. Sonreí relajada, explicándoles que salí a tomar aire porque con el vestido me costaba respirar e inventé que no escuché cuando me marcaron ya que lo tenía en silencio. Asintieron comprendiendo y me arrastraron de nuevo a la pista. Los seguí intentando parecer despreocupada. Crucé justo a su lado ignorándolo y continué bromeando con Robert. Sentí sus ojos clavados en mí. Su problema. Varias veces el celular vibró en mi mano, no lo revisé. Era él, ¿quién si no?

No sabía lo que eran los celos hasta ese momento, y realmente fueron horribles. Lava hacía cenizas cada parte de mi cuerpo de tan solo pensar en Liam con alguien más; y si ese alguien era tan escultural como la tal Jen, pues me sentía aún peor.

La noche continuó así; evadiéndolo, mientras él todo el tiempo buscaba mi atención. Varias veces se movió de lugar para ver si así lograba que lo observara. Soy demasiado orgullosa y no me doblegaría. Mi móvil seguía vibrando una y otra vez. Pasaba de las dos de la mañana cuando Annie anunció que debíamos irnos. Robert y yo la seguimos despidiéndonos de todos. Me moría por dejar ese maldito lugar y quitarme de una vez el vestido que me cercenaba.

Caminamos hasta su coche riendo y bromeando.

Robert se detuvo en seco sin más, por lo que casi nos estrellamos contra él. Las dos seguimos su mirada. Me quedé helada.

Liam estaba recargado en la parte trasera del auto de mi amiga, rabioso, con los brazos cruzados. Me fulminaba con sus espectaculares ojos aún en la distancia. Tragué saliva con dificultad. Sin embargo, continué caminando sin prestarle atención. El corazón se me iba a salir del pecho, martilleaba muy fuerte dentro de mí. Que se aguantara, no le haría caso por mucho que mi cuerpo rogara.

Cuando estuvimos a un metro, su voz me detuvo.

—Kyana, necesitamos hablar —exigió. ¡Por supuesto que no! Negué sin mirarlo. Annie y Robert, de pie a mi lado, se hallaban completamente perplejos. Se acercó a mí importándole muy poco que no estuviéramos solos—. Yo te llevo a casa —ordenó. Realmente se escuchaba enojado. Aun así, volví a negar e intenté esquivarlo. Me tomé por el brazo haciéndome girar—. ¡Basta! Yo te llevo y... vamos a hablar —anunció decidido.

No me sentía del todo bien, el corsé cada minuto me molestaba más. No comprendía cómo en aquellos tiempos podían soportar esa tortura a diario. Era tan difícil respirar que contemplé aflojarlo ahí, en medio del estacionamiento. Lo único que quería era llegar a casa y olvidar esa horrible sensación de inseguridad.

—Kyana, quiero evitar un espectáculo, pero juro que si no te subes a mi auto lo haré, ya no me importa nada... Eso último me lo dijo susurrando a mi oído para que mis amigos no alcanzaran a escuchar. Le presté atención indignada. ¿Cómo se atrevía? Pero al ver sus ojos supe que sería capaz; nunca lo había visto así, no conmigo.

Me solté de un tirón mirándolo igual de rabiosa. Busqué a mis amigos con la vista rogándoles comprensión. Ambos se encontraban fuera del auto, con las puertas abiertas.

—Él me va a llevar, mañana les explico... —Annie sonrió intrigada, entornando los ojos.

—¿Segura? —Asentí ruborizada. ¡Dios! ¿Por qué hacía eso?

—Bien, y... no te preocupes, no diremos nada. —Me guiñó un ojo Robert, mirando después a mi novio con clara amenaza. Arrancaron y enseguida caminé hacia el auto de Liam. Sabía que estaba a unos metros, pues al salir no pude evitar buscarlo con la mirada. Él venía detrás de mí como si fuera mi sombra.

Quitó el seguro a distancia, y yo abrí la puerta de un jalón. Intentó ayudarme a subir, pero moví el brazo evitando que lo hiciera: no era momento para galanterías y atenciones. Cerró la puerta y un segundo después ya estaba arriba poniéndose en marcha.

Estaba furiosa, tanto que no podía llenar del todo mis pulmones y me ardían con cada aspiración y exhalación. Quería gritarle, quería decirle que odiaba lo que estaba sintiendo, que tenía pavor de perderlo y que había muerto de celos al verlo con esa... hermosa chica.

Llegamos a mi casa enseguida e hice ademán de bajarme. Él puso el seguro en ese instante. Me giré desconcertada, arrugando la frente. Un sudor helado comenzó a invadirme.

—Por supuesto que no te irás, antes me dirás qué sucede —exigió enarcando una ceja. Crucé mis brazos mirando a través de la ventana, negando. Me portaba como una cría, lo sé; sin embargo, de verdad, lo que estaba sintiendo me rebasaba, era nuevo para mí—. Kyana, ¿tienes una idea de lo mucho que me preocupaste cuando desapareciste? Fueron más de treinta minutos sin saber nada de ti. Te seguí y... no aparecías. Te mandé miles de mensajes, te llamé otras miles de veces y nada. Creo que merezco saber qué pasó, por qué esta actitud. —Continué sin contestar. Annie me había apretado el corsé de más e intentaba poner toda mi concentración en respirar con normalidad; sentada costaba más trabajo—. Cuando regresaste ya estabas... distinta. Busqué tu atención toda la noche y... no lo logré. Tenía miedo de acercarme, no porque nos descubrieran, eso me importa un carajo, sino porque no sabía cómo reaccionarías si lo hacía. Me ignoraste... lo hiciste sin ninguna dificultad —expresó con un dejo de asombro. Sonreí sarcástica. No tenía ni idea de lo mucho que me esforcé para que así pareciera.

Tomó mi barbilla haciéndola girar hasta él. En cuanto lo vi, me di cuenta de que no estaba jugando; realmente no entendía nada y estaba encolerizado.

—¡Basta!... Basta, por favor. No te he fallado. Tú sabes lo que siento por ti, esto me está matando... Quiero que me digas qué pasa y quiero que me lo digas ahora... —Era una orden. Me zafé de su mano poniendo más esfuerzo del que en realidad necesitaba.

—Muy bien, Liam —hablé al fin. Me di cuenta de que al hacerlo me faltó más aire. Él esperó—. Llegas... y enfrente de todos... bailas... conmigo... —Seguía sin poder respirar bien, sin embargo, quería decirle todo—. Y después... te vas de repente, no te veo en más de media hora... y... —Pasé los brazos hacia atrás intentando ver si podía aflojarlo. ¡Dios! No alcanzaba. Me miraba esperando que continuara sin percatarse de lo que ocurría—. Cuando... apareces... es con esa tal, Jen, riendo. Ni siquiera me viste... venía colgada de

tu brazo... sé quién... es ella. —Abrió los ojos sorprendido, enseguida apretó el volante observando el exterior—. Sí... —Llenar de aire mis pulmones ya era imposible, quemaba, quemaba de forma espantosa—. Es... ¡Ay! Liam... yo... ¡Dios!... —Me recargué en el asiento mirando el techo del auto con los ojos bien abiertos, asustada. Un sudor pastoso ya estaba en todo mi cuerpo, sentía las manos heladas y mi cabello adherido a la sien. Intenté que entrara algo de oxígeno, pero no podía, mis pulmones ardían, como brasas al carbón—. N-no me sie-siento bien... —logré decir en una sola frase. Viró de inmediato al escucharme y en un segundo ya sujetaba mi rostro entre sus manos.

—Kya, ¡Kya! —Estaba completamente desencajado, pálido. Perdía el conocimiento. Nunca me había desmayado y, al parecer, escogí el peor momento para hacerlo. El negro comenzó a ser lo único que podía ver. Mi garganta escoció, mi pulso iba completamente irregular—. Estás transparente. ¡Mierda! —Lo escuché realmente asustado. Por un momento dejé de sentirlo a mi lado. De pronto, me sacó en brazos del Jeep. No tenía fuerzas, me ahogaba. Envuelta en sus brazos corrió conmigo hasta la casa. Una vez frente a la puerta, llamó ansioso. Mi madre abrió.

—¡Kyana! ¿Pero qué sucedió? —Intenté sonreír al escucharla para que no se alarmara; claro que no pude.

—No lo sé —admitió Liam desesperado.

—Pasa, pasa. —Se escuchaba igual de asustada que él. Cuando menos me di cuenta me depositaba sobre mi cama.

—Mamá... —Liam tomaba mi mano en estado de *shock*.

—Kya, todo estará bien. Liam, espera afuera... —ordenó. En cuanto estuvimos solas, me giró como a un bulto y comenzó a aflojar el vestido. Conforme iba soltándolo sentía que más aire entraba. Esperó un momento sentada a mi lado—. Kya, hija, respira, anda, inténtalo. —Miré el techo y, concentrándome en hacer eso precisamente, poco a poco comencé a sentirme mejor. La sensación de tener oxígeno suficiente dentro de mí fue incomparable, todo volvía a su lugar. Qué horrible es eso de no poder respirar—. Ya estás recuperando color... —Tocó mi frente una y otra vez.

—Me... siento mejor... —logré decir con voz estrangulada. Me abrazó de inmediato.

—¡Qué susto me diste! —Sonreí fatigada. Desapareció un momento y regresó con mi pijama. Me cambió como si fuera de trapo para meterme entre las cobijas en cuanto acabó. Ya mis pulmones trabajaban casi con total normalidad.

—Lo siento, no podía respirar —admití bajito. Rio sacudiendo la cabeza.

—Lo sé mi amor, ahora ya vas a estar bien. —Lo decía más para ella, que para mí.

—¿Y Liam?

—Está afuera. ¿Te sientes mejor? —Asentí. Tenía que verlo—. De acuerdo... ¿Quieres que entre? —No dudé y volví a asentir. Cerré mis ojos un momento. De pronto él estaba a mi lado hincado en el suelo tomando mi mano.

—Kya. ¡Dios! ¿Cómo te sientes? —Su voz se escuchaba quebrada.

—Estoy bien. Era... el vestido, no me dejaba respirar... —Acarició mi mejilla con el dorso de su mano.

—No me di cuenta, lo siento... —Parecía sentirse responsable.

—No es tu culpa. Además, ya pasó. —Asintió ansioso.

—Los dejo un momento solos, pero Kyana debe descansar... —Mi madre se dirigió a la puerta no sin antes darme un beso sobre la frente.

—Sí, Irina, no tardaré.

—Cualquier cosa, estoy fuera... —Ambos asentimos.

En cuanto desapareció acarició mi mejilla con mayor confianza.

—Kyana, me diste el peor susto de mi vida. Te veías muy mal. —Posé una mano sobre su cuello.

—Lo siento, no quería que sucediera...

—Chsss, no digas nada, debes descansar... —No reconocí su tono, de verdad que estaba asustado.

—Liam... —Quería explicarle mi actitud de hacía un momento. No me dejó.

—Mañana hablamos, ¿sí? Ahora debes dormir. —Tenía razón, me sentía agotada, mis ojos se cerraban. Me dio un pequeño beso en los labios y se fue. En cuanto desapareció, me quedé dormida.

El tórax dolía como si me hubiese pasado un auto por encima. Al despertar, mamá preparó el desayuno mientras bromeaba sobre lo ocurrido la noche anterior y, aunque a mí no me pareció divertido, esa parte sí fue graciosa. No tengo ni idea de cómo sobreviví con eso tan apretado por tantas horas.

Más tarde decidí retomar un libro de fantasía que no leía desde hacía más de un mes y que solía llevar pegado a mí antes de que ese chico de ojos asombrosos apareciera en mi vida. Así que decidí que ese era el momento para terminarlo. En cuanto a Liam... aún me sentía... No sé, ¿dolida? ¿Dudosa? Creo que ambas, y no podía dejar de evocar la expresión que puso cuando le alcancé a decir que sabía quién era Jen.

A media mañana mi móvil sonó; era él.

—Hola, Kya... —Su tono de voz no era el de siempre, aunque se escuchaba abatido. Me ablandó enseguida. ¿Cómo lo hacía? Ni idea, pero bastaba escucharlo para que todo mi mundo girara en dirección contraria y mi pulso enloqueciera, pues deseaba tenerlo a mi lado y poder contemplarlo sin restricción.

—Hola —susurré recostándome sobre mi cama y mirando por la ventana.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Liam. Lo de ayer... Yo no quería asustarte, lo siento...

—Eso ya no importa, ya pasó y estás mejor. Pero... necesitamos hablar —expresó serio. Permanecí en silencio por un segundo, no me sentía preparada para verlo. Sin embargo, sabía que él se saldría con la suya como siempre, y por otro lado, ya no era una niña, tenía que aprender a enfrentar las cosas.

—Lo sé.

—¿Puedo pasar a por ti... en una hora? —Observé el reloj de mi despertador, que estaba sobre la mesa de noche: pasaban de las once.

—Sí...

—Ahí te veo.

—De acuerdo. —No dejé que dijera nada más y corté.

Una hora después llamaba a la puerta. Bajé sin prisa y un tanto temblorosa.

—Hola... —musité al verle, cerrando la puerta tras de mí. Me contestó con una sonrisa sin alegría. Su aspecto era peor que su voz. Ambos llevábamos puestos unos *pants*, pero él, además, tenía unas tenues ojeras. Sus ojos parecían demasiado cansados, tristes y ansiosos. Supe que olvidaría mi enojo enseguida.

Caminé hasta su auto, abrió la puerta y me ayudó a subir. Cuando él subió, me observó por un instante y luego se puso a conducir. No sabía a dónde íbamos y no me interesaba.

Me sentía confundida... Quería abrazarlo y besarlo. Por otro lado, desconfiaba, y eso no lo soportaba. Los celos eran algo realmente espantoso, ahora comprendía el porqué de los crímenes pasionales. En serio, sacaban lo peor de ti.

Diez minutos después se estacionó frente a aquella playa a la que fuimos el día que comenzamos a salir; estaba desierta completamente. Desabrochó su cinto y se giró hacia mí.

—Kya... —Yo miraba el mar escuchándolo sin moverme—. Ayer... no sé qué es lo que pensaste. Jamás te fallaría. Hubo un problema con Roger. Además, lo que sucedió entre nosotros fue hace tiempo... No hay nada entre ella y yo... —Al ver que no reaccionaba me desabrochó el cinturón y acunó mi barbilla delicadamente para que lo mirase: no puse resistencia—. Entiendo lo que sentiste, te lo juro... Es espantoso; la sangre te hierve y tienes ganas de... salir corriendo —resopló, evaluándome intensamente—. Kyana, te quiero, te lo juro... Si pudieras comprender lo que siento por ti, sabrías que no tienes nada que temer. Ayer, cuando me ignoraste... sentí que enloquecería —me soltó vencido, pues no abría la boca. Se frotó el rostro desesperado y recargó su frente sobre el volante dejando salir un doloroso suspiro.

—Liam... yo... —Me mordí el labio nerviosa. Le creía, sus palabras eran sinceras, ambos sentíamos lo mismo, podía incluso palparlo—. También te quiero... —me escuché decir de pronto. Volteó de inmediato observándome incrédulo—. Sé que... no te lo había dicho, pero... —No pude seguir hablando porque me besó. Me rodeó ansioso, pegándose a su cuerpo. Apresó mis labios de forma singular, saboreándose con calma y apremio al mismo tiempo, inhalando mi aliento, rozando con su lengua las comisuras de mi boca. Era como si quisiera besar mi alma, y el tiempo se detuvo.

Me separé unos segundos después, intentando tomar aire; arrebatava todo de mí. Sonreí extasiada, lánguida. Coloqué mis manos en sus mejillas y lo miré a los ojos fijamente. Estaba a un par de centímetros de mí. Se veía tan tierno, tan dócil, tan... hermoso.

—Lo sé desde hace mucho. Ayer... tuve miedo... No quiero perderte... ¿Comprendes? —confesé al fin. Torció la boca en una sonrisa sensual, sus ojos chispeaban y el verde ganaba terreno. Me pegó a su pecho soltando el aire contenido, estaba feliz—. Así que he tomado una decisión. Esto no puede volver a ocurrir. Liam... Se lo contaré esta semana a mis amigos... —solté de golpe.

Se alejó de mí sin darme tiempo de reaccionar, su expresión era de incredulidad y... temor.

—No, Kya. No tienes que hacerlo. No quiero que tengas problemas, sé que poco a poco... —Negué decidida. Ya era tiempo de mostrar mis agallas, de defender lo que quería, lo que sentía. El tiempo no funcionaba solo y, la verdad, se sabría de una vez por todas.

—Ya no me importa lo que suceda, esto está causando problemas entre tú y yo. Si todos lo supieran, si no fuera un absurdo secreto lo que sentimos... podrían comprender... No quiero ocultarlo... No debí permitir que lo hiciéramos nunca... —expresé segura de lo que le decía. Su mirada se tornó recelosa. Fruncí el ceño—. ¿No quieres que tus amigos lo sepan? —pregunté desconcertada. Besó mi frente sonriendo, rodando los ojos.

—Eres necia. ¿Cómo puedes pensarlo? Digo que la idea no los hará felices... Lo cierto es que me importa poco... Es solo que no quiero que sufras... Sé que te has encariñado mucho con ellos, y ellos contigo...

—Sí, pero... te prefiero a ti...

—A eso me refiero. Kya, no tienes por qué escoger, no es justo. —No, no lo era. Sin embargo, ya estaba harta de todo. Quería estar con él libremente, que fuera a mi casa sin esconderse y que dejara de estacionar a unas cuadras para que nadie sospechara. Deseaba ir al cine, a cenar, y poder agarrarlo de la mano sin importarme nada. Me moría por besarlo cuando quisiera, que me abrazara cuando se nos antojara. Estaba enamorada de él y no estaba dispuesta a que las cosas continuaran igual. No tenía sentido, no estábamos haciendo nada malo y no iba a permitir que siguiéramos manejándolo como si así fuera, ya no.

Me encogí de hombros indiferente. Si no comprendían, claro que me dolería, aunque no tanto como alejarme de él o verlo sufrir por cosas que tenían remedio.

—Lo único que quiero es estar contigo. Si no lo entienden, no puedo hacer nada..., pero ya no lo ocultaré.

—Está bien, si eso es lo que deseas, lo haremos juntos... —replicó con seguridad. Negué de inmediato.

—No, Liam, creo que será mejor que lo haga sola. Tendrás mucho con tus amigos... Esta es mi parte.

—¿Segura? No creo que sea lo mejor. —Tenía su enorme mano sobre mi pierna. Me miraba con una mezcla de felicidad y preocupación.

—Sí, muy segura, esto es ridículo. No hacemos nada malo y... si no lo pueden comprender... buscaré otros amigos... —El solo haberlo pensado provocó un agujero en mi estómago.

—Sabes que no es así. Pero he crecido con ellos, sé que lo entenderán aunque al principio... les costará trabajo...

—Pues será su problema... —me defendí molesta. Sonríó al ver mi reacción.

—Me fascinas, Kyana. —Recargué mi espalda en su pecho mientras él rodeaba mi cintura.

—Mientras así siga siendo, estaré bien. Ahora, volviendo a lo otro... ¿Qué fue exactamente lo que pasó ayer con Roger? —Pese a que me hallaba más tranquila, no olvidaba lo sucedido y el mal sabor de boca que me dejó. Bufó.

—Intentó meter alcohol en la fiesta. Por supuesto que no lo hizo bien, porque se dieron cuenta enseguida. Los maestros encargados de la seguridad querían verme para que llegáramos a una solución. Soy el capitán, por eso deseaban hablar conmigo. Si no, lo reportarían a la dirección y probablemente no se la pasarían tan fácilmente. Estamos en temporada, todo se complicaría... Así que Kellan y algunos más me buscaron para decírmelo. Fui y ya estaban ahí Jen y Kate. No es que seamos amigos, pero... hablamos, coincidimos en muchos lugares. En fin, cuando llegué me costó trabajo convencer a los profesores y la condición era que él se fuera. Roger tiene un carácter... difícil... —Resoplé recordando todo lo que me había hecho. Ya no tenía el dedo enyesado, pero recordaría su mirada siempre. Me dio un beso en el cabello y continuó.

—Y bueno, salió a regañadientes del lugar. Lo llevamos entre todos hasta su auto; Jen y Kate lo terminaron convenciendo. Cuando regresamos, ella se burlaba de la actitud de él, se puso difícil... Era por eso por lo que me reía... —Asentí entendiendo todo. Aun así, seguía sintiendo un poco de celos—. En cuanto te busqué con la mirada, vi que me dabas la espalda. Iba a ir hacia ti, pero saliste de prisa. Por un momento no supe qué hacer... Tus amigos parecían tranquilos, pensé que era la oportunidad perfecta para darte un beso... —Y apretó un poco más mi cintura cariñosamente—. No te encontré, salí por la

única puerta que se encontraba cerca y no te vi. Te llamé, te mandé mensajes y nada. Así que, preocupado, decidí esperar cerca de ellos. Cuando apareciste, varios de tus amigos ya te rodeaban. Ni siquiera me miraste... Me sentí... desesperado... Quería acercarme, pero tu actitud decía que sería un error. No tenía ni idea de lo que te puso así... Pero estaba seguro de que era conmigo.

—Lo siento... —admití al comprender todo lo que provoqué.

—Tengo que decirte que para ser la primera vez que te enojas, me impresionaste. Tienes una fuerza de voluntad enorme, no me miraste ni una vez. Por mucho que cambié de posición, me ignoraste sin problema. Eres orgullosa, Kya. Cuando te esperé en el auto de Annie me observaste tan fríamente que pensé que me mandarías al demonio. Por un momento creí que no lograría que habláramos, por eso tuve que... chantajearte. —Le di un pequeño codazo—. Lo sé, lo sé, odias que te haga eso, pero no me dejas muchas opciones. Contigo es todo o nada. Eres muy testaruda.

—No es cierto... —me quejé frunciendo el ceño.

—Claro que sí, pero es una de las cosas que me gustan de ti. Contigo nada es... fácil. Haces lo que sientes, no escondes lo que piensas. No tengo ni idea de cómo reaccionarás, por eso hago lo que hago. Es la única forma de doblegarte y, como supuse... me mantienes ocupado todo el tiempo. —Me giré entornando los ojos. Sacudí mi barbilla con dulzura—. Por eso estoy enamorado de ti; eres real y transparente, no haces nada que no quieras o sientas. En serio, me divierte mucho no poder saber lo que hay en esa cabecita que me tiene embrujado... —Lo escuché atenta. Creo que me conocía mejor que yo a mí misma.

—Liam... —murmuré aletargada por sus palabras, acercándome a él—. Siempre vamos a estar juntos, ¿verdad? —Sí, lo sé, «siempre» es mucho tiempo, pero sentía la urgencia de saber que así sería, lo necesitaba. Hizo mi cabello hacia atrás conmovido, emocionado por lo que le acababa de decir. Era para él, una muestra más de afecto por mi parte.

—Te lo juro, siempre. Ya no concibo la vida sin ti. —Escondí mi rostro a un lado de su cuello.

—Yo tampoco...

Más tarde llegamos a casa, y él se quedó a cenar. Entre los tres preparamos todo. Ya sentados, conversamos de trivialidades riéndonos varias veces por cosas que alguno decía. La hora de que se fuera llegó demasiado rápido. Nos despedimos a regañadientes, odiábamos tener que separarnos.

—Te quiero —dije sonriendo ya sin tapujos. Liam sonrió más que feliz.

—Yo también, Kya, y no te imaginas cuánto... —Me dio un beso tierno y se fue.

Esa noche no dormí muy bien, la angustia no me lo permitía. Aun así, estaba decidida, lo diría todo por la mañana. A pesar de estar segura, no pude evitar sentir temor. Me dolería mucho si los perdía, pero no era sano seguir ocultando mis sentimientos, no estaba dispuesta a continuar sacrificando mi relación con Liam. Ni en ese momento, ni en ningún otro.